

SERIE FREUDIANA



Joël Dor
Clínica psicoanalítica

Enseñanza, conducción de la cura, estudios clínicos

gedisa
editorial



Clínica psicoanalítica

La enseñanza del psicoanálisis se está introduciendo más y más en las universidades y en cursos de postgrado, y la promesa de títulos oficiales parece tranquilizar tanto a los estudiantes como a las autoridades sobre la legitimidad de esta práctica terapéutica. Sin embargo, sus verdaderos límites y garantías no los puede establecer la administración pública. El autor señala que los determina la enseñanza y la teoría mismas del psicoanálisis y discute esta cuestión comparando los criterios de Sigmund Freud y Jacques Lacan.

La obra define los principios de la escucha psicoanalítica, de la transferencia, del corte del relato del paciente y de la interpretación, así como las concepciones de Freud y Lacan sobre el saber inconsciente y la verdad, puntos en que ambos no coinciden. Joël Dor presenta en casos clínicos modélicos

las tres estructuras clínicas: histeria, obsesión y perversión, a los que se añade un capítulo especial sobre el lenguaje psicótico y la formación de neologismos. La prodigiosa capacidad didáctica de Joël Dor convierte este libro en una panorámica introductoria de gran ayuda para estudiantes de psicología, de psiquiatría y psicoanalistas en formación.

Joël Dor es psicoanalista, miembro del Centro de Formación y de Investigación Psicoanalíticas y director de la revista «Esquisses psychanalytiques». Titulado en filosofía y doctor en psicoanálisis, es profesor y director de investigación de la Universidad Paris-VII, donde enseña psicopatología y clínica psicoanalítica. Otros títulos de Joël Dor traducidos al castellano por Gedisa: Introducción a la lectura de Lacan (2 vols) y Estructura y perversiones.

Título del original en francés: *Clinique psychanalytique*
© Éditions Denoël, 1994, Paris

Traducción: Viviana Ackerman
Supervisión de la traducción: Dr. Carlos Maffi
Corrección estilística: Margarita N. Mizraji

Primera edición, octubre de 1996, Barcelona

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa S.A.
Muntaner 460, entlo., 1º
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-593-5
Depósito legal: B-39.738/1996

Impreso en Limpergraf
C/ del Río, 17 - Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

*A la memoria de
Jean-Paul Rondepierre*

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre

PSICOANÁLISIS LACANIANO

pertenecientes a sus diferentes
colecciones y series
(Grupo "Psicología")

JOËL DOR *Clínica psicoanalítica*

JOËL DOR *Introducción a la lectura de
Lacan. La estructura del sujeto*

DOMINIQUE Y
GÉRARD MILLER *Psicoanálisis. Una cita con
el síntoma*

JUAN DAVID NASIO *Cinco lecciones sobre la teoría
de Jacques Lacan*

JUAN DAVID NASIO *La mirada en psicoanálisis*

OCTAVE MANNONI *Un intenso y permanente
asombro*

JUAN DAVID NASIO *Enseñanza de 7 conceptos
cruciales del psicoanálisis*

ODILE BERNARD-DESORIA *El caso Pelo de Zanahoria*

JOËL DOR *Estructura y perversiones*

F. DOLTO Y J. D. NASIO *El niño del espejo - El trabajo
psicoterapéutico*

MARC AUGÉ Y OTROS *El objeto en psicoanálisis*

MAUD MANNONI *Un saber que no se sabe*

JOËL DOR *Introducción a la lectura de
Lacan, vol. 1. El inconsciente
estructurado como lenguaje*

(sigue en pág. 187)

(viene de pág. 4)

PSICOANÁLISIS LACANIANO

FRANÇOIS PERRIER *Viajes extraordinarios por
Translacania*

STUART SCHNEIDERMAN *Lacan: la muerte de un héroe
intelectual*

JULIA KRISTEVA Y OTROS *(El) Trabajo de la metáfora*

OCTAVE MANNONI Y OTROS *La crisis de la adolescencia*

DENIS VASSE *El peso de lo real,
el sufrimiento*

JUAN DAVID NASIO *El magnífico niño del
psicoanálisis*

MAUD MANNONI *El síntoma y el saber*

MARIO FRANCONI *Psicoanálisis, lingüística y
epistemología*

SERGE LECLAIRE *Un encantamiento que se rompe*

JACQUES SÉDAT Y OTROS *¿Retorno a Lacan?*

SARAH KOFMAN *El enigma de la mujer*

ÓSCAR MASOTTA *Lecciones de introducción al
psicoanálisis*

JULIA KRISTEVA *Al comienzo era el amor*

J. LAPLANCHE Y
J.-B. PONTALIS *Fantasía originaria,
fantasía de los orígenes,
orígenes de la fantasía*

ARMANDO VERDIGLIONE *Psicoanálisis y semiótica*
Y OTROS

Índice

Primera parte. Clínica psicoanalítica y enseñanza...	11
Introducción.....	13
1. Enseñanza del psicoanálisis y sujeción.....	23
2. Presentación clínica y psicopatología.....	37
Segunda parte. Reflexiones sobre la conducción de la cura.....	47
3. La transferencia y su subversión.....	49
4. Intervenciones e interpretaciones en la cura.....	59
Tercera parte. Estudios clínicos.....	69
5. La dinámica identificatoria en la histeria.....	71
6. El deseo del obsesivo a prueba de mujeres.....	87
7. Manifestaciones perversas en un caso de fobia.....	97
8. El perverso y su goce.....	107
9. La servidumbre estética de los travestís.....	123
10. Condensación y desplazamiento en la estructuración de los lenguajes delirantes.....	143
BIBLIOGRAFÍA.....	165
INDICE TEMÁTICO.....	173
INDICE DE AUTORES CITADOS.....	185

PRIMERA PARTE

**CLINICA PSICOANALÍTICA
Y ENSEÑANZA**

Introducción

Nadie ignora la tendencia natural de toda enseñanza a inclinarse, más o menos, a la modalidad del discurso universitario. No obstante, si bien esta dinámica del discurso obedece, por lo general, a disposiciones del pensamiento propias del enseñante, no hay que perder de vista que también suele ser esperada, cuando no pedida, por el enseñado.

Introducir la referencia de la clínica psicoanalítica bajo los auspicios de este proceso de discurso con vocación de enseñanza sigue siendo, hoy en día, una apuesta aún muy a menudo desacreditada, en la que pactan sin embargo enseñados y clínicos enseñantes. De modo que, ¿cómo acomodarse al adagio tradicionalmente estipulado por la *doxa*: "el psicoanálisis no se enseña sino que se transmite"?

Una cosa es comprobar la vitalidad no obstante muy actual de tal enseñanza. Otra sería apreciar, en su justo valor, no sólo su incidencia, sino también la articulación que mantiene con las vías regias de la transmisión directa e irremplazable del diván. Pero el uso ya no indica sentirse obligado a tener que justificar este último punto por medio de una argumentación *ad hoc*. El asunto está bien claro: la facultad tutelar de la institución enseñante no alimenta ninguna vocación para sustituir el protocolo sagrado de esta transmisión. Por el contrario, la misión de tal institución debe probar que es capaz de desplegar su eficacia a la medida de una enseñanza compatible con las vicisitudes de esta transmisión. Por ende, es justamente bajo esa "enseña" donde se han alojado los contrayentes de un pacto cuya negociación parece, a primera vista, problemática. Para

unos, y con ciertas reservas, ser enseñados de la cosa psicoanalítica; los otros, encargados de utilizarla a fin de movilizar, para los primeros, una referencia transferible del campo teórico-clínico del mismo nombre.

Precisemos de entrada que el destino conjetural de esa enseñanza no es exclusivo de un estilo de prestaciones de discurso únicamente reservadas a las instituciones de tipo universitario. La prueba es que su principio figura en el programa de "formación" de todas las sociedades, asociaciones o escuelas de psicoanálisis. Por más que en ellas se lo designe con el título mismo de la enseñanza, que se encarne bajo la figura del seminario, que se trabaje mediante la propedéutica ordinaria de la exposición, nada cambialas cosas. Además, no se puede desconocer que la institución analítica se sacrifica de buena gana a las prolongaciones didácticas experimentadas desde hace ya mucho tiempo por el despliegue de las disciplinas universitarias mismas. Con ello me refiero a los "congresos", las "reuniones científicas", los "coloquios" y otras "jornadas de estudio".

Por cierto, una diferencia crucial invita inmediatamente a limitar el alcance de esta correspondencia. Allí donde la institución psicoanalítica manifiesta la vocación de integrar esta enseñanza a un proyecto de "formación" del psicoanalista, la institución universitaria tiene el objetivo de sujetar al candidato a un *gradus* que se evalúa mediante un "control" sancionado según la modalidad del ejercicio escrito u oral.

Si la diferencia es manifiesta al punto de resultar insoslayable, convengamos no obstante en que no justifica necesariamente la expresión del prejuicio constantemente alegado respecto de la *transmisión analítica*, en lo concerniente a la pertinencia de una enseñanza que adoptaría las vías del discurso universitario. Se trataría acaso de una recusación de principios radical y apresurada que exigiría algunas aclaraciones. Comenzando por una meditación sobre el ensayo de Freud, desgraciadamente ignorado, cuyo título introducía, a partir de 1919, la cuestión en los siguientes términos: "¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?"

Y Freud precisa, sin rodeos, la perspectiva de este interrogante:

La cuestión de si conviene o no enseñar el psicoanálisis en la universidad puede ser abordada desde dos puntos de vista: el del análisis mismo y el de la universidad.

Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria sería sin duda favorablemente acogida por todo psicoanalista, pero no es menos evidente que éste puede, por su parte, prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la literatura especializada y, con miras a avanzar más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de éstas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de lo que le aporta su propio análisis, podrá lograrla mediante la conducción de curas siempre y cuando se asegure el control y la guía de psicoanalistas confirmados. Dichas asociaciones deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una función útil mientras persista dicha exclusión.²

Este punto de vista freudiano ha promovido hasta hoy, por un lado, entusiasmos, y por el otro ha colaborado para suscitar la aparición de parapetados escudos de defensa y desconfianza. Al respecto, recordemos una "toma de armas" relativamente reciente a propósito de un proyecto tendiente a insertar el psicoanálisis en un cuerpo de "Investigaciones" ampliamente confirmado por su herencia universitaria.³ En términos más generales, este problema ha sido regularmente debatido y alimentado bajo insignias que, en la medida en que prohibían opciones diferentes, apostaban sin embargo a esperanzas ciertas en una enseñanza del psicoanálisis de tipo universitario. Así, la objeción normalmente convocada por la oposición "enseñanza-transmisión" se encuentra notablemente extraviada. Lo está, de hecho, en el nivel mismo de una práctica de la enseñanza del psicoanálisis hasta aquí sacrificada sin rodeos a las virtudes didácticas de cierto perfil de discurso estructuralmente impartido en las instituciones analíticas del modo ya consagrado en las instituciones universitarias.

Algunas opiniones, entre las más autorizadas, han promovido ese tipo de enseñanza sobre el inconsciente, bajo reserva de ciertos límites que se deberían a la manera misma de referirse

a la cuestión. Se trata, por ejemplo, de la posición explícitamente definida por Jean Laplanche, no sólo respecto de la enseñanza del psicoanálisis, sino también en relación con su pertinencia:

Hay una manera analítica de hablar de análisis, tal que el discurso, por sí mismo, tenga un impacto analítico. [...] Lo que quiero dar a entender es que existe una comunicación analítica posible porque se funda en la comunicación virtual de cada cual con su propio inconsciente.⁴

Renunciar a enseñar el análisis a no analistas, a no necesariamente analistas como ustedes (incluso si por otro lado, casualmente, están ustedes de hecho "en análisis", no lo están necesariamente en función de su presencia aquí), es renunciar a inventar, o a reinventar incesantemente un modo de enseñanza que sea precisamente permeable a la inspiración del análisis permeable al inconsciente.⁵

En otros términos, tal como lo precisará el autor,⁶ dado que el psicoanálisis es objeto de enunciados comunicables, puede encontrar entonces, bajo la autoridad del discurso universitario, una posibilidad de enunciación propicia para su enseñanza.

Bajo augurios diferentes desde muchos puntos de vista, Jacques Lacan ha adherido sólidamente al principio de una posibilidad semejante de enseñanza. Por otra parte, ha inaugurado y sostenido su promoción con la asiduidad que lo caracteriza. En este sentido, Pierre Fédida no deja de subrayar:

El seminario de Lacan ha desempeñado un papel muy importante en la medida en que apareció como un modelo de enseñanza del psicoanálisis absolutamente original en relación con el de la universidad.⁷

Lacan recordaba, a quien quisiera escucharlo, que el psicoanálisis no se enseña. Esto no ha impedido que su enseñanza se haya visto sólidamente instituida y representada —por su propia autoridad— en el marco del dispositivo universitario,⁸ aunque fuera al precio de la siguiente inscripción paradójica:

[...] el discurso analítico [...] no enseña nada. No tiene nada universal: por eso justamente no es materia de enseñanza. ¿Cómo hacer para enseñar lo que no se enseña? Aquí ha hecho camino Freud [...]

¿Sería superada en Vincennes la antipatía entre los discursos universitario y analítico? Seguramente no. Allí se la explota, al menos desde hace cuatro años, desde que me ocupó activamente del asunto. Comprobamos que cuando se confronta con su imposible, la enseñanza se renueva, se constata.'

Que semejante tipo de enseñanza reine *de facto* no implica en modo alguno que las cosas vayan de suyo. Aceptemos "que hay una manera analítica de hablar de análisis tal que ese discurso, por sí mismo, tenga un impacto analítico".¹⁰ Se trata, *a mínima*, de la adhesión implícita al postulado que puede justificar el esfuerzo desplegado en el marco de una enseñanza, para comunicar algo de la clínica, lo que no es cualquier cosa.

No obstante, la oposición "transmisión-enseñanza" obtiene sus más sólidas ventajas persuasivas de la verdad de cierto *experimentum*. Si el impacto analítico alimenta su eficacia de una situación coyuntural ante todo solidaria del espacio de la cura misma, debemos cuestionarnos más aún sobre lo que puede estar fuera de la situación propiamente analítica. Todos conocemos la total esterilidad de un conocimiento puramente didáctico de la teoría del inconsciente respecto de las virtudes analíticas que podríamos esperar de él. Prueba de ello es la ya notable inexistencia de algún "tratado" de psicoanálisis, incluso la inanidad profunda de concebir su eventual elaboración. En otros términos, la experiencia analítica recibe su auténtico fundamento del hecho de que su eficacia terapéutica está irreductiblemente unida al ascendente de cierto tipo de verdad. Por otra parte, es este tipo de verdad la que otorga un perfil singular a los conceptos capaces de dar cuenta de esta experiencia. En efecto, estos conceptos son desconcertantes. Por lo general parecen vacíos y especulativos fuera de la relación analítica en la que abrevan su consistencia operatoria. Y, de hecho, estos conceptos sólo tienen virtud operatoria porque extraen su estatuto *sui generis* de la verdad analítica que es, ante todo, un asunto discursivo. Por consiguiente, además, está alojada en la enseña de la palabra y de las consecuencias que en ella están suspendidas, como lo explica Lacan en su estudio sobre "El mito individual del neurótico":

Es justamente en este punto donde la experiencia analítica no es decisivamente objetivable. Siempre implica, en su propio seno, la emergencia de una verdad que no puede ser dicha, ya que lo que la constituye es la palabra, y porque de alguna manera sería necesario decir la palabra misma, lo cual es, hablando con propiedad, lo que no puede ser dicho en tanto palabra [...] Es por ello que en el seno de la experiencia analítica existe algo que, hablando con propiedad, es un mito.

El mito es lo que le otorga una fórmula discursiva a algo que no puede transmitirse en la definición de la verdad, ya que la definición de la verdad no puede sino apoyarse en ella misma y porque es en tanto que la palabra progresa como la constituye. La palabra no puede captarse a sí misma ni captar el movimiento de acceso a la verdad como una verdad objetiva. Sólo puede expresarla, y de una manera mítica. En este sentido puede decirse que aquello en lo que la teoría analítica concreta la relación intersubjetiva, que es el complejo de Edipo, tiene un valor de mito."

Es este valor "mítico" de la verdad lo que circunscribe la eficacia del impacto analítico al espacio intersubjetivo de la sesión, echando por tierra con ello todas las esperanzas fundadas en un *conocimiento* de nuestro inconsciente que se sostendría exclusivamente en la intelección racional de su objetivación teórica. Ahora bien, esta circunstancia ya es decisiva en el sentido de que gobierna los límites del autoanálisis y, *a fortiori*, los de la exploración introspectiva. Lo es, por añadidura, en la medida en que asigna al proceso analítico un pasivo inevitable en cuanto a los pronósticos comprometidos relativos a la universalidad de esta objetivación teórica. El impacto analítico, ante todo, queda relegado a la dimensión princeps que sella la relación intersubjetiva, a saber la *transferencia*. De suerte que se autentifica el aforismo freudiano: "Dondequiera se trate de transferencia, se trata de psicoanálisis".

En estas condiciones, si es posible una enseñanza del psicoanálisis, es sin duda alguna gracias a tal prescripción; es decir, a través del contorno particular que ésta reviste bajo la forma de la *transferencia de trabajo*.

Toda institución enseñante sigue estando en contradicción con el contenido de una enseñanza psicoanalítica si se sitúa por fuera de esta dimensión de la "transferencia de trabajo". Incluso resulta conveniente que este aspecto específico de la transfe-

rencia pueda encontrar, en tal institución, no solamente un fundamento propicio para el despliegue de los múltiples resortes que supone, sino también una acogida favorable a los efectos imprevisibles de los que es causa. Sólo en estas únicas y problemáticas condiciones parece concebirse el soporte de una palabra capaz de subvertir el argumento principal que hace objeción a la enseñanza del psicoanálisis, es decir, la de una enseñanza que se impartiría complacientemente bajo el modo de la doctrina en razón de su inclinación universitaria natural. Por ende, parece imperativo velar por que la "transferencia de trabajo" negocie una dinámica oportuna para la aprehensión del objeto que aquí subyace a ella. Para ello, apostemos a que tal vigilancia podrá neutralizar el escollo de una enseñanza que tiene el propósito de reabrir a la forma más radical de la alienación del sujeto allí donde la institución enseñante está tan comúnmente sujeta a crear, a mantener, incluso a reforzar todos los síntomas propios de este tipo de alienación. En otros términos, no puede existir "transferencia de trabajo" eficazmente compatible con la enseñanza del psicoanálisis bajo la égida de estrategias transferenciales de sujeción. Ya se trate del control totalitario del discurso teórico, ya de la complacencia narcisista en la logomaquia hermética, todo ello no puede decidirse a producir más que una adhesión ambivalente con efectos paradójicos de fascinación tan estériles como sintomáticos; vale decir el "refrito" de una enseñanza a lo sumo favorable para capturar al enseñado en las redes de una interiorización neurótica de la teoría respecto del primer llamado de su aplicación en una práctica. Dado su contenido y sus efectos a veces inevitablemente alienantes, el proyecto de esa enseñanza, por el contrario, debe promover una "transferencia de trabajo" que conducirá al enseñado a los umbrales de esa disposición en la que descubre que se juega, concertadamente con el enseñante, ese desafío subjetivo permanente que cada cual, por su propia cuenta, puede llegar a encontrar en sí mismo sin saberlo.

El impacto analítico de una enseñanza del psicoanálisis no parece apartarse demasiado de tal encarnación que sigue siendo, de todos modos, la dimensión inherente a la apercepción del deseo y a su movilización. En ese carácter se convierte en la

ilustración más lograda del objeto propuesto a esa enseñanza. Por más que el enseñante se empeñe en mantener para sí mismo, en el espacio de la "transferencia de trabajo", la fuente viva de ese enclave subjetivo que, por otra parte, lo sujeta, al igual que a su oyente, a la alienación común del discurso, no puede más que renovar perpetuamente una apuesta: conducir al enseñado a identificar en la enseñanza, no sólo lo que ha podido hacer eco en su subjetividad propia, sino también lo que le ha permitido "trabajarla", con la sola finalidad de llevarla a presentir las intuiciones analíticas capaces de regular la aptitud de su confrontación con la clínica.

Notas

1. Freud, S., "Kelle-E Az Egyetemen a Psychoanalyst Tanitani?", publicación original en húngaro. El texto alemán es inexistente. La transcripción probablemente efectuada por S. Ferenczi apareció en el periódico médico *Gyogyaszat*, el 30 de marzo de 1919, vol. LIX, Nº 13, pp. 170-173. [Véase la versión española del mencionado artículo en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976, t. XVII, p. 165.]

2. *Ibid.*, t. XVII, p. 169.

3. Invitación del ministro de Investigación y Tecnología con miras a la creación de un Centro de investigaciones en psicoanálisis dependiente del CNRS. Una misión de estudios distribuye, a estos efectos, en diferentes agrupaciones psicoanalíticas, un cuestionario de fondo sobre el estado de su disciplina y sobre el rol que en ella tienen la formación y la investigación. Hasta el día de hoy, la mayor parte de las agrupaciones psicoanalíticas han hecho oficiales sus posiciones, por lo demás diversas, sobre este proyecto. De manera previsible, la naturaleza misma del proyecto debía contribuir ampliamente a reactivar los problemas endémicos ligados a la oficialización del estatuto de la formación y de la práctica del psicoanalista. Al respecto, la relación entre el psicoanálisis y la universidad estuvo más que nunca interpelada bajo la forma de tomas de posiciones o de debates problemáticos que dan el tono a la naturaleza del intríngulis que queda aún en suspenso. Es forzoso comprobar que si bien algunos clínicos universitarios (médicos o no) han optado firmemente por el mantenimiento de cierta autonomía del psicoanálisis respecto de la universidad, otros, en esa ocasión, se han manifestado, más allá de toda reserva, haciendo prevalecer una autoridad universitaria de tutelaje que sería capaz de acreditar y de certificar, para las instancias del Estado, la aptitud de algunos analistas para el ejercicio de su práctica.

Resultará provechoso consultar, acerca de estos diferentes problemas, los documentos y la información presentados por *Psychanalystes*, *Bulletin du collège de psychanalystes*, Nº 1, noviembre de 1981; Nº 2, marzo de 1982; Nº 3-4, junio de 1982. Véase también *L'âne*, Nº 5, mayo-junio de 1982, pp. 11-15.

Véase por último la actualización realizada por I. Gárate-Martínez, en "Demain Les psychanalystes: lacaniens?", en *Esquisses psychanalytiques*, Nº 17, *La psychanalyse dans la médecine*, primavera de 1992, pp. 111-122.

4. Laplanche, J., "Psychanalyse à l'université", en *Psychanalyse à l'université*, t.I, Nº 1, diciembre de 1975, p. 5.

5. Laplanche, J., "La référence à l'inconscient", *ibid.*, tomo III, Nº 11, 1978, p. 385.

6. Laplanche, J., "La situation psychanalytique: le descriptif et le prescriptif", *ibid.*, tomo VI, Nº24, septiembre de 1981, p. 559.

7. Fédida, P., "Retour à Lacan", en *Passages*, Nº 57, *Faut-il haïr Lacan?*, septiembre de 1993, p. 38.

8. Véase Lacan, J., *L'envers de la psychanalyse*, libro XVII (1969-1970), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1991, seminario del 14 de enero de 1970, p. 46.

9. Lacan, J., "Lacan pour Vincennes!" (22 de octubre de 1978), en *Ornicar?*, Nº 17-18, primavera de 1979, p. 278.

10. Laplanche, J., "Psychanalyse à l'université", en *Psychanalyse à l'université*, tomo I, Nº 1, *op. cit.*, p. 5.

11. Lacan, J., "Le mythe individuel du névrosé" (Collège philosophique 1953), en *Ornicar?*, Nº 17-18, *op. cit.*, p. 292.

1

Enseñanza del psicoanálisis y sujeción

Por cuanto se trata fundamentalmente de una empresa de la palabra, toda enseñanza adhiere a esta propiedad de sujetar (en el sentido inmediato de poner bajo la dependencia de un sujeto) lo que es enseñado al que enseña. Esta sujeción es inherente al hecho ordinario de la estructura del discurso del sujeto hablante.

Esta disposición, empero, adquiere una resonancia particular en la enseñanza del psicoanálisis, en razón misma de lo que se enseña.

En los otros universos de enseñanza, esta sujeción, en efecto, está neutralizada comúnmente por el efecto imaginario constantemente alimentado a propósito de la independencia supuesta del sujeto y del objeto, que nunca es más que la consecuencia directa de lo que Lacan designa con el nombre de *división del sujeto*.¹ Por lo demás esta "forclusión del sujeto" (Lacan) es el principio mismo del conocimiento de los objetos y de su transmisión didáctica.

En cambio, el psicoanálisis no puede no tener en cuenta, en su enseñanza, esta circunstancia subjetiva a riesgo de entrar en contradicción flagrante con lo que se esfuerza así por transmitir.

Indudablemente, no es fácil zanjar esta dificultad, pero no es indiferente eludirla haciendo como si no se planteara, ya que eso sería entonces dar prueba de un desconocimiento evidente de algunos de los puntos fundamentales del psicoanálisis. Para ilustrar estos puntos fundamentales, he de mencionar muy especialmente las articulaciones entre *verdad*, *saber* e *incons-*

ciente, y todas las interconexiones entre *palabra*, *transferencia* y *resistencia*.

La enseñanza psicoanalítica implica, en efecto, dos tipos de consecuencias. Por ser en primer lugar industria de la palabra, moviliza necesariamente la dimensión de la transferencia y la resistencia que es su correlato. Por ser también comunicación de un saber, plantea pues la cuestión de la verdad en el lugar del inconsciente donde se origina.

Desde este punto de vista, Lacan nos sugiere algunas aclaraciones importantes. Por un lado, nos recuerda hasta qué punto la transferencia es fundamentalmente coextensiva al despliegue de la palabra, aunque se trate de la del enseñante:

En su esencia, la transferencia eficaz en cuestión es simplemente el acto de la palabra. Cada vez que un hombre le habla a otro de una manera auténtica y plena, hay, en el sentido propio, transferencia, transferencia simbólica: ocurre algo que cambia la naturaleza de los dos seres en presencia.²

Por otro lado, vuelve a centrar la dimensión más esencial de lo que constituye la palabra como tal: "¿Qué es la palabra?", interroga Lacan. "Hablar, responde, es ante todo hablar a otros."³ En consecuencia, el otro refirma el carácter inaugural y constitutivo de toda palabra:

Una palabra no es palabra sino en la medida exacta en que alguien cree en ella [...] Es ante todo en esta dimensión donde se sitúa una palabra. La palabra es esencialmente el medio de ser reconocido. Estaba antes de cualquier otra cosa que haya detrás. Y con ello es ambivalente y absolutamente insondable. Lo que dice, ¿es cierto? ¿No es cierto? Es un espejismo. Es ese espejismo primero que les asegura que están ustedes en el dominio de la palabra.⁴

Por otro lado, la enseñanza del psicoanálisis, al chocar de frente con la dimensión de la transferencia, remite igualmente a la de la resistencia por medio del saber teórico.

En su estudio sobre Freud, Octave Mannoni destaca excelentemente las imbricaciones que pueden existir entre la teoría, la resistencia y la transferencia. "En un último esfuerzo de la *resistencia* —escribe a propósito de Freud— se lanza a un

inmenso trabajo teórico."⁵ Y luego prosigue en los siguientes términos:

El valor teórico indiscutible de algunas elaboraciones del "Proyecto"* no impide que haya desempeñado un papel de resistencia en el seno mismo de la relación con Fliess. Por otra parte, tenemos la prueba del hecho de que esta resistencia se revela abiertamente no bien abandona el "Proyecto" que la enmascaraba: Freud vuelve a encontrarse en un estado que le parece "extraordinario". El trabajo teórico ya no está a su disposición. [...] Freud deja entrever la situación transferencial en la cual está, sin poder reconocerlo.

Por consiguiente, parecería que el despliegue del saber teórico se originara en la resistencia, e incluso como si se propusiera explicarla. Pero, muy por el contrario, ello equivale también a reconocer que la teoría se esfuerza por liberarse de la transferencia intentando dar cuenta de ella, mientras que el origen de su desarrollo ya está incluido en la transferencia.

Siguiendo el hilo de la resistencia, de la transferencia, del saber teórico y de la verdad alojados bajo la enseña del inconsciente, podemos esclarecer, en lo sucesivo, el examen del problema planteado por la enseñanza del psicoanálisis desde la perspectiva en la que he propuesto introducirla: la de una *sujeción*. Precisemos desde ya, a propósito de tal *sujeción*, que si bien se origina en el más alto grado en el enseñante, no deja no obstante de prolongarse en un envoltorio que también intercepta al enseñado.

Es más, incluso más que cualquier otra enseñanza, la enseñanza del psicoanálisis no puede dejar de sentirse concernida por ese estatuto particular que la verdad mantiene con el inconsciente en el sujeto hablante; de modo que el saber que se encuentre enseñado en ella llevará la marca indefectible de esta alienación. En este sentido, ya se puede poner de manifiesto una *sujeción de la cosa enseñada a quien la enseña*.

Está primera precisión, a partir de ahora, puede fundar una distinción fundamental sobre la acepción del término "enseñanza" cuando se aplica al psicoanálisis.

Muy frecuente-

* Se trata del texto de S. Freud "Proyecto de psicología" (1895), **25** *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976, t.I, p. 323. [T.]

mente, las comodidades del lenguaje nos llevan a discriminar, en el caso del psicoanálisis, una enseñanza llamada *teórica* junto a una llamada *clínica*. Sin embargo, si la referimos a lo que acabamos de desarrollar, esta distinción, consagrada por el uso, no parece ser muy coherente.

En primer lugar, despejemos el malentendido clásico que reina en torno de esta distinción, todavía demasiado sostenida entre los (analistas) *teóricos* y los (analistas) *clínicos*. Tal inepticia no tolera largos comentarios. Sólo atestigua una hipoteca alarmante mantenida respecto del psicoanálisis, que consiste en desconocer que el acceso a la teoría, tanto su uso como su elaboración, está indisolublemente ligado a la clínica *vía* la transferencia y recíprocamente. Confortarse, por ejemplo, con la prioridad de la clínica en detrimento de la teoría, como lo hacen algunos "veteranos" de la práctica, es, al final de cuentas, adherir a la creencia implícita de una práctica que sería puramente empática e iniciática. A la inversa, comprometerse en el psicoanálisis bajo la modalidad de la precedencia teórica es promover por la vía de la resistencia la adhesión a un tipo de práctica gobernada por el ejercicio de prescripciones doctrinales que someten la dimensión psicoterapéutica al resurgimiento sutil de una dirección de conciencia que se ignora como tal.

La incoherencia mencionada respecto de la distinción enseñanza teórica/enseñanza clínica participa de otra cosa. Se trata esencialmente de la confusión tácita que a menudo se da en el campo del psicoanálisis entre lo que es especialmente *enseñanza* y lo que sólo puede ser aprehendido como *transmisión*. En efecto, la enseñanza del psicoanálisis se organiza, en tanto tal, como el despliegue de un proceso de saber que no puede ser sino *comunicación de un saber teórico* en el lugar en el que el sujeto lo articula. Desde ese lugar, la enseñanza está estructuralmente sujeta a exponerse como la puesta a prueba de un decir, testimonio propuesto a varios de lo que representa el acceso a la teoría de quien la enseña. Por lo tanto, la interferencia de cierto tipo de transferencia ligada al análisis es irreductible, dado que es por medio del propio análisis, es decir, por medio de la transferencia, como se inaugura para cada cual el acceso a la teoría. Desde ese lugar de discurso específico, la "clínica" no puede introducirse pues sino en

términos de *ilustración*. Puesto que así reviste la forma de una mediación referencial, la intrusión de la clínica en la enseñanza sólo se efectúa entonces en concepto de *exhibición* (en el sentido etimológico). Su objetivo es presentar una justificación ostentatoria con el apoyo de un saber que le es comunicado al otro o respecto del cual se supone que ese otro ya está instruido. De hecho, "la cuestión no es hoy tanto la 'no refutabilidad' (Karl Popper) del psicoanálisis como la *transmisibilidad* de su *discurso*. Desde que los psicoanalistas han decidido alegremente realizar una comunicación de su pensamiento dirigida a un público cultural más o menos indiferenciado (no exclusivamente 'psicoanalítico'), los testimonios clínicos que nos aportan tienden a volverse ejemplarmente ilustrativos y a perder así su valor de pertinencia propiamente psicoanalítica".⁷ En cambio, si hay un lugar de *inculcación clínica*, su autonomía podría definirse como lugar de *cesión* (en el sentido de *cessio*) conquistado en el terreno de una *sesión* (en el sentido de *sessio*). No se trata de una cláusula de estilo sino más bien de la necesidad de circunscribir el espacio de un discurso que ya no es el de la enseñanza sino el de una *transmisión*. Dicho de otro modo, conviene movilizar un auténtico espacio de discurso *de emisión/inauguración* adquirido en beneficio del análisis de la transferencia, y en el cual lo deliberado ya no se sostiene en el registro del *discurso universitario* del enseñante (incluso del *discurso del amo*) sino en el del *discurso analítico*. Discurso, este último, que no encuentra su verdadero fundamento sino en *el análisis personal* y su prolongación más legítima en *la experiencia del control*, en razón de la transferencia que supone. Esta distinción requiere, evidentemente, que no se cometa el error de confundir el sentido del "discurso analítico" rigurosamente definido por Lacan,⁸ con el discurso común *sobre* el psicoanálisis o incluso con la chachara especulativa de los psicoanalistas.

La transferencia se determina, como lo hemos recordado, intrínsecamente, pero también extrínsecamente respecto del saber de la teoría. Por esta razón, funciona igualmente en la enseñanza del psicoanálisis un modo de dependencia distinto del que ya hemos mencionado. La sujeción del saber enseñado a la estructura del sujeto hablante que lo enseña está moviliz-

da, en lo que le concierne, por esa posición *interna* que la transferencia mantiene con la teoría. Pero, a la inversa, el interlocutor enseñado por ese saber de la teoría se encuentra también implícitamente investido en la dimensión *externa* de la transferencia que supone esa teoría, ya que, de alguna manera, el saber teórico está hecho para dar cuenta de la transferencia. Se trata de este segundo modo de sujeción nombrado por Lacan con la denominación de *transferencia de trabajo*, que he mencionado anteriormente.⁹

La enseñanza del psicoanálisis, por lo tanto, no puede desprenderse de una doble sujeción que presenta esa propiedad notable de actualizarse según una *estructura de borde*. En este caso, la banda de Moebius metaforiza (y no formaliza) en forma útil la interferencia de esa doble vectorización subjetiva, sugiriendo su singularidad a la vez interna y externa.

Esta propiedad estructural impone, recíprocamente, algunas consecuencias más inmediatamente pragmáticas en la puesta en acto de tal enseñanza. En cuanto a lo esencial, en razón de ese modo de sujeción, la enseñanza del psicoanálisis no puede eclipsar un *estilo*. En efecto, el enseñante no puede sustraerse y, por lo mismo, sustraer tanto la cosa enseñada como al enseñado mismo, a los vestigios transferenciales que perduran —quíeralo o no— tal como los sellos de las facturas de su propio acceso a la teoría, y por ende al análisis. Pero ese estilo no debe ser confundido con lo que se podría designar por otra parte como *criterios metodológicos*. En otras palabras, no es por la organización del saber enseñado como se identifica el estilo. Esta organización puede apoyarse también en criterios tan diferentes como los que se han movilizad para impartir una enseñanza de carácter didáctico o, a la inversa, de tipo deliberadamente informal. Esta elección metodológica depende, ante todo, de la adhesión "pedagógica" (por ende, aquí, esencialmente imaginaria) que el enseñante mantendrá prioritariamente con el aspecto formal o evocador del saber teórico. Como este saber participa irreductiblemente de esos dos aspectos, tal elección no se inscribe jamás más allá de cierta preferencia vinculada con un tipo de *presentación tética* más bien que con otra cualquiera.¹⁰

El *estilo*, en cambio, por ser sobre todo un resurgimiento

del acceso personal del enseñante a la teoría por la dimensión de la transferencia inherente a su análisis, estigmatiza inevitablemente, *a posteriori*, la mención de su resistencia propia a la verdad del saber inconsciente. Por ejemplo, en la expansión de tal resistencia viene a nutrirse, en la enseñanza del psicoanálisis, la intermediación encegueda —pero tranquilizadora— de las exégesis de tipo escolástico.

El corpus del psicoanálisis no habla de sí mismo si uno no se arriesga a sorprenderse oyéndolo hablar de sí al hablarlo uno mismo. Es lo que ya recordaba Lacan en 1957:

Todo retorno a Freud que dé materia a una enseñanza digna de ese nombre se producirá únicamente por la vía por la que la verdad más escondida se manifiesta en las revoluciones de la cultura. Esta vía es la única formación que podemos pretender transmitir a aquellos que nos siguen. Se llama: un estilo."

A partir de esto podemos intentar reflexionar acerca de la conjunción de *la enseñanza* y *la formación* en el campo psicoanalítico.

En cuanto a sus enfoques más generales, *enseñanza* y *formación* mantienen un territorio fronterizo. Pero no por ello son instancias necesariamente solidarias. Esta discriminación, hoy trivial, está en el origen de muchas peripecias experimentadas en la historia del movimiento psicoanalítico. Propongo, a lo sumo, aludir a ellas en el transcurso de la exposición de algunos argumentos que a mi entender vuelven a centrar el consenso espinoso entre enseñanza y formación en uno de los puntos donde se organiza. Ese punto es un terreno de interrogación sobre la concepción de la cura analítica misma, sobre la que he de recordar¹² algunos enfoques.

El término "analizante", introducido por Lacan, parece haber acogido hasta el día de hoy los sufragios de una popularidad que lleva a su uso manifiesto en la mayor parte de los universos y horizontes psicoanalíticos actuales. Esta propensión natural y decidida a hacer referencia en lo sucesivo al "analizante" cuando antes bastaba con llamarlo "paciente" es, con todo, la prueba de cierta bastardización del concepto.

Si bien todos los analizantes son pacientes, todos los pacientes no son necesariamente analizantes. El uso irreflexivo del término suele ocultar con frecuencia su carácter *princeps* —pues se sabe que procede de una verdadera "revolución copernicana"— tanto en lo concerniente a la práctica de la cura como a sus alcances. Aunque muchísimos analistas se reivindicarían a sí mismos como practicantes ordinarios con analizantes en cura, algunos de ellos se equivocan en la medida en que utilizan su práctica para instituir en ella lo que con toda propiedad debería nombrarse como "analizados". Ello se explica por cierto tipo de ejercicio de la cura en la que el psicoanalista, al colocarse en el lugar del "psicoanalizante", reduce a su paciente a la categoría de "psicoanalizado".

La forma gramatical del término clásico "analizado" (participio pasado sustantivado) se explica a partir de una concepción particular del sentido de la situación analítica. Si el paciente es un "analizado", el giro supone que el psicoanalista se reconozca como *el agente* capaz de "hacer" el psicoanálisis del paciente. El sentido del giro gramatical pasivo —en este caso, tan inconvenientemente llamado "voz" pasiva— señala aquí, muy a las claras, la dimensión específica que gobierna el orden de la situación analítica: "el gato se come al ratón; ¡el ratón es comido por el gato!" Este precepto de la pedagogía gramatical escolar se justifica más que nunca precisamente en la medida en que el paciente "analizado" por el psicoanalista presupone que dicho psicoanalista lo psicoanaliza impecablemente.

En otros términos, el acto psicoanalítico es instituido por un psicoanalista cae *sabe* psicoanalizar. Ahora bien, el orden de esta situación que asigna al psicoanalista la tarea de psicoanalizar a su paciente, lo destituye al mismo tiempo del papel y de la función propicios para promover un espacio analítico donde ese paciente se encontraría llevado a efectuar un camino que sea el suyo propio. Tal dispositivo contribuye a desnaturalizar

* Las grandes escuelas de la Edad Media enseñaban *las siete artes liberales*. El título de *Maitre ès arts* confería la licencia para estudiar humanidades y el cuerpo de todos los *Maitres ès arts* y de los regentes de la universidad se llamaba Facultad de las artes. De ahí que, en francés, la palabra "*art*" esté ligada al conocimiento universitario y al desarrollo de una profesión liberal. [T.]

la piedra angular del proceso analítico: la significación de la transferencia y la función que le es asignada en la cura para que el paciente tome nota de sus efectos con miras a utilizarlos en la investigación de su inconsciente.

Bastaría como prueba la pendiente inevitable por la que se desliza entonces la práctica analítica, la de un *arte* en el que el paciente se encomienda a la habilidad, adquirida de antemano, del *savoir-faire* del psicoanalista. Además, *ipsofacto*, el paciente se ve invitado por *el hombre del arte** a aceptar una posición de "instituido" en nombre de las reglas de un contrato que sella en lo sucesivo la práctica analítica con la de las artes liberales, e incluso, en virtud del carácter relativamente hermético de la empresa, con la del gran *arte*. Y difícilmente se entiende cómo el psicoanálisis podría sustraer su práctica a la del ejercicio de un arte, a partir del momento en que el *savoir-faire* de quien tiene la misión de psicoanalizar no puede autorizarse demasiado en la "certera vía de una ciencia" (Kant). Pero la ausencia actual de una criteriología científica operatoria que garantizaría la legitimidad del corpus teórico del psicoanálisis es lo suficientemente manifiesta como para que no se siga insistiendo más en eso.¹³

En tales condiciones, ¿cómo neutralizar esta dependencia del analizado frente al *savoir-faire* del hombre del arte? Naturalmente, hay que seguir buscando la solución en la dimensión misma de lo que instaura la situación analítica. Para ello, conviene que el acto analítico se desprenda de los límites intrínsecos que nutre el ejercicio de todo *savoir-faire* constituido. Dicho de otro modo, es necesario que el acto analítico se sostenga en una condición que determine un límite a lo que instituye la situación analítica. De hecho, mientras el psicoanalista está investido por adelantado con la función de *saber* psicoanalizar, ese límite permanece indefinido. El paciente, mantenido en situación de ser "analizado" por el hombre del arte, interpela necesariamente, en su análisis, los límites de ese *savoir-faire*: otra manera de puntualizar que los límites de su investigación analítica siguen siendo directamente tributarios de los que circunscriben el *savoir-faire* del psicoanalista.

Lacan ha propuesto restablecer el orden verdadero de la situación analítica al promover la dimensión del "psicoanali-

zante" en el lugar de la del "psicoanalizado". La condición necesaria y suficiente para que el acto analítico no se mida con la vara del *savoir-faire* del hombre del arte consiste en admitir al paciente como aquel que va a instituir, en cierto lugar, a un sujeto que lo escuche y que, por eso mismo, va a instaurar la situación analítica instituyéndolo como psicoanalista. De ello resulta que el que psicoanaliza es el paciente: él *hace* su análisis. Sólo en esta medida la situación analítica se recentra en torno de la piedra de toque que la constituye, es decir, la dimensión de la transferencia.

El *agente* del proceso analítico es la transferencia, no el psicoanalista. Este sólo es designable como tal porque un "analizante", que sostiene en él un discurso, tanto bajo el efecto de mecanismos inconscientes puestos en acto en la transferencia como por las demandas que le dirige, le asigna la obligación de asumir diversos roles identificatorios. Analizando el juego transferencial, identificando lo que en él se juega de la historia del sujeto, así como favoreciendo su proceso al mismo tiempo que se desprende de él, el psicoanalista ocupa su posición legítima, es decir el único lugar donde puede asegurar la conducción de la cura de un modo operatorio. No hay otra condición que permita, en cambio, al psicoanalizante, caer en la cuenta de la llamarada de ilusiones que alimenta en la transferencia como de aquello que lo introduce en las estrategias de su propio inconsciente, es decir lo que lo abre a la dimensión de "hacer" su análisis.

Por consiguiente, la sustitución del "analizado" por el "analizante" equivale a reconocerle al paciente el papel *princeps* que ocupa en su análisis; él es, en primerísimo lugar, el artesano, mientras que el psicoanalista no es más que el instrumento.

Esta discriminación *analizado / analizante* permite aclarar muchos aspectos de la frecuente complicidad entre *enseñanza y formación*.

Si Lacan consideraba decididamente el proyecto de "devenir psicoanalista" como un síntoma de la cura que debe ser puesto a prueba en el mismo sentido que los otros, era ante todo para insistir en el carácter *imprescriptible* de la formación. Sólo se puede atestiguar la organización de un proceso de formación analítica con una mirada retrospectiva sobre el análisis y sus

efectos. Es en el marco de esta perspectiva donde Lacan ha formulado su famosa proposición lapidaria: "el psicoanalista sólo se autoriza a sí mismo".¹⁴ Proposición muy rápidamente elevada a la categoría de aforismo, pero también frecuentemente expurgada, por los comentadores, de la connotación rigurosa que Lacan le había otorgado.

La coherencia interna de la proposición de Lacan indica que el psicoanalista no puede autorizarse de ningún modo en un campo de *saberes* entre los cuales habría podido ser *enseñado*. Desde ese punto de vista, ni la psiquiatría, ni la lingüística ni la filosofía, etc., son efectivamente admisibles en cuanto a la *formación* propiamente dicha del psicoanalista. En cambio, si el psicoanalista sólo debe autorizarse en el psicoanálisis, ¿cómo es posible entonces esta formación si el psicoanalista no se autoriza a sí mismo?

A mi entender, se ha visto frecuentemente fortalecida cierta complicidad entre *enseñanza* y *formación* desde la perspectiva figurada en la que el psicoanalista se autorizaría en el psicoanálisis y no a sí mismo.

A partir de 1953, Lacan ya se había rebelado, como todo el mundo sabe,¹⁵ contra este tipo de complicidad, y su reflexión sobre el problema de la formación, constantemente sostenida desde entonces, debía culminar en elementos de ruptura por lo menos fundamentales con la concepción "estándar" del análisis didáctico. "*El psicoanalista sólo se autoriza a sí mismo*" nos trae a la memoria, en particular, el recuerdo de esa "revolución copernicana" en la que el análisis sólo puede advenir como didáctico en el *après-coup* y, por cierto, no en la perspectiva de un "cursus". Por lo demás, por otro lado parece que los defensores de tal análisis didáctico ya no pueden dejar de interrogarse, en la actualidad, sobre algunas de las posiciones inauguradas por Lacan. En un simposio sobre *La formación del psicoanalista*, realizado en la Asociación Internacional de Psicoanálisis,¹⁶ se observa que algunas expresiones consagradas como *análisis didáctico* y *analista didáctico* tienden a eclipsarse en beneficio de otras como *análisis de formación* y *analista de formación*.¹⁷ Por otra parte, en el mismo contexto, Serge Viderman cuestiona de un modo perfectamente radical esta (pre)determinación significativa, tal como lo atestigua el siguiente pasaje:

Adosarle al "psicoanálisis" un calificativo es darle una determinación que limita y oculta su especificidad.

Se admite que la calificación del análisis como "didáctico" no es feliz. Pero una nueva denominación (que lo convertiría en un "psicoanálisis de formación") en nada modificaría el problema. Dejaría intacta la diferencia que consiste en atribuir al psicoanálisis la connotación de un proyecto distinto del que asegura su singularidad. [...] Análisis didáctico o de formación no son sólo maneras de decir, sino de ser y de hacer. Las palabras no son designaciones neutras, sino que connotan a la vez una realidad y contribuyen a reificarla. [...] Adjúntese al psicoanalista un calificativo (clínico, teórico, médico, didáctico), y se verá que cuanto más se ensancha el área de extensión lógica del concepto por adjunción de calificativos heterogéneos, más disminuye el área de comprensión de su función específica. [...] El adjetivo no agrega un elemento más a su calificación. Un psicoanalista "didáctico" ya no es un psicoanalista completo. El analizante "didactizado" tampoco es del todo un analizante. La duplicación del alcance culmina en la ambigüedad de la trayectoria y de su conclusión. No hay más que un análisis. [...] Si se amalgama el proyecto psicoanalítico y el proyecto de formación, se corre el riesgo de que se produzca la confusión de ambos proyectos a expensas del primero. [...] Se corre el riesgo de que en la connivencia tácita o explícita las resistencias transferenciales y contratransferenciales se unan en un proyecto de *enseñanza* en el que las seducciones narcisistas se dan la mano y limitan el alcance del análisis.¹⁸

Estos elementos de reflexión de S. Viderman no sólo plantean, sino que también recentran adecuadamente, el problema de la complicidad que puede reinar en el campo psicoanalítico entre enseñanza y formación.

Si su función no está rigurosamente especificada en extensión y en intensidad, la enseñanza del psicoanálisis interviene, efectivamente, como intermediario, y permite ocultar la experiencia analítica, que constituye la piedra angular de la formación. Al faltar estas pocas referencias, la enseñanza del psicoanálisis puede favorecer el enquistamiento de algunos dispositivos de captura en los que la función del *saber sobre el inconsciente* corre el riesgo de neutralizar *el acceso a su propio saber inconsciente* y, consecuentemente, el acceso al de los otros. Una enseñanza que no se descubriera en la dimensión de la doble sujeción que he mencionado se expone a realizar esa interven-

ción catabolizante, por su carácter conformista, en el sentido de la dialéctica analítica.

En efecto, a partir del momento en que la formación permanece asociada a la idea de la "progresión de un cursus",¹⁹ y lo que es más, a la admonición de un "asesor pedagógico destinado a ayudar a cada candidato en su formación",²⁰ la enseñanza del psicoanálisis ya sólo se administra en un *lugar de enseñanza necesariamente "profesoral"*. El saber, que se imparte como ingrediente inscripto en el "cursus" de la formación analítica, está lejos de secundar la transmisión efectuada en el análisis. Más bien la subordina a una operación imaginaria a través de la cual se efectúa la transustanciación del saber teórico-clínico del Magisterio enseñante como testimonio razonado del *savoir-faire* del analista, dejando petrificado, al mismo tiempo, *ipso jure*, al paciente en situación de *analizado*.

En cambio, rechazar *Canalizado* en beneficio del *analizante* y al psicoanalista *que sabe* psicoanalizar en provecho del *sujeto supuesto saber*—tal como Lacan establece su estatuto a propósito de la formación del psicoanalista—,²¹ es abrir un espacio de enseñanza del psicoanálisis *fuera del cursus*. Es decir, un lugar donde el decir del enseñante no se propone nunca como otra cosa que como una comunicación al otro de algo del orden de su propio acceso al saber teórico en la transferencia y, por lo mismo, que se autoriza en un decir que sigue siendo de alguna manera un decir de analizante.

Notas

1. Véase Dor, J., cap. 16: "La división del sujeto: la alienación en el lenguaje", en *Introducción a la lectura de Lacan*, I, Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 122-130.

2. Lacan, J., *Les écrits techniques de Freud*, libro I (1953-1954), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1975, seminario del 17 de marzo de 1954, p. 127.

3. Lacan, J., *Les psychoses*, libro III (1955-1957), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1981, seminario del 30 de noviembre de 1955, p. 47.

4. Lacan, J., *Les écrits techniques de Freud*, *op. cit.*, seminario del 16 de junio de 1954, p. 264.

5. Mannoni, O., "Introite, hic dei sunt", en *Freud*, París, Seuil, col. "Écrivains de toujours", 1968, p. 57 (el subrayado es del autor).

6. Mannoni, O., "Introite, hic dei sunt", en *Freud*, *op. cit.*, p. 58.

7. Fédida, P., cap. XII: "D'une psychopathologie générale à une psychopathologie fondamentale. Note sur la notion de paradigme", en *Crise et contre transfert*, Paris, PUF, p. 294.

8. Páralos cuatro discursos: del amo, del *universitario*, del *histórico* y del *analista*, véase Lacan, J., *L'envers de la psychanalyse*, *op. cit.*

9. Véase *supra*, "Introducción", pp. 19-21.

10. En este sentido, he desarrollado en un artículo algunas argumentaciones suplementarias concernientes a la enseñanza de Lacan. Véase "Le séminaire de Lacan: enseignement charismatique ou enseignement analytique?", en *Papers of the Freudian School of Melbourne Australian Psychoanalytic Writings*, 1992, *Hommage to Lacan*, pp. 135-144.

11. Lacan, J., "El psicoanálisis y su enseñanza" (comunicación preliminar a la Sociedad Francesa de Filosofía en la sesión del 23 de febrero de 1957), en *Escritos*, México, Siglo XXI, 1975, t. 2, p. 181.

12. Retomaré aquí algunas ideas desarrolladas anteriormente en una conferencia publicada bajo el título "Epistemología matemática della pratica analítica comme arte"(1982), en *Nominazione*, Nº 4, Milán, Vel edizioni, 1983, pp. 82-88.

13. He desarrollado, en este sentido, toda una argumentación epistemológica en mi obra *L'a-scientificité de la psychanalyse. Tome 1. L'aliénation de la psychanalyse. Tome 2. La paradoxalité instauratrice*, París, Editions universitaires, col. "Émergences", 1988.

14. Lacan, J., "Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École", en *Scilicet*, Nº 1, Paris, Seuil, 1968, p. 14.

15. Véase *La scission de 1953 - La communauté psychanalytique en France I*, documentos editados por J.-A. Miller, suplemento del Nº 7 de *Ornicar?*, París, Biblioteca de *Ornicar?*, 1976.

16. Véase la obra bajo la dirección de S. Lebovici y A.-J. Solnit, *La formation du psychanalyste*, Simposio de Broadway (Gran Bretaña, febrero de 1980), París, PUF, 1982.

17. Véase Lebovici, S., "Sur *La formation des psychanalystes*", *ibid.*, p. 18.

18. Viderman, S., "Préambule à un projet de cursus", *ibid.*, pp. 288-289.

19. Lebovici, S., "Sur *La formation des psychanalystes*", *ibid.*, p. 36.

20. *Ibid.*

21. Véase Lacan, J., "Proposition du 9 octobre 1967. Première version", en *Analytica*, suplemento de *Ornicar?*, Nº 8, 1978, pp. 10-12.

2

Presentación clínica y psicopatología

Si el principio de la presentación clínica es tan viejo —o casi— como la clínica misma, no por ello ha sido menos instituido y practicado con fines de enseñanza. ¿Cuáles son los límites —incluso las imposiciones— de tal presentación en el campo psicopatológico?

Una exploración exhaustiva o radical de esta cuestión, además de ser temeraria, no parece indispensable para situar al menos algunos de sus aspectos esenciales.

Estos puntos esenciales pueden circunscribirse según las tres líneas directrices siguientes:

- la referencia al *inconsciente*;
- la *semiología* y su correlato, la *nosografía*;
- el goce.

A primera vista, estas tres líneas de fuerza parecen relativamente heterogéneas entre sí. Por otra parte, cada una de ellas alimenta en sí misma una complejidad suficientemente desmesurada para que parezca, si no vano, al menos muy ambicioso, tratar de articularlas en el cuerpo de una misma elucidación. Sin embargo, parecería que el capitel de la presentación clínica se encontrara, pese a todo, sostenido por esas tres pilastras solidariamente afianzadas entre sí.

Tal solidaridad ya puede encontrarse prevista en esta breve observación de Lacan:

El psicoanálisis es una práctica delirante, pero es lo mejor que tenemos en la actualidad para conseguir tener paciencia en esta

incómoda situación de ser hombre. En todo caso, es lo mejor que Freud ha encontrado.'

Pese al refinado gusto de Lacan por las fórmulas provocadoras y su arte consumado de la subversión, una expresión como "el psicoanálisis es una práctica delirante" no vehiculiza necesariamente la sospecha de inquietud que se le podría acreditar de entrada. No significa para nada que el psicoanálisis sea una práctica que haga delirar. A lo sumo, nos recuerda que el protocolo de acceso al inconsciente, tal como Freud se encargó de especificarlo, entraña algo lo suficientemente singular para que todos los *habitus* mejor constituidos de la razón se vean subvertidos.

En este sentido —pero sólo en este sentido— tal dispositivo "práctico" de acceso al inconsciente podría evocar, en efecto, algo de la famosa "máquina de influenciar" de Tausk.² Por su parte, Lacan presentía en este procedimiento de investigación del inconsciente todos los estigmas de una explotación paranoica. Pero tanto en un caso como en el otro, si el dispositivo analítico evoca tales actividades delirantes, no por ello las induce ni las produce. Prueba de ello es que Lacan no dejaba de agregar que no se trataba sino de una *paranoia dirigida*.

Aunque *dirigida*, ello equivale a decir bajo qué enseña se aloja metafóricamente la *referencia al inconsciente*. En el marco de la *presentación clínica*, pese a todo hay que poder circunscribir el lugar lógico de esta referencia respecto de las otras dos que delimitan el campo: la *semiología* y la *nosografía*, por un lado; el *goce*, por el otro.

Por lo tanto, se trata de apreciar en su justo valor la adecuación de esta referencia al inconsciente frente a los procesos psicopatológicos con los que el aprendiz de clínico se enfrenta la mayor parte de las veces; es decir, en el marco de situaciones diversas —pero no menos determinadas— que no son jamás, para él, sino la ocasión de encuentros relativamente puntuales: ya se trate de pasantías, de guardias, de urgencias; ya se trate también de encuentros audiovisuales, de entrevistas, etc., o de otras tantas situaciones que pueden colocarse cómodamente detrás de la denominación *presentación clínica*.

Convengamos ya mismo en lo que podemos subsumir bajo

el término *referencia al inconsciente*: amén del dispositivo de investigación antes mencionado y debidamente codificado por el uso freudiano, esta referencia al inconsciente desborda evidentemente el dispositivo mismo. En efecto, más allá del dispositivo práctico —incluso casi experimental— tal referencia encuentra también su consistencia en todo el arsenal metapsicológico que no solamente baliza sino que también se esfuerza por dar cuenta de esa experiencia, en un discurso que la justifica y, a su vez, objetiviza un perfil específico de intervención con alcances terapéuticos.

¿Cuál puede ser, entonces, la incidencia del referente psicoanalítico, en esos diversos aspectos de la presentación clínica?

Este referente sólo parece poder encontrar su lugar legítimo bajo dos condiciones. En primer lugar, que mantenga una relación de buena inteligencia con el marco de la semiología psicopatológica y de la nosografía que procede de ella. En segundo lugar, que no tienda a transformarse en puro y simple instrumento de dominación imperialista puesto favorablemente al servicio del goce.

La *buena inteligencia* querría ya que el referente psicoanalítico mantuviera con la semiología psicopatológica una relación que se definiera esencialmente como una relación de sinergia y no de competencia. Esta semiología forma parte, históricamente, de la investigación progresiva de las enfermedades mentales y la evolución de su tratamiento. Así, disponemos de un corpus a la vez descriptivo y clasificatorio cuya connotación clínica no es equívoca de ninguna manera, lo cual no quiere decir que a veces no sea ambigua. Lo cierto es que, *como tal*, esta codificación es tanto más irremplazable cuanto que resulta inevitable para el clínico. En efecto, nada puede justificar que éste desconozca una nomenclatura que ordena todo el campo psicopatológico.

¿Significa esto, por lo mismo, que tal conocimiento sigue estando estrictamente sujeto al campo de la medicina psiquiátrica y a la práctica legítima que allí se lleva a cabo? ¡Claro que no! Una cosa es la nomenclatura, y otra la elección y el despliegue de una estrategia terapéutica que puede resultar de su consideración. Pero, inversamente, sean cuales fueren las po-

tencialidades de las estrategias terapéuticas, esta diversidad no invalida el principio de la nomenclatura. A lo sumo permite afinarla, completarla, es decir ajustaría en función de la experiencia clínica y de su devenir.

Debemos tomar nota de la existencia de una distancia inevitable entre el principio de una nomenclaturapsicopatológica y la comprensión de la dinámica de los procesos mentales que elaboramos a partir de las referencias de dicha nomenclatura. Esta distancia irreductible nos impone movilizar cierto tipo de discernimiento clínico que jamás se da por adelantado con la nomenclatura, como tampoco el conocimiento terminológico de un diccionario nos proporciona alguna experiencia práctica de la lengua.

La comprensión de la dinámica de los procesos mentales plantea, en sí, una retahíla de argumentos complejos, cuyos pormenores resulta difícil enumerar. Pero, no obstante, es posible puntualizar algunas de las dificultades características que suelen surgir a propósito de esta comprensión. Basta con establecer algunas actitudes reactivas frecuentemente movilizadas por los clínicos en formación en los primeros tiempos de su confrontación clínica, para tener una indicación precisa de la naturaleza de las resistencias sintomáticas convocadas por esta comprensión de los procesos psicopatológicos. Las actitudes más estereotipadas se manifiestan frecuentemente: ya sea por medio del rechazo característico del discurso psiquiátrico y de las iniciativas terapéuticas que proceden específicamente de él; ya sea incluso por un consentimiento incondicional y engeguedado al imperialismo de la interpretación; ya sea, por último, por la represión masiva del tejido institucional y de sus incidencias simbólicas e imaginarias.

Acaso podría hacerse el inventario de esos estereotipos sintomáticos más allá de esos tres casos de figura, pero los casos de especie ya citados bastan ampliamente para poner en evidencia el tipo de dificultades y confusiones comúnmente movilizadas en el clínico al nivel de su comprensión de la dinámica de los procesos mentales.

El problema más esencial —quizá realmente el único que subyace a todos los otros— se refiere a esa posición de principios que sugiero denominar el *sectarismo genérico*, es decir la pro-

pensión natural de los procesos de la comprensión que se esfuerza por atomizar la inteligencia de la aproximación en procedimientos *unitarios* pero *autárquicos*.

Aun cuando casi nada ponga obstáculos, esta tendencia culmina muy rápidamente en prodigios de inepticia clínica cuya indigencia no tiene paralelo sino en el engeguementamiento que la nutre. De hecho, el dogmatismo clínico tiene sus fuentes en una disposición totalitaria que tiende a encerrar la comprensión en el campo de un saber preconstituido. Pero, en psicopatología, ningún dispositivo de saber merece *a priori* que se le conceda tal suerte privilegiada, tanto más cuanto que, por lo general, las líneas divisorias instauradas de un saber a otro tienen a menudo sólo una consistencia imaginariamente mantenida con fines de precedencia narcisista o de estrategias ideológicas.

La idea misma de una *comprensión de los procesos psíquicos* exige, *a mínima*, que nos detengamos en la connotación del vocablo "comprender". A partir de 1913, Freud ya manifestaba algunas reservas respecto de la comprensión cuando ésta se ponía al servicio del dogmatismo clínico. Prueba de ello es la siguiente advertencia que formulaba en su estudio "Sobre la iniciación del tratamiento":

Hartas veces, cuando uno se enfrenta a una neurosis con síntomas histéricos u obsesivos, pero no acusados en exceso y de duración breve —vale decir, justamente las formas que se considerarían favorables para el tratamiento—, debe dar cabida a la duda sobre si el caso no corresponde a un estadio previo de la llamada *dementia praecox* ("esquizofrenia", según Bleuler, "parafrenia" según mi propuesta) y, pasado más o menos tiempo, mostrará un cuadro más o menos declarado de esta afección. Pongo en tela de juicio que resulte siempre muy fácil trazar el distingo. Sé que hay psiquiatras que rara vez vacilan en el diagnóstico diferencial, pero me he convencido de que se equivocan con la misma frecuencia. Sólo que para el psicoanalista el error es mucho más funesto que para el llamado psiquiatra clínico. En efecto, este último no emprende nada productivo ni en un caso ni en el otro; corre sólo el riesgo de un error teórico y su diagnóstico no posee más que un interés académico. El psicoanalista, empero, en el caso desfavorable ha cometido un yerro práctico, se ha hecho culpable de un gasto inútil y ha desacreditado su procedimiento terapéutico.'

Naturalmente estas reservas planteadas por Freud deben ser resituadas en su contexto histórico. Unos cuarenta años más tarde, Lacan retomará la argumentación en otras tantas advertencias formuladas respecto de una comprensión preestablecida de las enfermedades mentales. En el transcurso de su seminario, a propósito de las psicosis, en 1955, cuestiona sin rodeos la noción misma de *comprensión* en los términos siguientes:

[La comprensión] es una asunción de la que sería exagerado decir que es bastante ingenua, ya que no cabe duda de que es de lo más común [...] El progreso principal de la psiquiatría desde la introducción de este movimiento de investigación que se denomina psicoanálisis ha consistido, según se cree, en restituir el sentido en la cadena de los fenómenos. Esto no es falso en sí. Pero lo que es falso es imaginarse que el *sentido del que se trata es lo que se comprende*. Lo que habríamos aprendido nuevamente, se piensa de manera tradicional en las salas de guardia —expresión del *sensus commune* de los psiquiatras—, es a comprender a los enfermos. Eso es puro espejismo.⁴

En su seminario del 23 de noviembre de 1955, Lacan aporta algunos complementos de elucidación de esta problemática de la comprensión:

Es sorprendente que jamás se haya considerado como una lección primordial, como una formulación obligada a la entrada en la clínica, la observación que les he hecho la última vez, a saber que lo comprensible es un término siempre esquivo, inasible: -Comiencen por no creer que ustedes comprenden. Partan de la idea del malentendido fundamental, que es una disposición primera, a falta de la cual realmente no hay ninguna razón para que ustedes no comprendan todo y cualquier cosa.⁴

Pero, efectivamente, así como hay que cuidarse de la tentación de querer comprender, por adelantado, las manifestaciones psicopatológicas, del mismo modo esa obligación de reserva no debe ser entendida como un alegato a favor del desconocimiento o incluso de la ignorancia. Algunos comentaristas poco escrupulosos se han dedicado a promover —tras las huellas de Freud y Lacan— la dicotomía entre "saber" y "verdad" en una dirección tan absurda como inadmisibles. Al supo-

ner que la verdad habla por sí misma,⁶ esta dicotomía se volvía para algunos una prescripción sacrosanta. Y algunos llegaron a abandonar, *ipso facto*, todo saber sobre la psicopatología y, al mismo tiempo, a renunciar a todo esfuerzo de comprensión y de asimilación requeridos para acceder a ella. Una oportunidad tan cómoda no podía no ser denunciada. Jean Oury no deja de subrayarlo en algunas palabras abruptas:

De algunas personas que están medio chifladas y que se permiten decir gansadas sobre psicoanálisis y psiquiatría... ¡sospecho que son unos holgazanes! Si se dice "no hay psiquiatría", ya son unos cuantos miles de páginas menos para leer; se quedan tranquilos, pueden ir a pasear, al cine; ya no hay que quemarse las pestañas. Resultado: volvemos a las guarderías o bien a los campos de concentración. La cosa va rápido.⁷

En términos más académicos, Jean Laplanche denuncia también esa anfibología alimentada por la oposición del saber y la verdad:

El psicoanálisis vendría a ser el lugar de la verdad, mientras que el saber sería la manera de evitar la coagulación de esa verdad. Si bien la oposición no es nueva [...] ciertamente ha encontrado un vigor renovado con el psicoanálisis y con la demostración precisa que permite el saber. No obstante, toda verdad, por cierto, puede coagularse en un saber, pero no hay emergencia de la verdad sin la base de cierto saber.⁸

No resulta demasiado útil avanzar en los arcanos de esta cuestión para darse cuenta de los extremos enojosos a los que puede conducir el dogmatismo clínico. Ya sea que éste se erija en nombre de la especificidad psiquiátrica como bajo la enseña del imperialismo psicoanalítico, ninguna referencia a un saber preconstituido podría proporcionar la medida exacta de lo que se nos propone en concepto de comprensión de los hechos psicopatológicos.

Como tampoco debemos concluir apresuradamente: "Dios ha muerto, ¡todo está permitido!" Muy por el contrario, se trata de contener toda inclinación espontánea a la empatía por medio del funcionamiento continuo de algunos dispositivos referenciales que exigirán ser puestos una y otra vez a prueba en los

umbrales de cualquier encuentro clínico. Aunque esos dispositivos referenciales no sean necesariamente congruentes entre sí, ello no implica que sean antitéticos y que estén respectivamente promovidos a una asunción dogmática.

Cada presentación clínica es la ocasión inevitable de una discriminación que opera sobre la base de esa pluralidad referencial. Tampoco hay adhesión a una estrategia terapéutica que no pueda apoyarse en tal necesidad de discriminación.

En el caso inverso, es decir en el caso de una comprensión predeterminada de los hechos psicopatológicos, la presentación o la confrontación clínica deviene entonces el comienzo de una experiencia *de goce*; lo cual, por otra parte, no quiere decir que sea la ocasión de una experiencia confortable en la medida en que el goce no siempre se confunde con el placer. Por lo general, el goce toma cuerpo con la certidumbre —o al menos el presentimiento— de una potencialidad de estrategias manipuladoras, al no insertarse éstas nunca por sí mismas sino en el marco de un dispositivo de control preestablecido. Ahora bien, por naturaleza, los hechos psicopatológicos se oponen casi siempre a toda posibilidad preestablecida de control.

Ello no invalida el carácter de una previsión o de un pronóstico que encuentran su lugar legítimamente en razón misma del alcance terapéutico que subyace al principio de todo encuentro clínico. La asunción del goce halla su terreno favorable en otro registro.

En efecto, el goce surge desde el momento en que se instituye tal encuentro, para el clínico, como la ocasión propicia de reafirmar la inscripción del hecho psicopatológico en la textura de un saber que se impone, por adelantado, como obligándolo a rendir cuentas. De alguna manera, el paciente resulta así presionado a pasar bajo las horcas caudinas del clínico que finge ignorar, ante él, ese saber preestablecido en el cual lo encierra. La presentación clínica se hunde entonces en una dimensión parecida a la del goce del secreto perverso. Más generalmente, resulta sujeta a todos los avatares del goce de aquel que sabe.

Además, qué importa ahora la naturaleza y la consistencia del saber, ya que la vectorización del encuentro clínico escapa de entrada a toda discriminación, excepto la que reafirma al

clínico en su posición de *examinador*. El lugar de elección de semejante examen es pues el que consiste, para el clínico, en observar en el otro, en el goce pasivo, lo que ha puesto de sí mismo sin querer saberlo.

¿Acaso siempre sucede con el clínico lo mismo que con el judío del chiste?

Después de varios años de soledad en una isla desierta, un judío que había naufragado es recogido por un navegante. Antes de abandonar la isla, el naufrago invita al navegante a recorrer el lugar. A la vuelta de un claro, el navegante se queda paralizado, atónito, al comprobar la presencia de dos sinagogas improvisadas, casi idénticas, distantes una de la otra apenas unos pocos metros. Inquieta respecto de esta originalidad al naufrago: "Una sinagoga, vaya y pase, pero, ¿por qué dos?" "¡Ah! ¡No me hable usted de eso!", responde el naufrago señalando una de ellas. "¡Esa no la frecuento jamás!"

Notas

1. Lacan, J., "Ouverture de la section clinique" (5 de enero de 1977), en • *Ornicar?*, Nº 9, abril de 1977, p. 13.

2. Véase Tausk, V., "De la genése de l' 'appareil á influencer' au cours de la schizophrénie", en *Oeuures psychanalytiques*, París, Payot, 1975, pp. 177-217.

3. Freud, S., "Sobre la iniciación del tratamiento", *op. cit.*, t. XII, p. 126.

4. Lacan, J., *Les psychoses*, *op. cit.*, seminario del 16 de noviembre de 1955, p. 14 (el subrayado es mío).

5. *Ibid.*, seminario del 23 de noviembre de 1955, p. 29.

6. "Yo, la verdad, hablo", célebre aforismo lacaniano. Véase Lacan, J., *I*) "La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis" (ampliación de una conferencia pronunciada en la clínica neuropsiquiátrica de Viena, el 7 de noviembre de 1955), en *Escritos*, *op. cit.*, t. 1, p. 145; 2*) "La ciencia y la verdad" {1- de diciembre de 1965), *ibid.*, p. 340; 3*) *L'enuers de la psychanalyse*, *op. cit.*, seminario del 21 de enero de 1970, p. 73; etcétera.

7. Oury, J., *II, done*, París, U.G.E., col. "10 x 18", 1978, p. 40.

8. Laplanche, J., "La référence á l'inconscient", en *Psychanalyse á l'université*, tomo III, *op. cit.*, p. 384.

SEGUNDA PARTE

**REFLEXIONES SOBRE LA
CONDUCCIÓN DE LA CURA**

3

La transferencia y su subversión*

A fin de situar los pormenores lacanianos sobre la cuestión de la transferencia, conviene partir una vez más de la reflexión freudiana misma.

Podemos distinguir tres etapas significativas en las revisiones freudianas aportadas a la teoría de la transferencia.

Primera etapa

Freud se ve llevado a identificar un proceso transferencial no bien introduce las asociaciones libres en los inicios del tratamiento. De hecho, la prescripción de las asociaciones libres a los pacientes plantea, paradójicamente, cierto tipo de imposición que nos recuerda que algo del inconsciente insiste para hacerse escuchar. El inconsciente *repite* hasta la ocurrencia favorable que permitirá presentarse a la representación reprimida sin que lo sepa el sujeto, bajo una forma travestida o una formación de compromiso. Así, Freud ve en ella la marca misma de cierta *transferencia*, tal como lo menciona en la *Traumdeutung*:

Esta nos enseña que la representación inconsciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconscious, y que sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representa-

* Capítulo redactado a partir de una comunicación efectuada en el Centre de formation et de recherches psychanalytiques. Jornada de estudio del 24 de abril de 1988, París. Publicado en *Institutions*, Nº 9, junio de 1991, pp. 53-59.

ción inofensiva que ya pertenezca al preconscious, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la transferencia [—]¹

En consecuencia, desde los inicios de su obra, Freud *asocia la transferencia a la repetición*, y la presenta como un *medio de acceso al inconsciente*. Si la repetición se convierte en el proceso necesario para el retorno de lo reprimido, por su lado la transferencia permite el desplazamiento de las representaciones al analista facilitando la repetición. Consecuentemente, la significación de tales representaciones sólo se abrirá cuando se interprete la transferencia. La repetición puede entonces ceder su lugar al *recuerdo*. Por otra parte, la transferencia aparece como el lugar mismo de la interpretación mientras que la repetición se define como el motor de la cura.

Volvemos a encontrar, en Lacan, una adhesión significativa a esta primera posición freudiana. En algunos sentidos, podemos considerar la repetición como el resorte de lo simbólico mismo. En su artículo sobre la transferencia,² Michel Silvestre nos recuerda que esa tesis, en efecto, ha sido desarrollada en "El seminario sobre 'La carta robada' ".³ De hecho, más allá de la transferencia y la repetición significativa, se perfila la idea de que justamente el registro simbólico es lo que deviene el motor de la cura.

Segunda etapa

Muy rápidamente, Freud va a percatarse de que la transferencia puede llegar a ser un obstáculo al análisis, es decir un lugar de resistencia, especialmente en virtud de la dimensión de amor que suscita.⁴ En efecto, en lo sucesivo el acento estará puesto en la presencia del analista en la transferencia, que se autentifica en el terreno del *amor de transferencia*. Uno de los resortes esenciales de la resistencia de transferencia va a definirse así en la persona misma del psicoanalista. Cuando hay resistencia, por ejemplo bajo la forma de un obstáculo a las asociaciones, es, según Freud, porque una idea de transferencia está asociada al analista. Esto es también reconocer en el amor de transferencia el elemento específico de la resistencia.

El genio de Freud será pues el haber presentido, a propósito de la transferencia, la incidencia del deseo del analista. Pero, evidentemente, lo que importa ante todo al analista es desear que el análisis prosiga, recusando el goce que se le propone.

Algunas elaboraciones de Lacan se apoyarán directamente, tal como lo veremos más adelante, en esa intuición freudiana: en primer lugar, la importancia esencial que se le debe conceder, en la transferencia, a la distinción entre la demanda y el deseo; y luego, el lugar central del deseo del analista en el seno mismo de la dinámica de la transferencia.

Tercera etapa

En la medida en que se la pueda considerar como el último período de las modificaciones de la teoría de la transferencia, se trata de calibrar los últimos aportes circunscriptos por Freud en su estudio "Análisis terminable e interminable".⁵ La tesis de la transferencia como lugar de resistencia va a verse reforzada a tal punto que se puede considerar la resistencia como isomorfa de la transferencia negativa. Por otra parte, en la persona del analista Freud presiente la razón última de las resistencias. Más allá del amor de transferencia, el analista se vuelve extraño y, como tal, rechazado en nombre de "algunas exigencias desagradables" (Freud) entre las cuales figura, en primer lugar, la castración.

Una vez más, Lacan retomará esta idea freudiana adjuntándole el complemento que le conviene. "No hay más resistencia al análisis —precisará— que la del analista mismo." Volveremos a encontrar al analista "extraño" cuando, a propósito del fin del análisis, Lacan subraye que el analista jamás se ve reducido a otra cosa que a un puro y simple *desecho*.⁶

Por lo mismo, uno no puede conformarse con imaginar que Lacan haya explicado solamente lo que ya estaba presente en las elucidaciones freudianas. Ha llevado mucho más lejos el análisis de la cuestión de la transferencia. Por otra parte, en esa superación captamos, más minuciosamente, la evidencia del carácter propiamente subversivo de la transferencia.

Prueba de ello ya serían ciertas precisiones formuladas por Lacan respecto de algunos desarrollos posfreudianos considerablemente "adulterados". El saneamiento aportado por Lacan concierne ante todo a la implicación más fundamental del descubrimiento freudiano: aun cuando sea dicha a medias, la verdad adhiere siempre a la estructura del sujeto que la enuncia, es decir a la de su deseo.

Podemos deplorar esta alienación, pero jamás sabremos circunscribirla. Ninguna esperanza puede prosperar en el campo de cualquier dominio del orden significante. El sujeto sigue siendo, a pesar de todo, un efecto de determinación del orden simbólico que regula el curso de su estructura y de las alienaciones que de ella resultan.

La justa medida de esta función crucial de lo simbólico nos la da la noción del gran *Otro* que interviene de manera preponderante tanto en el campo del *lenguaje* como en el de la *palabra*.

En el campo del lenguaje, Lacan la introduce en la estructura misma del sistema de los significantes. Puesto que un significante se especifica en oposición a todos los otros, sólo extrae su denotación y su connotación respecto del *Otro*. S_x sólo existe como significante cuando es remitido a S_y , es decir a otro que le confiere su estatuto en la estructura del lenguaje. S_x es así remitido al sistema de todos los otros significantes, es decir precisamente al *gran Otro* como "tesoro de los significantes".⁷ En el campo de la palabra, es también el gran Otro el que decide el sentido, como lo atestigua, en la articulación del "grafo del deseo", su lugar en el espacio del código.⁸ Por ende, en el discurso, el mensaje no se estructura en relación con el dominio de la *palabra*. Toda la destitución de este dominio está prefigurada por el "*Che Vuo'tf*" en el grafo, y por lo tanto, en cierto sentido, por la estructura del deseo mismo.⁹

Además, el gran Otro aparece como el garante del estatuto de la palabra del sujeto. La mejor manera de significar la incidencia es recordar este aforismo lacaniano: "Un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante".¹⁰

Hecha esta elucidación, podemos comprender mejor el eje principal de la concepción lacaniana de la transferencia.

Consideremos que es a la medida de la repetición significativa como se instituye la dimensión propia de la transferencia y su análisis. ¿En qué condiciones puede efectuarse este análisis?

A propósito de esta cuestión, el aporte de Lacan regula ya la suerte de la interpretación analítica fuera del campo de toda posibilidad hermenéutica.¹¹ Porotrolado, permite resolver otra dificultad planteada por la función de la transferencia, especialmente la paradoja que se suscita al presentarse bajo una doble vertiente: a la vez como resistencia/cierre al inconsciente, y como apertura que ordena la vía a la eficacia de la interpretación.

Sin entrar en los detalles de los argumentos desarrollados por Lacan en su seminario *Le transfert*,¹² llegamos a sus conclusiones.

Tal como lo subraya Safouan,¹³ Lacan sacó la transferencia del cautiverio exclusivamente imaginario en el que se había hundido desde Freud.

En la medida en que Alcibíades espera un signo del deseo de Sócrates, más exactamente del *agalma* con el que lo ha investido, Sócrates no responde. Pero si no da curso a la demanda de Alcibíades, su respuesta se formula, sin embargo, en otra parte. Cuando afirma que nada sabe de lo que Alcibíades le pide, especifica por medio de esta misma respuesta un lugar de no saber en el saber mismo.¹⁴ Por un lado, la transferencia de Alcibíades está instituida así en el espacio de un saber del que Sócrates sería supuestamente el detentador. Por el otro, la respuesta de Sócrates establece el carácter de "engaño"¹⁵ de esa transferencia. De hecho, lo que Alcibíades pide, ya lo es él mismo sin saberlo.

A través de la transferencia, el analizante pide el *agalma* al analista en la ignorancia en la que se encuentra ya consituido como tal al dirigirse a él. Allí reside el engaño sobre sí mismo, que se pone en acto en la persona del analista. No obstante, como lo recuerda Safouan,¹⁶ no puede ponerse en acto sino en la medida en que el analista es interpelado como *sujeto supuesto saber*. El saber es pues siempre un saber del Otro y ningún análisis de la transferencia puede resultar coherente fuera de esta asignación supuesta en el lugar del Otro.

Pero si la transferencia instala al analista en el lugar del sujeto supuesto saber, es porque el sujeto que se dirige a él ignora algo del orden de la estructura del deseo. Al suponer que la verdad de su deseo reside en un saber que el Otro detenta, aporta la prueba misma de que confunde el deseo con la demanda. Sólo el análisis de la transferencia puede permitir salir de esta situación de apariencias. No obstante, el analista no puede entregar ninguna interpretación que dejaría entender que sabe en lugar del paciente. El saber inconsciente es suscitado por el analista en la transferencia, pero nadie más que el sujeto lo detenta. En esas condiciones, se impone una pregunta: ¿cómo circula el saber en juego entre los dos *partenaires* de la cura?

A esta pregunta responde Michel Silvestre¹⁷ que debemos tomar en cuenta tanto el amor afiliado a la transferencia como la problemática del deseo del analista, tal como lo recuerda Lacan:

[...] la transferencia no es, por su naturaleza, la sombra de algo que ha sido vivido anteriormente. Muy por el contrario, el sujeto, en tanto sujetado al deseo del analista, desea engañarlo con esta sujeción haciéndose amar por él, proponiéndole por sí mismo esa falsedad esencial que es el amor [...]

Es por ello que, detrás del amor llamado de transferencia, podemos decir que lo que hay es la afirmación del lazo del deseo del analista con el deseo del paciente. Es lo que Freud ha traducido en una especie de rápido escamoteo [...] diciendo: *después de todo, no es más que el deseo del paciente*, con tal de tranquilizar a los colegas. Es el deseo del paciente, por cierto que sí, pero en su encuentro con el deseo del analista.¹⁸

¿Cómo analizar la transferencia en este dispositivo? Hay que advertir que el *sujeto supuesto saber* es un "*constituyente ternario*" (Lacan) en relación con los dos sujetos en presencia. La apelación al saber del Otro propone así al analista un "*traje prêt à porter*" (Lacan) cuya responsabilidad le corresponde asumir instituyéndose así él mismo como el Otro del deseo.

Con todo, el saber que debe advenir no puede depender jamás sino de los significantes del paciente. En este sentido, el *sujeto supuesto saber* está pues en una posición tercera en relación con los dos protagonistas en presencia. Si el saber

circula imaginariamente entre los dos, es por la suposición inherente a la demanda de saber que sin cesar resulta relanzada. A través de ese saber supuesto el sujeto es remitido a la impotencia de su discurso para enunciar su deseo.¹⁹ Por ende le corresponde al analista, por su *enunciación*, aplazar esa deficiencia de los enunciados respecto del deseo.

Así, el análisis de la transferencia está circunscripto a ese saber que debe ser *enunciado*, y por lo tanto al deseo cuya *enunciación* debe hacer el analista. Pero el analista sólo lo consigue en la medida en que no es sino el *depositario* de la significación de ese saber —y de ese deseo— a través de la transferencia, *via* el constituyente ternario del sujeto supuesto saber.

Luego de Lacan, nos vemos pues llevados, inevitablemente, por el análisis de la transferencia, al problema del fin de la cura, es decir a su límite lógico. Como lo señala Michel Silvestre,²⁰ el límite del fin de la cura está marcado por el límite mismo que conviene darle a ese saber: aquel a partir del cual el sujeto puede encarar un cese de su apelación al saber del Otro. En otras palabras, este límite parece definirse entonces como el del Otro mismo a partir del momento en que ya no es allí supuesto saber. En verdad, cuando el sujeto está suficientemente al corriente de su inconsciente, el saber ya no será supuesto, tanto más cuanto que deviene accesible al sujeto. El Otro ya no sabe pues cuál es el lugar del sujeto en la medida en que jamás es depositario del significante último. El sujeto, por el contrario, hace la experiencia de que tal significante último no existe. No hay significante sino para representar al sujeto para otro significante, de tal modo que no puede existir falta en el Otro; de allí el algoritmo lacaniano: SÍA⁷), que metaforiza el *saber sobre la castración*.

En el mejor de los casos, esta simbolización circunscribe la liquidación de la transferencia, es decir el reconocimiento de la falta que marca el lugar del Otro, vale decir la hiancia que el sujeto ignora en la dinámica de su deseo, pero que lo causa.

Así se inicia, según Lacan, la destitución del analista. El rechazo de saber que subyacía a la resistencia del sujeto a través de la transferencia, se transforma. Para retomar aquí una expresión de la "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre

eL psicoanalista de la Escuela", aquel de quien se suponía que sabía desde el momento en que ya no sabe más, es entonces rechazado "como un excremento".²³

Notas

1. Freud, S., "Sobre la psicología de los procesos oníricos", en *La interpretación de los sueños*, *op. cit.*, t. V, p. 554 (el subrayado es del autor).

2. Véase Michel Silvestre, "Le transfert", en *Demain la psychanalyse*, París, Navarin Editeur, 1987, pp. 48-83.

3. Lacan, J., "El seminario sobre 'La carta robada' ", en *Escritos*, México, Siglo XXI, 1975, t. 2, p. 11,

4. Freud, S., a) "Sobre la dinámica de la transferencia", *op. cit.* t. XII, p. 93; b) "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)", *op. cit.*, t. XII, p. 159.

5. Freud, S., "Análisis terminable e interminable", *op. cit.*, t. XXIII, p. 211.

6. Otra manera de decir que el analista toma el lugar del objeto *a*. Véase J. Lacan, *D'un Autre à l'autre* (1968-1969), seminario inédito del 14 de mayo de 1969.

7. Lacan, J., "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos*, *op. cit.*, t. 1, p. 330.

8. Dor, Joël, cap. 21: "El grafo del deseo: de la puntada al molino de palabras", en *Introducción a la lectura de Lacan*, *op. cit.*, p. 165 y ss.

9. *Ibid.*, cap. 25: "La 'generación' del grafo", pp. 197 y ss.

10. Lacan no cesará de repetirlo. Salvo error de mi parte, en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos*, *op. cit.*, t. 1, p. 305, se encuentra por primera vez.

11. Véase mi artículo "Interprétation psychanalytique, herméneutique et métalangage", en *Apertura*, Nº 4, 1990, pp. 37-43.

12. Véase Lacan, J., *Le transfert*, libro VIII (1960-1961), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1991, y principalmente el análisis lacaniano del *Banquete* de Platón, en seminarios del 23 y 30 de noviembre de 1960; 7, 14, 21 de diciembre de 1960; 18, 25 de enero de 1961; 7 y 8 de febrero de 1961, pp. 27-195. Véase también el conjunto de artículos dedicados a este tema firmados por B. Bass, O. Battistini, Clarín (traducido por I. Gárate-Martínez), M. David-Ménard, C. Dumézil, M. Fennetaux, L. Gherchanoc, P. Guyomard, P. Julien, C. Rabant, bajo el título de "Socrate, analyste?", en *Esquisses psychanalytiques*, Nº 18, otoño de 1992, pp. 5-100. Véase, por último, J.-L. Henrion, *La cause du désir*, París, Point Hors Ligne, 1993.

13. Véase Safouan, M., *Le transfert et le désir de l'analyste*, París, Seuil, 1988.

14. Véase *ibid.*, cap. V: "Le transfert selon Lacan et le désir du psychanalyste", p. 201.

15. *Ibid.* (el subrayado es mío).

16. *Ib id.*

17. Silvestre, M., "Le transfert", en *Demain la psychanalyse, op. cit.*, pp. 72 y ss.

18. Lacan, J., *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, libro XI, 1964, París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1973, seminario del 17 de junio de 1964, p. 229 (el subrayado es del autor).

19. Véase Michel Silvestre, "Le transfert", en *Demain la psychanalyse, op. cit.*, pp. 76-77.

20. *Ibid.*, p. 73.

21. Lacan, J., "Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École", en *Scilicet, op. cit.*, № 1, p. 25.

4

Intervenciones e interpretaciones en la cura *

En el sentido de la ortodoxia freudiana, la interpretación ha sido siempre central en la investigación analítica del material inconsciente, no sólo como intermediación técnica integrada a la dinámica de la cura sino también como modo principal de la acción terapéutica.

Esta noción comienza a desprenderse claramente a partir del análisis de los sueños,¹ pero ya se encuentran las premisas en los *Estudios sobre la histeria*.² Sin embargo, en 1895, la interpretación aparece sobre todo como un complemento auxiliar marginal del tratamiento, en la medida en que se trata de "la interpretación comunicada a los pacientes", es decir una mediación favorable para hacer surgir los recuerdos patógenos inconscientes.

En cambio, a partir de *La interpretación de los sueños*, la mencionada interpretación se define como una auténtica intervención analítica. Tiene la misión de poner en evidencia el sentido latente de un material inconsciente. Por otra parte, al referir el principio de la interpretación a la prevalencia de la técnica de las asociaciones libres, Freud sustrae y pone a resguardo la significación de los sueños de toda posibilidad de interpretación de tipo "clave de los sueños". El objetivo principal de la interpretación será extraer la significación del deseo inconsciente e incluso, más allá, la significación de los fantas-

* Capítulo redactado a partir de una intervención realizada en el marco de una Jornada de estudios del Centre de Formation et de Recherches Psychanalytiques, el 2 de diciembre de 1989, en Paris.

mas en los cuales éste se elabora. De una manera más general, las otras producciones del inconsciente serán objeto del mismo tratamiento.

En consecuencia, ya podemos tomar algunos elementos de reflexión desde el comienzo de la obra de Freud. Por un lado, todo hace suponer que la interpretación no recubre el conjunto de las intervenciones del analista. Por el otro, esta concepción inaugural de la interpretación parece exhaustivamente circunscripta al campo de la significación. Esa es, incluso, la especificidad más característica de la interpretación freudiana. Por lo demás, en *La interpretación de los sueños*, Freud insiste en el punto siguiente:

"Interpretar un sueño" significa indicar su "sentido".⁴

Tal observación podría ser perfectamente referida a la *Psicopatología de la vida cotidiana*,⁴ e incluso a su obra sobre el chiste.⁵

La sujeción causal de la interpretación al develamiento de una significación no se da por sentada en la medida en que se encuentra indirectamente planteado el problema de la verdad. En razón de la prescripción de la regla de las asociaciones libres, podemos considerar que el paciente tiene la última palabra sobre la verdad de su deseo. Con todo, la interpretación que se le propone constituye por cierto una secuencia que devela la significación en el tiempo mismo en que ésta la clausura.

Si llevamos un poco más lejos las consecuencias de esta interpretación freudiana, abordamos el problema mismo de la construcción. Para Freud, la "construcción" es una elaboración general más sistematizada que el contenido de la interpretación. No obstante, su objetivo participa del mismo orden: la eficacia terapéutica. En cuanto a lo esencial, se trata de dinamizar el levantamiento de la represión:

Con harta frecuencia, no se consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado.⁶

¿De qué verdad nos habla Freud aquí? Se trata de la verdad de la construcción tomada como tal, por ende, de una verdad que está directamente vinculada con la estructuración significativa de la construcción. Por lo tanto, estamos bastante alejados de la verdad del deseo, de la que Lacan nos dice que se supone que habla por sí misma. En cambio, estamos instalados en la lógica de una construcción racional; es por ello que la verdad está aquí rebatida en el terreno de la significación.

En estas condiciones, se plantea una cuestión. La significación del enunciado, es decir en algunos sentidos de la construcción, ¿es verdadera o falsa? De idéntica manera podemos plantear la pregunta respecto de la interpretación.

¿Existe acaso un isomorfismo entre la verdad del deseo del sujeto articulada en su discurso y la verdad de la significación del enunciado interpretativo del analista? Nada, *a priori*, permite suponerlo. Por otra parte, algunas observaciones de Freud dejan pensar más bien en una cierta disparidad desde ese punto de vista. Si pensamos en la noción de *elaboración secundaria*, nos vemos enfrentados a una correlación problemática entre la verdad del deseo y la verdad de la significación. En términos generales, incluso es la cuestión del sentido del sentido la que se plantea. A propósito de los sueños, Freud señala que la elaboración secundaria constituye, de parte del soñante, una *primera interpretación* destinada a neutralizar el absurdo y la incoherencia inmediatos del sueño. Se trata entonces de una modificación significativa destinada a presentar el sueño bajo una forma comprensible. Piensa por otra parte que se trata de un segundo momento del trabajo del sueño pedido por las exigencias de la censura. En esas condiciones, ¿cuál puede ser la verdad de la significación de esta primera interpretación?

Freud elude ese problema muy curiosamente al afirmar que no se trata de una interpretación que debería ser concebida en el sentido analítico del término. Se trataría, más exactamente, de una autointerpretación que el soñante haría para consigo mismo. En este sentido, entonces, debería ser entregada a la actividad interpretativa del analista. Por lo demás, Freud se explica claramente en *La interpretación de los sueños*.⁷

En estas condiciones, la interpretación analítica no puede dejar de plantear la *cuestión del sentido del sentido*. Freud no

dejaráde presentaruna distinción entre sentido y significación. El problema queda no obstante con ello irresuelto en la medida en que la significación sigue siendo coextensiva al problema de la verdad. ¿Es verdadera la significación de la interpretación? Si es verdadera, ¿es consistente con la verdad del deseo que supuestamente devela?

Podemos alegar la prueba empírica de la desaparición del síntoma para justificar la consistencia de la interpretación, y por ende la de su verdad. Pero sabemos que esta prueba no es en modo alguno suficiente. Menos aún parece necesaria. La • sugestión aspira, algunas veces, a efectos equivalentes. Más generalmente, todas las psicoterapias llamadas "nuevas" reivindican efectos terapéuticos del mismo orden. En este terreno, la experiencia nos enseña que, si el síntoma desaparece, es porque a lo sumo ha sido desplazado estratégicamente a otro lado. En otros términos, la desaparición objetiva del síntoma jamás ha corroborado nada específico entre la verdad del deseo del sujeto y la de la significación de su interpretación.

En nombre de esta disparidad potencial, la actividad interpretativa puede lanzarse a veces, pero por regla general sin grandes riesgos, y también —convengamos en ello— sin grandes efectos. A modo de prueba, recordemos el frenesí interpretativo de algunos analistas kleinianos.

Asimismo se plantea otra cuestión. ¿Cuál es el límite significativo entre la interpretación y una pura y simple traducción? Sólo ese límite debería permitir, en principio, especificar el campo exacto de la actividad interpretativa. Supongamos que la significación develada por la interpretación sea estrictamente isomorfa de la verdad del deseo. Si ese es el caso, nos situamos entonces en un registro en el que el estatuto de la interpretación es el estricto *analogon* de una traducción. En consecuencia, el universo de la interpretación se infiere casi lógicamente del universo de la intervención hermenéutica. Se plantea entonces, ineludiblemente, la cuestión de la categoría del sentido respecto de la verdad del deseo que supuestamente expresa. Toda la dificultad epistemológica invocada por el método hermenéutico resulta aquí interpelada.

Sin posibilidad de una refutación, tal método culmina en una salida inconsistente comúnmente designada con el nombre

de *círculo hermenéutico*. Un lenguaje hermenéutico remite siempre a la cuestión de una autocomprensión radical, la cual remite a su vez a la jurisdicción de los metalenguajes, es decir al proceso del sentido del sentido y a la regresión indefinida de lo verdadero a lo verdadero.⁸

La interpretación psicoanalítica no puede ser llevada a semejante sujeción. Para salir de este atolladero especulativo, hay que poder proceder a un descentramiento. Lacan nos indica la vía, distinguiendo especialmente la *intervención analítica* de la *interpretación* propiamente dicha.⁹

La primera diferencia que Lacan hace prevalecer entre la *intervención* y la *interpretación* se sitúa en el nivel de su alcance respectivo. En primer lugar, podemos decir que la interpretación apunta a la *causa del deseo*, es decir algo que escapa a la significación. Por este motivo, Lacan insiste con toda razón en el hecho de que la interpretación no puede ser en consecuencia sino *equivoca* y *alusiva*, dado que esta causa no es nombrable. Por otra parte, alrededor de este punto preciso se especifica nítidamente la naturaleza de la *intervención*.

En un estudio,¹⁰ algunos de cuyos principales argumentos he de retomar, Gérard Pommier nos recuerda que aun cuando el fantasma tenga por causa el deseo, la interpretación lo alcanza principalmente. Se desarrollará en la dimensión misma en la que el fantasma se despliega. De tal suerte, puede ayudar al paciente a situar la construcción de su fantasma, así como a su desconstrucción progresiva. Hace falta tiempo para que todas las representaciones imaginarias que acompañan el decir del paciente sean decantadas de tal suerte que el análisis permita extraer la infraestructura fantasmática que los une. A las intervenciones les corresponde precisamente desprender esta infraestructura, es decir proceder a cierto modo de reducción. Sólo la reducción puede llevar progresivamente al paciente a la dimensión de su propio desconocimiento. Como lo recuerda Gérard Pommier:

Cuando esta reducción está lo suficientemente avanzada, el fantasma tiene varias presentaciones, que mantienen entre sí una relación de *mi*. Cuando el sujeto descubre una secuencia de su fantasma, otra se le escapay recíprocamente. Por otra parte, es por ello que

mantiene una relación de desconocimiento con un fantasma acaso muy presente, pero que le parece incomprendible."

En lo atinente a la intervención, reflexionemos tomando como ejemplo lo que Lacan denomina la escansión. La escansión no es una interpretación. Ante todo, es una intervención analítica que puntúa algunas secuencias de los enunciados del paciente para subrayar algo que se le escapa en su decir. En otros términos, pone de manifiesto la dimensión de apariencia de su discurso, es decir el modo de desconocimiento del que él mismo es el sujeto.¹² Por lo tanto la escansión, hablando con propiedad, no devela ninguna significación. Sin embargo, permite aislar de manera oportuna algunas de esas significaciones. No más que esto, la escansión no explica cualquier cosa. Es un acto que no desmoviliza para nada al sujeto supuesto saber que subyace a la transferencia. Muy por el contrario, la escansión cataliza, en la transferencia, esta suposición en el sujeto. El papel esencial de la escansión se debe a una función de relanzamiento. Lleva progresivamente al sujeto a las posibilidades de hacer advenir la verdad de su deseo, en el terreno mismo de la escisión de su discurso.

Más allá de la escansión, la *intervención* puede asimismo hacer oficio de sostén. En este sentido, se hace necesaria en algunos momentos de la dinámica de la cura. Por lo mismo, no hace "avanzar" al sujeto. Es más bien una estasis oportuna que le permite al paciente encontrar un *segundo aliento*.

Si la *intervención* es un procedimiento que-acompaña regularmente el desarrollo de la cura, la interpretación, en cambio, no se produce sino en ciertos momentos privilegiados.

Según Lacan, la *interpretación* no participa en el develamiento de una significación. El analista que interpreta no descifra en nada un sentido que habría que poner en relación con el decir del paciente. Apoyándose en Lacan,¹³ Gérard Pommier recuerda muy atinadamente que la interpretación interviene más bien bajo la modalidad de la *cita*.¹⁴ En efecto, el analista "cita" una secuencia del decir del- analizante en un momento en el que se halla en un estado de desconocimiento de su propio texto. La *interpretación* funciona, pues, ajustando una secuencia de discurso a la altura de otra secuencia de

discurso.¹⁵ No recae sobre el contenido del decir y, consecuentemente, no inventanada. No aporta ningún sentido suplementario. Además, inversamente a la intervención, se suelda siempre momentáneamente por medio de un eclipse del sujeto supuesto saber, es decir por una caída puntual de la suposición de saber imputada al analista.¹⁶

El analista que interpreta nunca hace otra cosa que citar un decir¹⁷ que ya está en el paciente, es decir una secuencia significativa de la que no poseía ningún saber previo antes del decir del paciente que subyace a ella. Por otra parte, al llevar la interpretación hacia la vertiente de la cita, Lacan la sitúa en el registro de la alusión o del equívoco. En su texto *L'Étourdit*,¹⁸ propone tres tipos de equívocos para sostener la interpretación:¹⁹

- el equívoco por homofonía;
- el equívoco gramatical;
- el equívoco lógico.

Si la interpretación puede tener la estructura de un equívoco, es en razón de su función misma. La interpretación implica, de hecho, el ajuste de dos secuencias cuyo carácter heterogéneo queda unificado.²⁰ Acaso la homofonía es la ilustración más sencilla. Ello supone que la interpretación interviene bajo la modalidad del corte. Efectivamente, el corte interpretativo consiste en reunir en una sola secuencia componentes comúnmente disjuntos. Por ello podemos comprender el principio de este corte refiriéndolo a la estructura topológica de la banda de Moebius, es decir a una superficie unilateral de un solo borde.²¹

Si practicamos un corte mediano en una banda de Moebius, transformamos esa superficie unilateral en superficie bilateral (dos faces y dos bordes) denominada anillo de Jordán.²² Así, podemos asimilar la interpretación a un corte, en la medida en que permite poner en correspondencia dos secuencias heterogéneas que se encuentran así distinguidas en su continuidad.

Por otra parte, la interpretación se sitúa siempre antes de lo que dice el paciente, y corre por su cuenta designar lo que éste va a descubrir. Se puede suponer que el paciente llegaría por sí mismo a ese punto de verdad que la interpretación anticipa para él. En realidad, sin el corte interpretativo, permanecería distante de la causa de deseo que se le escapa, pues

necesita olvidar lo que decía para alcanzar ese punto de verdad.²³

Además, la interpretación interviene como un corte en el tiempo, ya que cortocircuita un tiempo que jamás podría ser recuperado sin ella.²⁴ El soporte topológico de la banda de Moebius nos permite, una vez más, captar esta particularidad. Lo que separará una faz de la banda de su otra faz (intuitivamente supuesta) es el tiempo necesario para el recorrido de la superficie de la banda en su totalidad.²⁵ Sólo el corte pone en relación inmediatamente dos faces que, inicialmente, no formaban más que una sola en la continuidad.²⁶

El corte interpretativo actualiza así, de alguna manera, la división del sujeto demostrando el surgimiento de un no saber en el saber mismo. En última instancia, sólo el decir del paciente constituye entonces lo propio de la interpretación.

Notas

1. Véase Freud, S., a) *La interpretación de los sueños*, *op. cit.*, t. IV y V; b) "Sobre el sueño" (1901), *op. cit.*, t. V, p. 613.

2. Véase Breuer, J. y Freud, S., *Estudios sobre la histeria* (1895), *op. cit.*, t. II, p. 1.

3. Freud, S., cap. II, "El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático", en *La interpretación de los sueños*, *op. cit.*, t. IV, p. 118. (Subrayado por el autor)

4. Véase Freud, S., *Psicopatología de la vida cotidiana*, *op. cit.*, t. VI, p. 1.

5. Véase Freud, S., *El chiste y su relación con lo inconsciente*, *op. cit.*, t. VIII, p. 1.

6. Freud, S., "Construcciones en el análisis", *op. cit.*, t. XXIII, p. 267.

7. "Así, surgen sueños que a la consideración superficial pueden parecer inobjetablemente lógicos y correctos [-.] Ellos han experimentado la más profunda elaboración psíquica por parte de esa función psíquica similar al pensamiento de vigilia; parecen tener un sentido, pero en verdad ese sentido está alejadísimo del real significado del sueño [...] Son sueños que, por así decir, ya fueron interpretados antes que los sometiésemos a interpretación en la vigilia." Freud, S., "El trabajo del sueño", en *La interpretación de los sueños*, *op. cit.*, t. V, p. 487.

8. Véase Dor, J., cap. IV, "Scientificité de la psychanalyse et psychanalyse-fiction", en *L'a-scientificité de la psychanalyse. Tome 1. L'aliénation de la psychanalyse*, *op. cit.*, p. 146-147.

9. A propósito de esta distinción, véase el excelente artículo de O.

Mannoni, "El diván de Procusto" (conferencia pronunciada en el Centre de Formation et de Recherches Psychanalytiques, 1987), en *Un intenso y permanente asombro*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 96-109.

10. Véase Pommier, G., *Le dénouement d'une analyse*, París, Point Hors Ligne, 1987, cap. 1, 2ª parte: "Positrón dufantasma", p. 102, y cap. IV, 2ª parte: "L'interprétation", pp. 166 y ss.

11./oíd., p. 168.

12. Véase *ibid.*, p. 169.

13. Véase Lacan, J., *L'envers de la psychanalyse*, *op. cit.*, seminario del 15 de abril de 1970, pp. 156-157. En ese seminario, a propósito de la lectura de un texto, Lacan inserta una definición del *Midraj*, a saber "de una relación con lo escrito sometida a ciertas leyes". Se trata, dice, "de colocarse en el intervalo de cierta relación entre lo escrito y una intervención hablada que se apoya en ella y se refiere a ella". Y lo asocia con la experiencia de la cura: "El análisis entero —entiendo la técnica analítica— puede, de alguna manera, elucidar esta referencia que ha de ser considerada como un juego —entre comillas— de interpretación. El término está utilizado a tontas y a locas desde que se nos habla de conflicto de las interpretaciones, por ejemplo, como si pudiera haber conflicto entre las interpretaciones. A lo sumo las interpretaciones se completan, juegan precisamente con esa referencia. Lo que importa aquí es [...] el *falsum*, con la ambigüedad que hay alrededor de esta palabra se puede establecer la caída de lo falso, con lo que quiero dar a entender lo contrario de lo verdadero. En este caso, esta falsedad de la interpretación puede tener incluso el alcance de superar el discurso".

14. Véase Lacan, J., *ibid.*, seminario del 17 de diciembre de 1969, p. 40: "A su manera, la cita también es un decir a medias. Es un enunciado del que se nos indica que no es admisible sino en la medida en que uno participa ya en cierto discurso, estructurado, en el nivel de las estructuras fundamentales." Estas *estructuras fundamentales* no son otras, en este contexto, que los *cuatro discursos*. Lacan insiste en el hecho de que la cita es a la vez algo que le importa mucho y que presenta algunas dificultades. Véase *ibid.*: "[...] hay otra cosa, en la que no se piensa demasiado, que he rozado, a la que le hecho cosquillas, de vez en cuando, pero, a decir verdad, no me concernía lo suficiente para que no me fuera cómodo hablar de ella a mis anchas. Se denomina la cita".

Lacan hace referencia a la *cita* respecto de la *interpretación* y sobre todo del *enigma*. Véase *ibid.*, "El *enigma* es la enunciación, y arréglenselas con el enunciado. Lactia es (planteo) el enunciado" (el subrayado es mío). Agrega un poco más adelante: "La *interpretación* —los que la utilizan se percatan de ello— queda establecida por lo general como un enigma. *Enigma* en lo posible acogido en la trama del discurso del psicoanalizante, y que usted, el intérprete, no puede en modo alguno completar por usted mismo, que usted no puede considerar como confesión sin mentir. *Cita*, por otra parte, a veces tomada en el mismo texto, tal enunciado" (pp. 40-41; el subrayado es mío).

A fin de comprender la fineza de estas distinciones complejas en una reflexión sobre la *interpretación en la cura*, hay que recordar que siempre subyacen, ante todo, a la cuestión de la *diferencia entre la enunciación y el*

en unciado, por lo tanto a la del *decir a medias de la verdad*, y luego al doble valor del enigma a la vez sinónimo de *síntoma* y connotado como un *elemento mortífero*. En el campo del síntoma, véase *La relation d'objet*, libro IV (1956-1957), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1994, seminario del 9 de enero de 1957, p. 109: "No ven ustedes acaso [...] conjugarse [...] una suerte de nudo [...] si ustedes quieren tomar la palabra síntoma como equivalente de enigma." Acerca de la vertiente de la función mortífera, véase *L'envers de la psychanalyse*, *op. cit.*, seminario del 11 de marzo de 1970, p. 118: "El enigma es algo que nos apremia para que respondamos como si fuera un peligro mortal." Edipo, que padece la prueba del enigma de la esfinge, es su víctima privilegiada (véase *ibid.*, seminarios del 17 de diciembre de 1969, p. 39, y del 11 de marzo de 1970, p. 135).

15. Véase Pommier, G., *Le dénouement de une analyse*, *op. cit.*, cap. IV, 2* parte, p. 168.

16. Véase *ibid.*, p. 169.

17. Véase Dor, J., cap. 20: "El significante, el corte y el sujeto - El ser hablante, el inconsciente y el acto analítico", en *Introducción a la lectura de Lacan*, II, *La estructura del sujeto*, *op. cit.*, pp. 178 y ss. y 190 y ss.

18. Véase Lacan, J., "L'étourdit" (14 de julio de 1972), en *Scilicet*, Nº 4, París, Seuil, 1973, pp. 5-52.

19. /610", pp. 48-49.

20. Véase Pommier, G., *Le dénouement d'une analyse*, *op. cit.*, cap. IV, 2* parte, p. 169.

21. Véase Dor, J., cap. 8: "El interior y el exterior. La topología de la banda de Moebius", en *Introducción a la lectura de Lacan*, II, *La estructura del sujeto*, *op. cit.*, pp. 127 y ss.

22. Véase *ibid.*, pp. 132 y ss.

23. Véase Pommier, G., *Le dénouement d'une analyse*, *op. cit.*, cap. IV, 2« parte, p. 174.

24. Véase *ibid.*

25. Véase *ibid.*, pp. 173-174.

26. Véase Dor, J., cap 10: "El significante, el corte y el sujeto - El sujeto como corte", en *Introducción a la lectura de Lacan*, II, *La estructura del sujeto*, *op. cit.*, p. 187; y más en general, en el mismo capítulo, "El ser hablante, el inconsciente y el acto analítico", pp. 190 y ss.

TERCERA PARTE

ESTUDIOS CLÍNICOS

5

La dinámica identificatoria en la histeria

La relación de la mujer histérica con su propio padre suele ser objeto de una dialéctica identificatoria particularmente marcada por la ambivalencia. De hecho, en el discurso de la histérica, el padre está constantemente significado como un objeto de investidura, alternativamente positivo y negativo. Así como la histérica puede presentarlo como un objeto de amor, del mismo modo ese objeto es un objeto de amor caído que reclama enternecimiento.

Innumerables fórmulas de la vida cotidiana atestiguan dicha ambigüedad: "Mi madre no es la mujer que le convenía a mi padre"; "A causa de ella él es el que es", etcétera. Ahora bien, "lo que él es" es siempre más o menos la manera de evocar a ese padre impotente, víctima de la adversidad femenina, es decir un padre insatisfecho que merece un apoyo. Naturalmente, ese "sostén" está movilizado por el resurgimiento de componentes edípicos, sobre todo en lo que respecta a la rivalidad fálica a través de la cual la niña entra en competencia con la madre en relación con el padre.

Una posibilidad muy diferente de investidura puede conducir a la mujer histérica a una actitud diametralmente opuesta, es decir deliberadamente hostil hacia su padre, quien es entonces considerado como responsable de la desdicha familiar. Por su culpa todo anda mal, y en particular el sufrimiento de la madre. Nos vemos entonces aparentemente llevados a una configuración inversa a la anterior. El padre es un tirano que aniquila simultáneamente a la madre y a la hija, en cuyo caso se impone sostener a la madre. La hija se alía con la madre para

hacer un frente común. Al ratificar la queja de la madre insatisfecha, la histérica puede aparecer así, por medio de una identificación inconsciente, como la víctima de un padre —por lo general suele ser un hombre— que no comprende en absoluto a las mujeres.

Estos dos casos de la posición histérica en relación con el padre tienen algo en común. Tanto en un caso como en el otro, la histérica ahorra su propio deseo: por un lado está sujeta al deseo del otro, el padre víctima de una mujer que no lo ha comprendido; por el otro, se pone al servicio de la causa materna. Es la prueba misma de una capitulación a través de la cual la histérica, renunciando a su deseo, se moviliza prioritariamente en la cuestión del deseo del otro, ya sea caído o maltratado.

Por lo general, la histérica se encuentra ella misma "coagulada" en ese lugar como consecuencia de una captura significativa. En efecto, está atrapada en la trampa de un mensaje paterno que le significa un avatar de su propio deseo: su deseo no encuentra respuesta por el lado materno. No hace falta más para que tal alusión implícita movilice a la histérica para intentar hacerse cargo del deseo paterno insatisfecho. Puede hacerse cargo de él de múltiples maneras.

Un caso típico bastante frecuente se ordena alrededor de una modificación de la actitud paterna hacia la hija. Recordemos por ejemplo esos padres que se mantienen a distancia mientras la hija es una niña y que bruscamente se interesan en ella, después de la pubertad, cuando la hija se convierte en adolescente: otra manera de subrayar que la hija se encuentra entonces directamente interpelada por la dinámica deseante paterna. Por otro lado, es casi siempre en ese momento cuando el padre se deja llevar por algunas confidencias sobre su propio deseo, por ejemplo, que no halla eco favorable en la madre. Esta actitud reactiva inmediatamente toda una vertiente de la problemática edípica. La adolescente se encuentra potencialmente en situación de tener que reparar la insatisfacción paterna. Pero no puede hacerlo sino haciéndose cómplice del malentendido en el que el padre la encierra. Por otro lado, la hija es llevada a ocupar un lugar de objeto posible del deseo del padre; pero por otra parte, al intervenir la Ley, ese lugar no puede aparecer de otro modo que como un lugar de apariencia.

Desde el comienzo va a expresarse el equívoco, compartido por ambas partes, en manifestaciones psíquicas estereotipadas.

La hija no dejará de quejarse por no comprender por qué su padre bruscamente se interesa en ella. Se trata de una artimaña psíquica sostenida por la represión en la medida en que la adolescente ha captado perfectamente el sentido de la modificación de la actitud paterna hacia ella. Sin embargo, como el cambio brusco de comportamiento es demasiado comprometedor, no se puede expresar, en la realidad, sino bajo formas travestidas, por lo general proyectivas. La adolescente se queja, por ejemplo, de que su padre se muestra demasiado solícito para con ella, y muy especialmente en lo relativo a su cuerpo. Entra entonces de buena gana en la interpretación proyectiva: una mirada del padre posada en ella se vuelve inmediatamente una mirada concupiscente. También la ocasión da lugar a una producción rica de sueños y fantasmas a través de los cuales el padre suele aparecer en posiciones ambiguas. El ejemplo más común es incluso el fantasma o el sueño de violación. Existe todo un discurso atinente a la servidumbre física. La hija se queja decididamente de la tiranía que supuestamente su padre ejerce en el nivel de las imposiciones indumentarias, deportivas, e incluso de las diversas imposiciones respecto del comportamiento. Se trata de un material proyectivo bastante claro ya que es el envés del deseo que se manifiesta bajo una forma tanto más inconfesada cuanto que se ha abierto una brecha por la posición deseante del padre. De allí la indignación fingida de la joven, quien encuentra su mejor medida en toda situación en la que el equívoco histérico se consuma en presencia de un tercero.

Recordemos el caso común en que el padre y la hija comparten una complicidad de exhibición tal que toda tercera persona se ve inevitablemente conducida a suponer que la hija podría ser la amante del padre. Algunas fórmulas triviales recuerdan el sentido de este equívoco: "¿Es su hija? ¡Felicitaciones!" Todos sabemos que las "felicitaciones", por regla general, vienen a traicionar aquí otra proposición reprimida: "¡Qué pena para usted que sea su hija!"

Hay asimismo una variación de la situación anterior en la prisa que ponen algunos padres en "presentar" a su hija a los otros en cualquier circunstancia. Semejante apresuramiento

no es nunca sino la confesión de un deseo inconsciente a través del cual anhelan que se pueda imaginar que no se trata de su hija.

Revisemos ahora el caso inverso, en el que la madre le hace algunas confidencias a la hija sobre su propio deseo insatisfecho. Aunque la hija se solidarice con la confesión del deseo insatisfecho de la madre, el problema no cambia en la medida en que sigue siempre identificada imaginariamente con una mujer posible del padre. No obstante, en el caso presente, el deseo travestido va a entrar en escena en la vertiente de la protesta. El padre deviene entonces el objeto de un descontento radical. Así, a los ojos de la hija, aparece como el hombre que no entiende nada de mujeres. Es aquel que una madre como la suya no merecía. Diga lo que dijere, haga lo que hiciere, sigue siempre apartado de la cuestión.

Así, la hija es capturada en el deseo histérico de la madre desde el momento en que debe compartir la desdicha materna y sostener todos sus desfallecimientos. La solidaridad neurótica se anuda aquí en el plano de una reparación cuyo componente principal es una homosexualidad inconsciente. Por ende, no es sorprendente ver cómo se juega esta ambigüedad en la realidad bajo la forma de un discurso de rebeldía y de repulsión hacia el padre. El discurso rebelde se moviliza a propósito de los reproches falocráticos que se le dirigen; el discurso de repulsión se centra, por el contrario, en el cuerpo del padre.

Propongo ilustrar estos diferentes aspectos de la relación de la histérica con el padre a partir de un fragmento clínico en el que se ve precisamente la conjugación de estos dos aspectos ambivalentes con las consecuencias identificatorias que implican.

Se trata de una joven que, a los dieciocho años, desarrolló bruscamente una serie de síntomas y de manifestaciones histéricas que la llevarían, unos años más tarde, a emprender un tratamiento psicoanalítico.

Precisemos enseguida el contexto en el que se ha situado esta eclosión psicopatológica, a la luz de una serie de acontecimientos que han puntuado la adolescencia de esta joven. Su padre y su madre son dos profesores que, aunque enseñan

disciplinas diferentes, trabajan en la misma escuela secundaria donde la muchacha ha cursado buena parte de sus estudios. Si bien siempre ha podido evitarlas clases de su madre, no pudo, en cambio, sustraerse un año a la enseñanza de su padre, guardando de ello un recuerdo bastante perturbador.

Los cursos del padre a los que asiste la joven le confirman muy pronto la reputación de la que éste se había hecho merecedor: la de un profesor muy brillante que seducía a sus alumnos por la calidad de su enseñanza. Esta confirmación no hizo sino ratificar una sospecha que ya venía alimentando: su padre no merecía tener una mujer como su madre, triste, hogareña, y que no le ofrecía placer alguno. Otra manera de decir que parecía austera y poco deseable, y no sabía apreciar las cualidades del hombre con el que se había casado.

Toda la infancia y la adolescencia de esta persona parecían marcadas por esta desvalorización de una madre descolorida, sin deseo, y encerrada en la servidumbre doméstica, junto a un padre de quien no se cesaba de cantar loas fuera de su casa.

Hacia fines del año lectivo en el que la joven había asistido a las clases de su padre, un acontecimiento inesperado precipitaría las cosas de manera decisiva. Su padre acababa de ser nombrado profesor en la universidad (la única) de la ciudad. Ella no podía decidirse a tenerlo como profesor en ese establecimiento, pues deseaba emprender estudios superiores en la misma disciplina que enseñaba su padre. Como reacción, orientó pues su elección hacia otros horizontes, decidiendo comenzar un ciclo de estudios menos académicos, pero cuya especialidad se enseñaba exclusivamente en la facultad de otra ciudad universitaria.

Esta iniciativa, bien acogida por su padre, debía suscitar en cambio apreciaciones muy ambivalentes por el lado materno, expresadas sobre todo bajo la modalidad de la queja abandonónica. Al dar a entender que en lo sucesivo iba a estar sola, la madre traducía no sólo algo de la posición desfalleciente de su deseo, sino además que contaba con su hija para sostener su propia insatisfacción. Pese a este reclamo, la hija no cambió de parecer y abandonó el domicilio familiar después de las vacaciones de verano. Su padre la ayudó a elegir un domicilio en otra

parte y, asegurándole la garantía de un sostén económico sustancial, aprovechó la ocasión para confiarle: "¡Te hará muy bien estar alejada de tu madre!"

Dicho comentario debía ser acogido como corresponde, es decir como la confesión de que tenía que protegerse de esa madre que el padre no deseaba. Así, la joven se encontró capturada tanto de un lado como del otro: de una manera culpable respecto de la madre; de una manera cómplice respecto del padre. De hecho, la sentencia paterna no podía dejar de abrir toda una serie de conjeturas inconscientes en cuanto al deseo del padre y a la ausencia de deseo de la madre. Una última recomendación materna catalizaría ese dispositivo ya de por sí muy pesado. En una carta dirigida a la hija, le formuló la prescripción siguiente: "Ahora que estás lejos, ya no puedo velar por ti, pero te prevengo que no debes contar conmigo para cuidar a tus hijos, si es que los tienes. ¡Te las arreglarás con tu padre!"

Esta recomendación resultaba temible por más de un motivo. Significaba ya implícitamente para su hija que si ésta deseaba a un hombre, podía razonablemente esperar que le diera hijos, como ella misma los había tenido cuando había deseado a su padre. De allí a pensar que su nacimiento no había sido deseado, no había más que un paso. Por otra parte, había implícito un segundo mensaje en la recomendación materna: "Tu padre parece pues estar de acuerdo en que tú desees hombres contra mi voluntad".

En este contexto se dispone entonces su partida del domicilio paterno.

Durante el primer año de estudios universitarios lleva un estilo de vida bastante agitado. Conoce a una serie de hombres con los cuales mantiene relaciones complicadas y dolorosas. Por un lado, obedece a la consigna imaginaria de la aprobación paterna; por el otro, suscribe inconscientemente a la consigna materna: es frígida y termina por quedar embarazada. Le avisa a su padre, quien la encierra inmediatamente en un secreto cómplice: "Tu madre no debe enterarse". Deriva a su hija a la consulta de una médica que conoce, asegurándole que él se hará cargo de todos los gastos.

La interrupción del embarazo se efectúa en buenas condiciones clínicas. Sin embargo, algunas alusiones mencionadas

en el transcurso de su estadía hospitalaria terminan por dar a entender a la joven que la médica que la había atendido muy probablemente había sido la amante de su padre. En consecuencia, se sentirá completamente prisionera de un secreto respecto de su padre.

La muchacha no había comprendido que su padre era manifiestamente un perverso cuyo goce consistía en actuar de manera que ella se enterara de sus deseos. La circunstancia del aborto se prestaba muy bien para esta situación perversa, ya que la relación de su padre con la médica le es transmitida bajo la forma de la alusión o del equívoco, es decir como un secreto. El padre sabe así que su hija sabe; pero también sabe que ella no podrá decir lo que sabe, ni a él ni a su madre.

En un nivel muy distinto, esta manipulación perversa se halla en el origen de un fantasma inconsciente devastador. De hecho, parecería que ese padre hubiera significado a su hija que él tenía derecho a mirar su cuerpo, incluso a acceder a él. El proceso tiene carácter transitivo: el padre tiene acceso al cuerpo de la médica; la médica tiene acceso al cuerpo de la hija; entonces el padre puede tener acceso al cuerpo de la hija. Por añadidura, se había levantado un velo sobre la sexualidad extraconyugal del padre. Caía el fantasma de su impotencia sospechada por la hija: pruebas al canto, el testimonio de otra mujer. No obstante, al imponerle esta revelación por vía de un equívoco, el padre la condenaba al silencio y la encerraba, en consecuencia, en una situación sin otra solución que la salida histérica.

En lo sucesivo, esta joven no podrá ya desear a un hombre sin esforzarse por presentir si su deseo por él está en conformidad con el deseo de su padre: dicho de otro modo, si su "elección de objeto" es adecuada respecto de lo que ella imagina en cuanto a la aprobación paterna. Por lo tanto, intentará identificarse, como mujer, con aquellas mujeres que supuestamente desea su padre. Inversamente, los hombres que desee deberán ser identificables, más o menos, con el hombre que su padre es.

Toda la dinámica deseante queda así bloqueada. No sólo jamás podrá identificarse con un modelo ideal de mujer correspondiente al deseo de su padre, sino que tampoco ningún hombre que conozca responderá jamás a las exigencias proyec-

tadas sobre lo que debería ser el espécimen capaz de convenirle idealmente a su padre. Tanto en un caso como en el otro, observamos este síntoma característico de la histérica que se agota, por el juego de las identificaciones, tendiendo hacia un ideal de perfección con el objetivo de quedar siempre insatisfecha; insatisfacción que evita la realización imaginaria del incesto para mantenerlo mejor. Además, a esta joven sólo le queda la solución de un compromiso: seguir cerca del deseo paterno para intentar desanudar el atolladero en el que se ha comprometido su deseo. Cuanto más hija de su padre sea, más suscribirá al ideal de las mujeres que supuestamente él desea, y, consecuentemente, más se acercará fantasmáticamente al hombre ideal que imagina que su padre desea para ella.

La complacencia perversa del padre no dejará de reforzar esta problemática histérica no bien alimente el fantasma de su hija respondiendo en la realidad. En efecto, va a introducirla de múltiples maneras en su vida privada: la presenta a todos sus amigos; le pide que lo acompañe a los cursos, o que lo pase a buscar por la facultad; le encomienda misiones y negociaciones delicadas con sus colegas, etcétera. Todo es armonía. Manifiestamente, el fantasma del padre busca crear aquí a su alrededor cierto equívoco en cuanto a la identidad de su hija. Goza tanto más cuanto que en ciertas circunstancias funciona el engaño: se la supone realmente su amante.

Como respuesta, la hija entra fácilmente en el juego de ese equívoco y todo su júbilo consiste, por lo general, en mantener la duda durante el mayor tiempo posible antes de develar su verdadera identidad. No es casual que esta estrategia resulte electivamente mantenida bajo la mirada interrogadora o cómplice de los estudiantes de su padre. Aquí identificamos el funcionamiento revanchista de una rivalidad imaginaria haciendo eco a algunos acontecimientos de su pasado; especialmente a la época en la que, siendo ella misma alumna de su padre, sufría por la seducción devastadora que éste ejercía en las jóvenes del curso.

Este juego lamentable durará más de un año. Incluso llegará a suceder que, en presencia de un tercero, el padre y la hija se diviertan destituyendo a la madre, humillándola respecto de su neurosis, presentándola como una mujer radicalmente

indeseable, en cuya compañía no es bueno permanecer y que ambos habrían tenido que soportar.

En un terreno tan minado por la posición histérica de la hija y la perversión del padre, un acontecimiento va a conmocionar por completo el equilibrio deseante de los dos protagonistas. La hija se apartará violentamente de la complacencia perversa del padre y, como suele suceder frecuentemente en la histeria, las investiduras identificatorias se invertirán de tal modo que la hija se solidarizará en lo sucesivo con la soledad y la desdicha de la madre haciendo con ésta una coalición contra el padre.

Este viraje, una vez más, se debe alas iniciativas perversas del padre, e indica así hasta qué punto puede un padre ser llevado a gozar con su hija, en la medida en que tomemos nota de la diferencia que existe entre el placer y el goce. En este caso, tenemos un ejemplo absolutamente representativo de la manera como el goce de uno contribuye directamente a inducir algo mortífero en el otro.

El acontecimiento mencionado se desarrollará en dos actos: un acto precursor en cuyo transcurso el padre va a experimentar la dimensión incestuosa inconsciente que mantiene con su hija; y un segundo acto que le permitirá legitimar el poder de goce que cree controlar respecto de ella.

De una manera intempestiva, el padre entra un día en la vivienda de su hija, y le pide hospitalidad para esa noche, so pretexto de una misión profesional que debe ejecutar urgentemente a la mañana siguiente. La exigüidad del lugar lleva a la hija a ceder su cama al padre y le impone arreglárselas para cohabitar junto a él durante el transcurso de la noche. Esta situación de promiscuidad no deja de movilizar toda una legión de fantasmas inmediatamente recusados en provecho de largas horas de insomnio.

A la mañana los despierta la intrusión de una joven —una alumna del padre— que la hija identifica inmediatamente como una de sus ex compañeras del último curso. Esta confrontación matinal es decisiva por dos razones. Por un lado, es insopportable, pues la joven vive inmediatamente esta intrusión como una verdadera provocación frente a la complacencia erótica imaginaria que mantiene con su padre. Por el otro, es inaugural, en

el sentido de que la naturaleza de este tercer elemento va a desmovilizar bruscamente la investidura alienante que ella alimentaba respecto de ese padre seductor.

Como ella sospecha que la intrusa es la amante de su padre, éste, menos perturbado que exultante por esta confrontación, se esfuerza por poner las cosas en claro frente a su hija. Mediante fórmulas tan circunstanciales como alusivas, logra confirmar sus sospechas. Totalmente subyugada por esta trampa perversa, la hija se identifica, por un momento, con su rival y le ofrece hospitalidad invitándola a compartir el desayuno. Sin embargo, este trato cordial será rápidamente quebrado por una intervención del padre. Antes de despedirse de su hija, se dejará llevar por una confianza cuyos efectos se revelarán fatídicos. Como la madre tenía que telefonar ese mismo día, le impone a la hija el ocultamiento, frente a las investigaciones maternas, tanto de la existencia de su visita como del objeto de su "misión", e inmediatamente desaparece acompañado de su juvenil conquista.

Ella no traiciona el secreto, pero esta demanda queda saldada, sin esperar lo ella, por una desinvestidura psíquica radical. Bruscamente, su padre se le presenta como un adolescente enamorado de una estudiante; al funcionar la destitución fálica, queda fantasmaticado como un ser impotente, incapaz de asumir un lugar de hombre junto a una mujer y, consecuentemente, desenmascarado en sus propensiones incestuosas. Mantener una relación con una persona de la misma edad que su hija es, metafóricamente, tener una relación potencial con su propia hija, es decir con una niña.

La desinvestidura del padre va a inducir primero un "flotamiento" libidinal característico. Esta joven provocará a muchachos de la escuela secundaria con los que sólo mantendrá relaciones eróticas decepcionantes. Evidentemente, a través de esta elección, encontramos un punto de identificación masculina, es decir aquí con el padre, quien mantenía un intercambio amoroso con las jóvenes estudiantes.

Poco tiempo después queda franqueada una nueva etapa por medio de una historia de amor tan breve como decisiva. La joven se enamora apasionadamente de una profesora de la universidad. La relación comienza y prosigue primero, durante

algún tiempo, de modo platónico. Pero gracias a una invitación, los acontecimientos se precipitan. Después de una velada muy "rociada", la profesora se enardece y "viola" de alguna manera a la estudiante. Las dos *partenaires* parecen haber compartido, aquella noche, una experiencia de placer que hasta entonces les era desconocida. Pero la calaverada homosexual debía malograrse muy rápidamente. La profesora, enamorada de su alumna, se mostraba cada vez más exigente en el uso excesivo de familiaridad en el trato; la alumna, en cambio, asumía actitudes cada vez más retraídas, de modo que al cabo de un mes las relaciones se interrumpieron definitivamente.

Varios factores justifican de manera significativa este pasaje al acto homosexual. Por un lado, la decepción erótica inconsciente de esta mujer con su padre, quien ha preferido a una ex compañera de clase. Por el otro, la identificación masculina con el padre que la impulsa a algunos excesos amorosos con adolescentes. Por último, la identificación con el presunto objeto del goce materno que la precipita hacia una relación homosexual con una mujer veinticinco años mayor que ella. El ciclo identificatorio está momentáneamente cumplido. Entonces puede adoptar, para con su madre, una posición de reparación frente a la tiranía paterna.

Naturalmente, la madre aparece inmediatamente como una víctima a la que hay que apoyar frente a la traición masculina. A imagen de su madre, y por solidaridad con la desdicha femenina, esta joven se complace entonces en el arrepentimiento sacrificial. Tan pronto como se presenta la primera ocasión, se reintegra al domicilio paterno. Interrumpe sus estudios y acepta un empleo miserable en las peores condiciones de explotación para ganar triunfalmente un magro salario ofrecido a su madre como signo de expiación. Así se sella, entre la madre y la hija, el pacto de una existencia dolorosa y austera.

No obstante, las confidencias corren a toda velocidad. La madre acentúa sus quejas de mujer incomprendida pero entregada a la servidumbre familiar y conyugal. La hija puja por confiar de buena gana a su madre cuan decepcionante resultó ser su experiencia con los hombres. Con ayuda de la homosexualidad inconsciente, la madre y la hija deciden, de común

acuerdo, echar al intruso del domicilio familiar. En el transcurso de una comida dominical, el padre es intimado a pronunciarse sobre sus infidelidades. Pero esto suponía no tener muy en cuenta los resortes del goce que animaban al culpable. Este se adueña de la situación dando un vuelco magistral: consigue convencer a su mujer de que está enferma. Reiniciando la ambivalencia incestuosa con su hija, le sugiere huir de esa madre enferma que necesita cuidados. La dialéctica paterna produce sus efectos y, una semana más tarde, la hija obedece y vuelve a su propio domicilio. En cuanto a la madre, desidentificada de todo lugar, se confía a la inteligencia de su marido y se aviene a tratar de conocer su problemática con un psicoterapeuta que él le ha recomendado.

Algunos meses más tarde, esta iniciativa terapéutica se convierte en catástrofe cuando se entera de que el terapeuta a quien se ha confiado es amigo íntimo de su marido. Luego de una descompensación depresiva vuelve a la servidumbre doméstica, más destruida que nunca.

Por su lado, la hija se ve agobiada por somatizaciones histéricas impresionantes. Luego de dos internaciones provocadas por afecciones abdominales sin etiología aparente, se hunde en un estado neurasténico grave. Con todo, su padre conseguirá desmovilizar este enquistamiento neurótico por vía de algunas mediaciones perversas cuyo secreto detenta. Al penetrar completamente en los desahogos imaginarios de su hija, sostiene estratégicamente su discurso de pura apariencia cuando ella se queja de verse fea y poco atractiva para los hombres. Sólidamente alentada en esta destitución narcisista mantenida por el discurso paterno, no encuentra más salida que la eclosión de una fobia que se cristaliza alrededor de su nariz, condenándose así rápidamente al puro y simple enclausuramiento.

Ante este pedido de auxilio histérico, el padre interviene, como corresponde, proponiéndole hacerse cargo de los gastos de una cirugía estética salvadora. El malentendido neurótico queda consumado, y la hija corre a hacerse rectificar la nariz con gran cantidad de dinero. Pero la metáfora de la castración mutilante no ha dejado de producir sus efectos. A la salida del hospital, se ha negado con la mayor energía a ver a su padre.

Muy alarmada por esta sanción quirúrgica, la madre, en cambio, se apresura a ir a ver a la hija y, so pena de asiduas represalias, el padre ha sido intimado a abandonar el domicilio conyugal. Sostenida por lo imaginario de la protesta fálica materna, la hija se ha ligado otra vez de manera identificatoria con ella y contra él.

Por lo tanto, durante varios meses, las recriminaciones de la hija harán coro con las de la madre. En este clima de siniestra alianza entre víctimas, la hija consigue no obstante conocer a un hombre. Se inicia una relación favorable, bajo los auspicios de la bendición materna. Pero una vez más la empresa amorosa se malogra. Para gran sorpresa de la madre, la hija le informa sobre su desengaño sentimental, confiándole no sólo que ese hombre era casi impotente, sino también que ella es totalmente frígida; frigidez, al parecer, debidamente instalada desde que su padre, cuando fue a visitarla, se había encontrado en la casa de ella con su joven amante. La madre aprovecha la ocasión para asegurarle que también ella, a su vez, siempre había sido frígida. Semejante confesión no hace más que reforzar la identificación histérica de la hija con la madre. En lo sucesivo, solidarias en sus decepciones sexuales con los hombres, la frigidez queda pues orquestada, por ambas partes, como un síntoma dirigido al padre.

Una nueva etapa devastadora será franqueada en esta epopeya neurótica familiar. Una vez más el padre se las ingenia para capturar a su hija en las redes de una manipulación perversa; una vez más, la complacencia histérica inconsciente de la hija responde en el terreno imaginario.

En ocasión del cumpleaños de la hija, el padre retoma contacto con ella y la invita a cenar juntos. En el transcurso de la velada, él va llevando hábilmente la discusión hacia su mujer, a quien no ve desde hace cierto tiempo. La hija no deja de comunicarle las novedades que él se esfuerza por conseguir. Ella insiste, en particular, en las palabras intercambiadas a propósito de su frigidez respectiva. No hacía falta mucho más para que él blandiera el espectro de las malas influencias neuróticas que la hija estaba padeciendo de parte de su madre, la cual, a todas luces, debería hacerse tratar.

La sugerencia perversa sigue su camino y, por último, el

padre le desliza el nombre de un psicoterapeuta. Convencida mediante estas argucias, la joven comunica sin demora a su madre sus inquietudes personales en cuanto a su estado de salud mental y le aconseja expresamente que consulte al terapeuta indicado.

Por segunda vez, la madre emprende un proceso psicoterapéutico del que inmediatamente parece sacar un gran provecho.

Poco tiempo después, el padre le confía a su hija que ese terapeuta es uno de sus mejores amigos, y que lo informa regularmente acerca del contenido de las sesiones de psicoterapia de su mujer. Discuten sobre el asunto y examinan, paso a paso, las intervenciones que parecen más apropiadas para el caso.

Semejante confesión ejerce un efecto terriblemente destructivo en la hija, quien no puede evitar vivir este manejo perverso de su padre como una violación tanto más mortífera cuanto que es prisionera de su identificación inconsciente con su madre. Por lo demás, esta transgresión perversa tendrá consecuencias temibles cuando esta mujer decida efectuar un proceso analítico por su propia cuenta. ¿Qué decir del terapeuta y del goce que lo ha animado de cabo a rabo en esta empresa mortífera?

Pese a todo, la madre prosigue su terapia en ese simulacro analítico. Las intervenciones "terapéuticas" telecomandadas por su marido provocan efectos abrumadores. Se deprime y desarrolla manifestaciones somáticas cada vez más importantes. Ligada por el secreto perverso del padre, pero cada vez más identificada con la madre sufriente, la hija asiste completamente impotente a este cataclismo. No obstante, termina por imaginar que su padre quiere su propia muerte y que la obtendrá por procuración destruyendo paulatinamente a su madre. Confiada en el descubrimiento de esta verdad, convoca a su padre para comunicárselo. La entrevista es tempestuosa. El padre la esquiva; la hija se sobrepone y lo trata de "homosexual reprimido". La reacción del padre no se hace esperar: la golpea y trata de violarla.

Al término de este episodio pavoroso, la hija romperá definitivamente toda relación con su padre. Abrumado por la culpa, el padre intentará disculparse de lo que llamará un

"malentendido". La única excusa aceptable para la hija consistirá en imponerle comprar su silencio amenazándolo con revelar lo ocurrido si en lo sucesivo no le pasa una holgada renta mensual.

Algunas semanas más tarde, la joven comienza un análisis y el chantaje continúa hasta el momento en que me informa que paga sus sesiones de análisis con esa renta paterna. Intervine entonces enérgicamente para que pudiera cumplir con el pago de su análisis con sus propios ingresos. Para ello, la cura fue suspendida durante un mes y medio, hasta la resolución material del problema. A partir de ese momento, se retomó el trabajo analítico y ha proseguido de una manera fecunda, aunque difícil y dolorosa. En dos años, esta mujer ha encontrado, con todo, un equilibrio psíquico satisfactorio, y ha logrado entablar por fin una relación amorosa serena y vivificante con un hombre. Supo guardar una distancia muy prudente con su madre. En cuanto a su padre, no lo volvió a ver jamás, al menos hasta el final del tratamiento.

6

El deseo del obsesivo a prueba de mujeres

Uno de los comportamientos más espectaculares que observamos en la neurosis obsesiva es, sin duda alguna, la *transgresión*,¹ al menos en el sentido en que esta manifestación —por lo demás muy frecuente— actualiza muy bien la *ambivalencia* específica que el sujeto mantiene respecto de la ley del padre. En efecto, el control omnipotente que posee sobre el goce de su objeto no puede sino confrontarlo, tarde o temprano, con la transgresión. En cambio, la pregnancia de la Ley y la necesidad de remitirse a ella para escapar a la culpabilidad de los impulsos libidinales inconscientes hacia la madre,² inducen inevitablemente una tensión psíquica de cierta tirantez. Además, es la razón que por lo general nos lleva a observar cuan a menudo despliegan los obsesivos raudales de energía a fin de tratar de ser perversos, sin conseguirlo jamás.³

Es infrecuente que el obsesivo transgreda verdaderamente algo en la realidad. En lo esencial, su "flirteo" con la transgresión se juega en la escena fantasmática donde puede darle libre curso, con la excepción, a veces, del terreno sexual y de las relaciones amorosas.

La figura más frecuente de esta transgresión se presenta a la luz de su contrario, en el sentido mismo de un destino de la pulsión que Freud designa precisamente "trastorno hacia lo contrario".⁴ En efecto, el obsesivo se presenta decididamente como un ferviente adepto al respeto de las reglas y de las leyes. En nombre de una adhesión incondicional a un rigor moral esgrimido bajo una modalidad ostentatoria, se vuelve un siervo de las virtudes y de lo acertado de las normas establecidas. Su

escrupulosa preocupación de honradez respecto de cualquier cosa justifica así la desmesura de la sorprendente estupidez que le conocemos en ciertas circunstancias: "¡Más vale morir que conceder un ápice de terreno!" Es el dominio favorito donde sus investiduras pactan sin reservas con la grandiosidad y el martirologio.

No obstante, esta posición legalista incondicional de los obsesivos no abreva su grandeza sino en razón inversa del deseo inconsciente de transgredirla. Su preocupación obstinada por proteger el orden y las virtudes sólo puede compararse con la ausencia total de discernimiento que ponen para intentar saber qué es lo que en realidad protegen. Así, florecen las manifestaciones de defensa estereotipadas que les son tan caras.

A modo de ejemplo, recordemos el *aislamiento*. Esta estrategia defensiva tiene la misión esencial de desconectar un pensamiento, una actitud, un comportamiento, de una serie lógica en la que se inscriben. Una vez aislado de su contexto, ese elemento psíquico, al mismo tiempo, se neutralizará afectivamente. Por lo general, es posible situar estos procesos de aislamiento a través de las pausas, los estereotipos y los rituales cultivados por los obsesivos. Entre otras cosas, debemos a estos procesos de aislamiento el perfil tan *controlado* del obsesivo, actitud necia que lo conduce a seguir siendo dueño de sí mismo en cualquier circunstancia, inclusive —y sobre todo— en los cataclismos.

Una de las pruebas más significativas de la permanencia activa de dicho proceso de aislamiento en el obsesivo se observa, en el marco de la cura analítica, en la ausencia casi constante de respeto por la regla fundamental. En efecto, suele resistirse al proceso de la asociación libre, que es el terreno mismo en el que el sujeto debe ceder a toda tentativa de control y de dominio de su decir, o sea al surgimiento intempestivo de los afectos que podrían encontrarse asociados en él. El obsesivo se opone a ello, pese a todo, privilegiando el relato y las racionalizaciones. Como señala muy acertadamente Pierre Fédida:

Estos pacientes no soportan la atención *flotante* del analista y no toleran ser escuchados para ser oídos. La imposición se ejerce sobre la neutralidad sentida como sospechosa y que debe ser entonces neutralizada.

[...] Al igual que la anulación retroactiva y el aislamiento mental, el discurso obsesivo tiende a disuadir al analista de constituir por sus propias construcciones una memoria de lo infantil.⁵

Pierre Fédida prosigue de la siguiente manera:

Algunos pacientes (generalmente en las sesiones cara a cara) pueden contar así fácticamente, y de manera completamente minuciosa, lo que "ha ocurrido" durante los días anteriores. Esta palabra se denomina "relato", pero no consigue interiorizar para otro un tiempo narrativo. Revela una vigilancia descriptiva tal que, en última instancia, es insostenible para la escucha. Parecería que el paciente hablara según una insistencia en destruir en el analista toda capacidad de dar vida al lenguaje.⁶

Esta defensa halla su eco más manifiesto en el culto de las actitudes estereotipadas. El obsesivo, en efecto, es un prodigioso escrutador del mundo, incluido él mismo a partir del momento en que cultiva el arte sabio de objetivarse abstractamente en ese orden de las cosas exteriores que lo rodean. El refinamiento y la agudeza que le otorga a esta aptitud de observación sólo puede sostenerse en esta posibilidad de disociación del registro de los afectos. Observamos los ecos más significativos de esta actitud en el espacio de la cura:

Todo ocurre como si el paciente le negara al analista la calidad de ser un soporte de interlocución psíquica, aun cuando se muestra extremadamente aferrado a la presencia de su persona. Por su parte, el analista suele tener la impresión de que el pensamiento obsesivo es no sólo una vía de neutralización de la transferencia en la cura y de señalamiento de la impotencia de su capacidad interpretativa, sino también de ser "doblado" por un "controlador" que no es otro que el razonamiento obsesivo del paciente.⁷

Cuando existe, su capacidad de humor sólo se debe a la densidad de una transacción, en la que se sabe parte ganadora, entre el registro de los afectos internos aislados y la necesidad de atestiguar algo de ellos, pese a todo. En este sentido, el humor, que participa generalmente de la burla, es una cómoda manera de descargar los afectos sin abandonar jamás el puesto de vigilante de sí mismo. De hecho, el obsesivo no puede hablar

de sí mismo sino en tanto habla desde un puesto de observación neutro en el que se divierte con ese otro que es él mismo.

El obsesivo moviliza también otro dispositivo de defensa particularmente eficaz: la *anulación retroactiva*,* proceso mediante el cual recusa pensamientos o actos para hacer como si no hubieran sucedido. Identificamos aquí su preocupación constante por la minimización. Además de revelar un enceguecimiento prodigioso, esta estrategia deja entrever, por otra parte, a qué tipos de afrentas se expone el obsesivo.

La anulación retroactiva es un mecanismo compulsivo de una eficacia tanto mayor cuanto que consiste en poner en acto un comportamiento directamente opuesto al que el sujeto trata de anular. En numerosas ocasiones, Freud ha insistido en el hecho de que el proceso de defensa ponía en evidencia los elementos conflictivos permanentes en los cuales se debatía el obsesivo, es decir, la oposición arcaica entre el amor y el odio respecto de un mismo objeto de investidura. Observemos no obstante que, por lo general, es la vertiente del odio la que se esfuerza por anular la del amor, por la vía de un mecanismo doble de investidura y de desinvestidura que es característico de la economía obsesiva: rehuir su deseo y anularlo tanto como sea posible cada vez que se ve comprometido frente a un objeto. Esta dialéctica específica del deseo obsesivo se manifiesta paradigmáticamente en las investiduras de objeto de amor.⁸ En este terreno, el obsesivo siempre da lo mejor de sí mismo, es decir, paradójicamente, a la vez todo y nada, en el sentido de que puede sacrificar todo al mismo tiempo que no puede perder nada.

La estrategia del deseo obsesivo gira continuamente alrededor de la cuestión del goce del otro. Es respecto de este goce como no puede perder nada y como trata, entonces, de controlar y neutralizar todos los signos exteriores. Nada debe moverse en ese nivel. Así, para que nada se mueva, nada debe gozar. Si nada goza, todo se desarrolla bien, en la medida misma en que el obsesivo no da entonces nada, pero tampoco pierde nada. En

* O *anulación de lo acontecido*, como aparece en la traducción al castellano de la obra de Freud. Véase "Inhibición, síntoma y angustia", *op. cit.*, i. XX, p. 114. [E.]

cambio, en cuanto el otro goza, está dispuesto a sacrificar todo, es decir a provocar las mayores alteraciones para que las cosas vuelvan a su estado inicial.

Este dispositivo insólito del deseo está completamente sobredeterminado por la problemática de la pérdida, que es tanto más central en la lógica obsesiva cuanto que remite arcaicamente a la cuestión de la *falta*. No perder nada, es decir, evitar verse confrontado con la dimensión de la falta, es ante todo intentar neutralizar el deseo, ya que es precisamente la falta lo que lo constituye y lo relanza como tal. Por otra parte, cuando la dinámica del deseo se encuentra cohibida, ya nada justifica entonces la expresión de la demanda. Con esta finalidad, pues, en el obsesivo, el objeto deseado debe ser investido de tal modo que todo este dispositivo de neutralización jamás pueda resultar cuestionado.

Para ello, el objeto en cuestión queda depositado en un lugar ideal: el lugar del muerto.⁹ De hecho, la máquina deseante del obsesivo sólo puede funcionar a pleno —para que nada se mueva— con la condición *sine qua non* de que el objeto amable y amado funcione como un muerto. Ya que el deseo es siempre deseo del deseo del otro, si el otro no desea, el obsesivo está entonces reasegurado en cuanto a su deseo, puesto que tampoco él desea. Así se sella el pacto inconsciente que lo anima en su relación amorosa con el otro.

Por sobre todo conviene que el otro no pida, dado que, en cuanto demanda, es porque desea. Que es lo mismo que decir que no debe faltarle nada, de donde emana el ordenamiento totalitario del universo del otro a través del cual el obsesivo se esfuerza por controlar y dominar la muerte de su compañera amorosa deseante: "A ella no le falta nada... tiene todo en la casa... No necesita trabajar...", y todo en armonía. Todas estas son locuciones estereotipadas que nos recuerdan que el objeto de amor no tiene nada que pedir, que está colmado, al abrigo de la necesidad, encerrado en su burbuja.

De hecho, el obsesivo mantiene un gusto inmoderado por la prisión amorosa. Se desvive para que su objeto de amor conozca los privilegios de una cárcel de primera clase. El embalsamamiento y la momificación no tienen precio. No puede retroceder ante semejante lujo para que el otro se vea honrado

en su justo lugar de muerto. No obstante, no le caería nada bien que su pareja no se mostrara exultante. El obsesivo sigue siendo siempre muy sensible al reconocimiento de los homenajes que le rinde a su objeto amoroso. Sería escandaloso que, al estar muerta, ella no se sintiera feliz de estarlo. Sería la más inicua de las ingratitudes. En este caso, como en otros, ¡el obsesivo siempre está animado por una gran preocupación justiciera!

Por regla general, la estrategia amorosa del obsesivo consiste, las más de las veces, en apropiarse de un *objeto vivo* para transformarlo en *objeto muerto* y velar escrupulosamente para que lo siga siendo. Con esta única condición acepta conocer a su objeto de amor y fomentar el proyecto de mantener algún trato con él. Por lo demás, para no excederse, puede esforzarse por ennoblecerlo afeándolo. Este es uno de los homenajes más refinados que puede brindarle, ya que aun con sus galas poco favorables, lo ama igual, es decir tanto más cuanto que el objeto es cada vez más indeseable. Por lo demás, cuanto más indeseable se revela el *partenaire* amoroso, más se justifica que esté bien muerto; se confirma entonces la garantía imaginaria de una posesión ilimitada del objeto en relación con un rival siempre potencial. Recordemos, al respecto, la gazmoñería de algunos obsesivos, que enfundan a sus compañeras femeninas en una armadura indumentaria dispuesta de tal manera que no se vea nada comprometedor, en nombre de una legión de racionalizaciones sobre los principios mundanos del mejor gusto y del buen vestir. En cuanto un hombre tenga la audacia de echar una ojeada a tal objeto acorazado, queda probado así que la mujer siempre es venal.

No todos los obsesivos toman el partido deliberado de volver indeseable a su compañero. Algunos, pese a todo, siguen siendo sensibles a cierta dimensión de erotización del cuerpo del otro, con la condición de que, sin embargo, sea rebajado al rango de puro y simple objeto. Se trata entonces del objeto que se muestra o que se exhibe con la sola finalidad de que lo esencial de su brillo resurja imaginariamente para hacer relumbrar a su "propietario". Pero entonces, más que nunca, es importante que el otro esté completamente apagado, es decir, radicalmente muerto. Es la condición exclusiva que lo autoriza a pretender existir eróticamente respecto de los otros. De

alguna manera, la investidura del cuerpo del otro no supera la del automóvil deportivo. De hecho, bien sabemos que la condición ideal de tal vehículo es que casi no se mueva, para permitir que el propietario sea admirado.

Otros obsesivos manifiestan el mismo tipo de adhesión para la fórmula femenina "superdeportiva", pero por el lado de la competencia intelectual. A lo sumo se trata de un desplazamiento metonímico de la carrocería al motor. En este caso, lo que importa es la erotización del cerebro del "animal en exposición", con la condición de que sea inexorablemente exorcizada toda veleidad de erotización del cuerpo.

Tanto en un caso como en el otro, la cosa no cambia en nada en la medida en que la cuestión del deseo debe seguir siendo fundamentalmente letra muerta.

Con todo, tarde o temprano, el obsesivo no deja de hacer la experiencia crucial de un muerto que está más que agotado de hacerse el muerto. Por lo demás, lo propio de estos muertos es que cuanto más muertos están, mejor resucitan. Ahora bien, estas resurrecciones, por pequeñas que sean, siempre son un presagio de grandes cataclismos, es decir de esos momentos en los que el obsesivo va a pactar con la grandiosidad del fracaso infantil.

De hecho, así como nada es más tranquilizador y amable que un muerto femenino, nada es más inquietante y odioso que una mujer viva, es decir una mujer deseante, que demanda y goza. El obsesivo puede soportarlo todo, sin contemplaciones ni miramientos, excepto una sola cosa: que el otro goce sin él; más exactamente, que el otro femenino pueda tener la impudicia de gozar sin autorización, sin su consentimiento, vale decir sin que él tenga alguna participación. Nada hay más intolerable que el hecho de que una mujer se atreva a discutir el estatuto de muerto tan confortable, en desmedro de todas las convenciones establecidas. ¡Es el mundo al revés! Una muerta que goza es un traidor tanto más odioso cuanto que desea. ¿Con qué derecho? Con el derecho que impone necesariamente al deseo de cada cual el estar sometido a la ley del deseo del otro, de lo cual el obsesivo, precisamente, no quiere saber nada. El goce del otro femenino induce, en el obsesivo, una inevitable agitación destinada a retomar el control de las operaciones, de tal suerte que

Las cosas recobren su orden, es decir el de la muerte del deseo. **Uno** de los aspectos sobresalientes de este desborde se expresa decididamente en la pendiente sacrificial a la cual el obsesivo puede adherir sin la menor sombra de pudor.

Así, el obsesivo está disponible para todos los trabajos fatigosos, para todos los esfuerzos; se agota en los homenajes más audaces y está dispuesto a asumir los proyectos más inesperados con la sola finalidad de que el otro vuelva a ser "su" objeto: un muerto que ya no goza. Entonces puede dar muestras de una extraordinaria generosidad para recuperar a ese muerto que tiende a revivir, dado que lo esencial es reconquistar la apropiación del objeto que escapa y remite a la pérdida. Singularmente, el obsesivo puede volverse, en esas circunstancias, más histérico que un auténtico histérico, a tal punto es capaz de identificarse caricaturescamente con lo que él imagina que es el objeto de deseo del otro.

Evidentemente, el objetivo perseguido a través de esta servidumbre histórica resulta no solamente fallido, sino que por lo general suele producir un efecto radicalmente inverso, ya que el objeto no por ello resulta reconquistado en absoluto. Este brusco cambio desplegado bajo la modalidad de la agitación servil tiene por consecuencia alejar aun más a "su" objeto. De hecho, en tal ocasión, como en tantas otras, el obsesivo se equivoca trágicamente de estrategia al trabajar en el sentido opuesto a sus propios intereses.

En efecto, el vasallaje sacrificial no deja de ratificar, a los ojos del otro, que sobre todo no hay que perder nada. Así, cuanto más se esfuerza el obsesivo por ser todo para el otro, más se le aparece como no siendo nada. Pero lo que importa principalmente es que se le haga un lugar a la falta, sin la cual el deseo no puede sostenerse. En este sentido el obsesivo se descalifica: todas sus prestaciones de control y dominio, todos sus juramentos y otros pactos de buena voluntad no cambiarán nada. La experiencia cotidiana muestra, por otra parte, que la compañera femenina no se equivoca jamás. Existe no obstante una excepción: cuando el otro encuentra, en esta "rehabilitación" sintomática del obsesivo, los mejores argumentos para dinamizar su neurosis personal.

Ello explica en gran medida la afinidad "constitutiva" de

algunas *partenaires* históricas con la esterilidad devastadora de las infamias obsesivas. Como es lógico, en semejante encuentro, una desgracia no viene nunca sola... Más vale ser solidarios.

Notas

1. Este tema de la "transgresión en el obsesivo" también ha sido abordado en mi obra *Estructura y perversiones*, Barcelona, Gedisa, 1988, cap. 13: "La relación con las mujeres. El desafío. La transgresión", en una perspectiva de diagnóstico diferencial.

2. Sería muy interesante consultar el conjunto de los artículos dedicados a este tema de la neurosis obsesiva firmados por A. Abelhauser, P. Avrane, F. Bétourné, W. Granoff, D. Lachaud, I. Roublef, R. Tostain, bajo el título "La névrose obsessionnelle et sa clinique", en *Esquisses psychanalytiques*, Nº 20, marzo de 1994, pp. 5-103.

3. Véase especialmente al respecto R. Dorey, "Problématique obsessionnelle et problématique perverse. Parenté et divergences", en *La névrose obsessionnelle. Monographies de la Revue française de psychanalyse*, bajo la dirección de B. Brusset y de C. Couvreur, París, PUF, 1993, pp. 87-105.

4. Véase Freud, S., "Pulsiones y destinos de pulsión", en *op. cit.*, t. XIV, p. 122.

5. Fédida, P., "Un organe psychique hypocondriaque. Traitement psychique autocratique", en *La névrose obsessionnelle. Monographies de la Revue française de psychanalyse*, *op. cit.*, p. 109 (el subrayado es del autor).

6. *Ibid.*, nota 2 (el subrayado es del autor).

7. *Ibid.*, p. 122 (el subrayado es del autor).

8. Véase Dor, J., *Estructura y perversiones*, *op. cit.*, cap. 13, pp. 123-125.

9. A propósito de la relación del deseo del obsesivo con la muerte, véase S. Leclair, 1-) "La cité enchantée ou le doute: une question d'amour" (1955), en *Rompre les charmes. Recueil pour des enchantés de la psychanalyse*, París, InterÉditions, 1981, pp. 110-127; 2º) "La mort dans la vie de l'obsédé" (comunicación presentada a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, el 28 de mayo de 1956), en *La psychanalyse*, Nº 2, *Mélanges cliniques*, PUF, 1956, pp. 111-140, reproducido bajo el título: "Jérôme ou la mort dans la vie de l'obsédé", en *Démasquer le réel. Un essai sur l'objet en psychanalyse*, París, Seuil, col. "Points", Nº 148, 1971, pp. 121-146; 3º) "Philon ou l'obsessionnel et son désir" (conferencia pronunciada en el Grupo de la Evolución Psicoanalítica, el 25 de noviembre de 1958), *ibid.*, pp. 147-167.

Manifestaciones perversas en un caso de fobia *

La dimensión propiamente compleja** del Edipo —es decir conflictiva— puede remitirse a esa minitragedia psíquica en cuyo transcurso el niño conseguirá elaborar la investidura trascendente del *padre simbólico* a partir del *padre real* y *via* la figura del *padre imaginario*. Dicho de otro modo, ningún padre real podría recibir la investidura del padre simbólico sin la mediación de esa entidad fantasmática que es el padre imaginario.

La instancia del padre simbólico resulta de la investidura de una función en la medida misma en que la "triangulación edípica" tiene sentido estructuralmente sólo cuando la captamos en relación con la unidad fundante que la ordena: *el objeto fálico*.

Dado que el falo constituye el centro de gravedad de la función paterna, un padre real conseguirá asumir su representación simbólica en la medida en que sepa "dar pruebas" (Lacan), en un momento dado, de que puede actualizar para el niño esta incidencia fálica; es decir, hacer valer su presunta atribución como el único agente regulador de la economía del deseo y de su circulación respecto de la madre y del niño.

De ello resulta que ningún padre real detenta o funda la

* Este capítulo fue publicado en forma de artículo —en el que introduje algunas modificaciones— en *Apertura*, Nº 5, *Perversión*, Springer Verlag, 1991, pp. 95-100.

** Optamos por el adjetivo "compleja" allí donde el original dice, textualmente, "complejística" (*complexuelle*). [T.]

Ley. A lo sumo es su *embajador*, a partir del momento en que sabe hacerse reconocer como padre simbólico, volviéndose el *depositario legal*. En consecuencia, la dimensión del padre simbólico trasciende la contingencia del hombre real. Puesto que su estatuto es el de un puro referente, basta entonces con que un tercero, intermediario del deseo de la madre y del niño, venga a proporcionar argumentos a esta función, para que su incidencia legalizante y estructurante sea significada. En última instancia, la aplicación de la función paterna resulta esencialmente de la determinación de un lugar tercero en la lógica de una estructura, la cual, a su vez, confiere una consistencia exclusivamente simbólica al elemento que la ocupa: es decir el referente del significante fálico simbolizado por el *Nombre del Padre*.

Más allá de este breve exordio, en la dialéctica de la función paterna,² de ahora en más podemos ya sacar algunas conclusiones a propósito de la distancia que existe entre la *paternidad* y la *filiación*. De hecho, y por cuanto se despliega en un nivel prioritariamente simbólico, *la filiación prevalece entonces respecto de la paternidad real*. Consecuentemente, no puede haber complicidad alguna entre el *padre* y el *progenitor*. En razón de su carácter de pura representación simbólica, la función paterna está potencialmente abierta a cualquier *embajador* de la realidad. Así como el progenitor puede postularse legítimamente como embajador privilegiado, análogamente no es más que un caso posible requerido por la exigencia de esta misión de representación.

Brindamos como prueba la presentación clínica siguiente, que, en mi opinión, ilustra un modo singular de actualización de la función paterna.

La clínica psicoanalítica nos pone regularmente frente a un problema planteado por la disparidad de los síntomas en relación con la identidad de una estructura. De allí la dificultad—incluso la imposibilidad— de establecer una *evaluación diagnóstica* a partir de la mera observación de las ocurrencias sintomáticas. No faltan ejemplos³ para recordarnos que ninguna semiología podría bastar para situar una estructura y, a

fortiori, proporcionarnos algunas indicaciones favorables a la conducción de la cura.

En el presente caso, el centro de la escena sintomática estaba totalmente ocupado por la presencia de un gran despliegue de comportamientos de carácter perverso, destinados, de hecho, a enmascarar una fobia muy sólida.

Una mujer de treinta y seis años vino a consultarme a comienzos de 1983. Derivada por un ginecólogo, dio muestras de una frigidez persistente, instalada desde hacía aproximadamente un año atrás y que justificaba la ausencia de relaciones sexuales con su marido desde aquella fecha. También se quejaba de crisis de angustia que sobrevenían en un trasfondo depresivo grave y casi permanente. De hecho, al otorgársele una licencia médica por "enfermedad prolongada", había interrumpido su actividad profesional desde hacía unos meses: se desempeñaba como docente en la enseñanza media y no había podido reintegrarse a su puesto a comienzos del ciclo lectivo.

Durante varias sesiones, esta mujer me hizo un largo y detallado informe de las jornadas aburridas que pasaba en su casa. Madre de dos varones de catorce y dieciséis años, ya no se ocupaba más de ellos, dado que había desertado completamente de la vida familiar normal. Sumergida en una regresión infantil espectacular, se complacía en dejar que el marido y los dos hijos se hicieran cargo de ella, y éstos desplegaban raudales de energía para administrar la vida cotidiana. En síntesis, esta paciente me describió un verdadero cuadro clínico de neurastenia, a mi entender demasiado perfecto para parecer auténtico. Molesto, por no decir invadido por esta sinopsis equívoca, decidí investigar las cosas más de cerca: la invité entonces a que me hablara de su frigidez. Frigidez muy enigmática, ya que el síntoma—que parecía constituir la razón principal de la consulta— nunca había vuelto a ser considerado desde la primera entrevista.

El abordaje de este problema se tradujo inmediatamente, durante el transcurso de la sesión, en el surgimiento de una crisis de angustia lo suficientemente importante como para dejar a esta mujer enmudecida durante un buen rato. No concurrió a la sesión siguiente. Una semana después, se presentó en mi consultorio en un estado de excitación tan grande que

se asemejaba a una conducta maniaca. Evidentemente había bebido, un poco a la manera de aquellos que buscan encontrar aliento en el alcohol antes de afrontar una situación embarazosa. Y, sin ambages, me confirmó en el acto que por fin se había decidido a hablarme de su "discapacidad".⁴ Discapacidad que jamás había confiado a nadie y que constituía un secreto doloroso que ya no podía seguir conteniendo. De hecho, abordó sin demora la cuestión de su frigidez, a la que presentó como un epifenómeno de la mencionada "discapacidad" que, en realidad, resultó ser una práctica onanista incontenible cuyos orígenes pudo fechar con absoluta precisión.

En abril de 1982, mientras hacía un curso en el establecimiento escolar donde trabajaba, de pronto se sintió presa de una especie de *fading* del pensamiento, dominada por las ganas obsesivas de masturbarse. Describió ese día como un verdadero calvario, luchando dolorosamente contra la invasión de esta idea erótica, que sólo cesaría cuando regresara a su casa, a la noche, y pudiera entonces darle el curso correspondiente.

Confirmó que esta obsesión no había dejado de torturarla días y noches a partir de ese episodio, y que no tenía más remedio para calmarla que entregarse a la masturbación en proporciones físicamente horribles y, al mismo tiempo, completamente incompatibles con una vida profesional y familiar. Pero la "discapacidad" no se detenía allí.

Al mismo tiempo que se desarrollaba esta práctica cuya evolución sintomática no dejaba de resultar inquietante, la paciente iba siendo ganada, de una manera incontenible, por una legión de comportamientos insólitos, sin duda alguna *perversos* en el sentido, al menos, en que lo entendemos clínicamente.

De hecho, toda su actividad masturbatoria tenía el trasfondo de una serie de producciones fantasmáticas apoyadas en su universo cotidiano. En una palabra, el centro de esta actividad maniaca estaba exclusivamente circunscripto alrededor del fantasma de la masturbación de "sus hombres", es decir de su marido y sus hijos. Completamente obsesionada por la idea de que estos protagonistas familiares pudieran, a sus espaldas, entregarse a tal práctica, ejercía una vigilancia casi delirante a propósito de estos hipotéticos acontecimientos. Especialmente,

había organizado toda su vida cotidiana y la energía dedicada a las actividades domésticas alrededor de estrategias perversas que ella denominaba "las trampas de la masturbación".

Las sábanas se cambiaban todos los días, y cada mañana eran objeto de un examen microscópico. Lo mismo hacía con la ropa blanca y con diversas prendas de vestir de "sus hombres". Efectuaba un registro diario sistemático en el cuarto de sus hijos. Había dispuesto, subrepticamente, en los baños de la casa, revistas eróticas encontradas en el fondo de un cajón del escritorio de su hijo de dieciséis años. Llevaba un cómputo del promedio de tiempo pasado en los cuartos de baño por los diferentes ocupantes de la casa. Y otras cosas por el estilo.

La mención pormenorizada de estas múltiples observaciones, que estaban puntuadas por veinte o treinta sesiones de masturbación diarias, me dejó mudo durante un cierto tiempo. Al menos hasta el momento en que algo muy paradójico se me presentó durante el desarrollo de estas manifestaciones sintomáticas, principalmente entre este frenesí masturbatorio incontenible y la curiosidad perversa de la paciente por el onanismo de los otros. Me parecía que faltaba un eslabón intermedio entre estas dos series de acontecimientos. Afortunadamente tuve la idea de hacérselo notar.

De hecho, muy pronto se me aclaró la naturaleza del síntoma que permitía comprender la vinculación establecida entre estas conductas aparentemente contradictorias. Con grandes dificultades, esta mujer terminó por informarme que experimentaba, en realidad, una violenta fobia al esperma desde los primeros días de la puesta en acto de su manía masturbatoria. Como es lógico, esta fobia le parecía absolutamente irracional. Pero, así como por un lado podía asociarla al desarrollo irreflexivo de sus sospechas onanistas respecto de los demás, por el otro le parecía extraña al ejercicio incontenible de su propia masturbación.

Muchas sesiones se dedicaron entonces a la descripción desgarradora de su calvario cotidiano, esencialmente proporcional a sus defensas contrafóbicas. Muy probablemente, esa era la naturaleza auténtica de su "discapacidad". En efecto, la fobia al esperma la obligaba a una autovigilancia persecutoria de los más mínimos hechos y gestos de la vida cotidiana. Este

síntoma invasor, asociado a la masturbación maníaca, no le ahorraba nada. Por ende, su existencia estaba programada por el desarrollo de rituales torturantes.

Todos los utensilios domésticos habían sido personalizados como en un embargo judicial. Los objetos de higiene y de uso personal estaban almacenados en un armario con candado, cuya llave ella siempre llevaba consigo. En la mesa utilizaba sus propios cubiertos guardados en un armario especial. Los instrumentos culinarios eran objeto de una asepsia encarnizada. El consumo de ropa blanca alcanzaba proporciones vertiginosas, pues no resistía demasiado tiempo a los tratamientos purificadores de los que era objeto. Sus prendas de vestir y su ropa interior eran sometidas diariamente a una desinfección digna de la esterilización de los quirófanos. Dormía "aparte", y lo hacía completamente vestida. Los diversos lugares para la higiene personal estaban condenados a largos y pacientes fregados antes de su utilización. Por otra parte, era ésta una de las razones que la habían llevado a interrumpir su actividad profesional y que la mantenían en un enclaustramiento casi permanente. Como ya no podía ir a los baños públicos, había llegado a no encarar el menor desplazamiento sin estar munida de pañales para adultos incontinentes...

Sin prolongar más allá el detalle de este calvario contrafóbico, mencionaré que durante algunos meses las sesiones se dedicaron a la reconstitución laboriosa de esta dolorosa descripción cotidiana.

Llevábamos un año de tratamiento —y a esa altura en verdad yo no oía gran cosa— cuando una mención inesperada llegó a desanudar la situación. En el transcurso de una sesión, la paciente me relató que su madre la había visitado unos días antes. Describía este acontecimiento como un hecho trivial bastante típico pero placentero, en todo caso lo suficientemente tranquilizador como para que se me ocurriera la idea de preguntarle cómo había podido dominar sus impulsos masturbatorios y sus otros rituales de escrutación aséptica durante aquel día. Por fastidiosa que haya sido mi intervención, el efecto interpretativo fue inmediato.

Tras un profundo momento de perturbación, la paciente reconoció que la cuestión no se había planteado a lo largo de

toda la visita, durante la cual, por otro lado, la madre le habló largo y tendido de su padre.

Sin que pudiera yo elaborar ese día nada explícito, ése fue, sin duda alguna, un momento analítico fecundo. De manera incontrolada, es decir sin razón inmediata, la exhorté en el acto a que conversara seriamente con su madre acerca de las condiciones de su nacimiento. Sorprendido yo mismo por la audaz intromisión de mis propias palabras, detuve la sesión con este interrogante.

La sesión siguiente fue apabullante. La paciente había seguido mi prescripción y había interrogado esa misma noche a su madre sobre el objeto de mi curiosidad. La transferencia funcionó muy atinadamente; con toda certeza, la pregunta no había sido formulada con inocencia: "Mi analista querría saber cómo nació". Y la madre le respondió inmediatamente con un tono muy elocuente: "¿Cómo lo supo?"

La secuencia denegada ya estaba a medias confesada. Si, por mi lado, yo parecía no saber nada, la paciente, en cambio, fue instruida por las confesiones de su madre. Si bien había asumido muy adecuadamente la función paterna, su padre no era su progenitor. Había conocido a su madre cuando ésta estaba embarazada de tres meses y, consecuentemente, se había casado con ella muy pronto. En cuanto a la madre, según parece afectivamente muy voluble, era incapaz, a la sazón, de imputar una presunción certera de paternidad a ningún hombre.

El secreto cómplice entre el padre y la madre fue guardado aparentemente muy bien. Si bien la hija no supo nada oficialmente, hay que admitir que la cosa le fue oscuramente significada por los protagonistas parentales.

Esta mujer se había quedado completamente atónita por las revelaciones maternas. Yo no lo estaba menos tras haber escuchado —fue a mi pesar— el núcleo significativo que había sido forcluido en su historia. La disposición de la fobia debía parecerme entonces de una increíble simplicidad.

Esta mujer había nacido el 13 de enero de 1947. Por lo tanto, había sido concebida en abril de 1946. Su fobia al esperma, inmediatamente condensada bajo la forma de una compulsión masturbatoria, surgió en abril de 1982, es decir a la edad de treinta y seis años menos nueve meses: con una

diferencia de una semana, exactamente la edad que tenía su madre cuando ella fue engendrada.

La revelación aritmética fue sumamente saludable.⁵ La fobia, con sus componentes rituales y masturbatorios, desapareció en pocos días. Muy angustiada ante la idea de un resurgimiento posible de sus síntomas, la mujer prosiguió su cura durante algunas semanas.

Desde entonces no se manifestó ninguna recidiva. Al menos, es lo que me ha confirmado cuando le pedí recientemente la autorización para exponer el presente fragmento clínico, que en mi opinión ilustra lo que sucede con la paternidad en relación con la función paterna, aun cuando el progenitor esté escotomizado.

Notas

1. Véase Lacan, J., *La relation d'objet*, *op. cit.*, seminario del 5 de junio de 1957, p. 365: "Se trata de saber si el padre, en efecto, va a dar pruebas".

2. He dedicado un análisis más exhaustivo a la "función paterna" en mi obra *Le père et sa fonction en psychanalyse*, París, Point Hors Ligne, 1989.

3. Aporto también la ilustración de manifestaciones perversas en un caso de histeria masculina, *ibid.*, cap. V: "La fonction paternelle et ses avatars", pp. 90 y ss.

4. Al revisar este trabajo no puedo evitar asociar la "discapacidad" de mi paciente con la "tontería" de Juanito. Véase Freud, S., "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)", *op. cit.*, t. X. Leemos en la página 27: "La tontería —así llama él a su fobia..."; p. 29: "¿Quieres ir conmigo el lunes a casa del profesor, que te puede sacar la tontería?"; p. 43: "Pero si la tontería era que te habías pensado que un caballo te mordería...", etc. Lacan retoma todo un trabajo sobre el significante en su seminario *La relation d'objet*, *op. cit.*, y especialmente sobre la idea de que la fobia-tontería se pesca como si fuera una enfermedad. Véanse los seminarios del 10 de abril de 1957, p. 296; 8 de mayo de 1957, p. 317: "Juanito dice todo el tiempo: *wegen dem Pferd* —es su cantinela—, *a causa del caballo me pesqué la tontería*"; 15 de mayo de 1957, p. 319: "Dice cada vez con mayor convicción: *Me pesqué la tontería*", p. 320, etc. (en todas las citas, el subrayado es del autor).

5. Esta historia clínica ilustra, a mi entender, de manera ejemplar lo que Lacan no dejó de demostrar en *La relation d'objet*, *ibid.*, al explicitar minuciosamente el caso de Juanito: ante todo, la fobia es una cuestión de significantes. El "significante fóbico" (seminario del 22 de mayo de 1957, pp. 346-347) tiene "en primer lugar la propiedad de ser un *significante* oscuro [...]; desde algunas perspectivas es *insignificante*" (seminario del 8 de mayo de 1957, p. 307, subrayado por el autor). Oscuro, en efecto, por ser tanto "necesario" (seminario del 23 de enero de 1957, p. 145), cuanto "organizador"

(seminario del 20 de marzo de 1957, p. 234) e "imposible" *ibid.*, p. 235). Además, "este significante sintomático" (seminario del 10 de abril de 1957, p. 288) es de naturaleza tal que se abrocha con cualquier significado a partir de una *imagen*. Esta imagen es la del caballo, para Juanito ("caballo de angustia"*), el *esperma* para mi paciente (podría decir también "esperma de angustia"). Pero lo importante es que en ambos casos se trata de calmar lo real insoportable: el descubrimiento de la *ausencia de falo en la madre* y el intento de reconstruir míticamente ese real portador precisamente de una angustia incoercible, *vía* el miedo, por ende *vía* la fobia —tal como Lacan la define precisamente en el seminario del 3 de abril de 1957, p. 278: "la conjunción de lo imaginario con la angustia"—, de suerte que se vuelva viable.

* Véase Freud, S., "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", en *op. cit.*, t. X, p. 1. Lacan retoma este significante *Angstferde* para demostrar que con la entrada en el juego de la fobia, pese al término, es mucho menos de angustia de lo que se trata que de miedo. Véase *La relation d'objet*, *op. cit.*, seminario del 20 de marzo de 1957, p. 245: "Una cosa es cierta, y es que, ante los *caballos de angustia*, *Angstferde*, y pese al tono que le da a dicha palabra, no es angustia lo que [Juanito] experimenta, sino miedo [...] La fobia no es en absoluto la angustia" (el subrayado es del autor). Volvemos a encontrar el significante principal: "caballo de angustia" en los seminarios del 10 de abril de 1957, p. 283, y del 5 de junio de 1957, p. 369.

8

El perverso y su goce *

Las perversiones siempre han tenido mala prensa. Sin embargo, contrariamente a las apariencias y a los lugares comunes, la cuestión de las perversiones es, en primer lugar, doblemente compleja: por un lado, en razón de los resortes psíquicos que ponen en juego; y por el otro, en virtud del carácter desconcertante de sus realizaciones. Por lo tanto, no es sorprendente comprobar hasta qué punto los malentendidos más groseros acompañan a las perversiones. Tenemos como prueba todas las tergiversaciones de las que suelen ser objeto en los medios masivos de comunicación. Esos comentarios poco afortunados traducen el desconocimiento fundamental que reina en este dominio.

Tal desconocimiento de la significación del proceso perverso siempre parece tomar consistencia a partir de los mismos puntos ciegos. Por un lado, la perversión es constantemente asociada a la idea de una manipulación, que sería estratégicamente desplegada por el perverso, con la finalidad de *dañar*. Por el otro, la perversión está casi siempre relegada al rango de los avatares de la *perversidad*. Tanto en un caso como en el otro, el énfasis recae sobre la dimensión de la transgresión de las normas establecidas.

Las perversiones no pueden ser referidas a connotaciones tan desafortunadas y mezquinas. Las actualizaciones perversas no obedecen, prioritariamente, a la prosecución de objetivos deliberadamente perniciosos. A tal punto que, si se pueden

* Capítulo redactado a partir de una conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de Amiens, el 27 de junio de 1991.

identificar algunas conductas estratégicas en el curso del proceso perverso, estas estrategias se ejercen mucho menos con la finalidad de *dañar* que con la finalidad *ágozar*. Es justamente este goce el que ejerce indiscutiblemente en el otro un polo de atracción que, a la vez, seduce y fascina pero vuelve tan a menudo las perversiones inadmisibles. De hecho, ese goce no puede ser adquirido más que al precio de la *transgresión*.

El perverso tiene la audacia de actuar a la luz del día aquello que atormenta secretamente a todos sin autorizarse jamás a darle cumplimiento. Por otra parte, allí se sitúa una línea divisoria radical entre la estructura de los perversos y la de los neuróticos, es decir la diferencia que existe entre un *acto auténticamente perverso* y la *construcción de un fantasma*.¹ El perverso es sucesivamente estratega, prestidigitador, jugador y director teatral de pases mágicos hipnotizantes que nos dejan siempre atónitos, aunque sea por un instante. De hecho, ese poder de seducción encuentra infamablemente su punto de detención lógica. El libreto perverso cae siempre en el momento preciso de su apogeo, punto culminante de su enceguecimiento respecto de la posibilidad de franqueamiento de un punto de no retorno.

En el summum de su escenificación, el perverso descubre, en efecto, con horror y angustia, el límite de su propio montaje imaginario. Fracasa allí donde su goce lo lleva a creer lo contrario, es decir en el momento fecundo en que se imagina por fin que domina lo que lo excita, y en el que se ilusiona sobre el hecho de que va a conseguirlo embaucando a su *partenaire*. El lugar de su fracaso es siempre el mismo: aquel en el que resulta derrotado su enceguecimiento en la *renegación de la castración*, con las implicaciones que ello supone respecto de la diferencia entre los sexos.

En este sentido, el libreto perverso es más una parodia trágica que un exutorio real para la posibilidad de un goce ilimitado. Por esta razón, el perverso es en primerísimo lugar víctima de su propio montaje. Es su juguete en el sentido de las determinaciones psíquicas que lo condenan al mismo. Las perversiones nos remiten a la lógica singular de una organización psíquica, es decir a una *estructura*. Ello recusa la idea de que las desviaciones perversas sean maquiavélicas. Por añadi-

dura, esta estructura atestigua mucho más la captura de un sujeto que lo que predica a favor de su liberación.

Más allá de su inextinguible "*voluntad de goce*" (Lacan), el perverso es prisionero de una economía deseante imposible, al menos por la elección de las vías de cumplimiento capaces de ponerla en acto. El compromiso que lo anima lo conduce siempre a la misma tentativa de demostración: intentar probar la existencia de un más allá de la diferencia de los sexos. Así, el perverso se agota en el intento de dar esta prueba, para descubrir continuamente que él mismo se ha quedado en un más acá: todo el goce del perverso está orquestado con arreglo a esta apuesta.

Si se quiere tratar de desbaratar esta reputación genérica de libertinaje, de perdición y de escándalo que acompaña aún demasiado a menudo la representación de las perversiones, hay que esforzarse por comprender los pormenores psíquicos de lo que está en juego. Quiérase saberlo o no, la perversión es asunto de todos, al menos en razón del "núcleo perverso" incrustado en la dimensión originaria del deseo de cada cual. Encuentra su punto de arraigo lógico en el proceso del desarrollo de la *sexualidad llamada normal*. Es la famosa *perversión polimorfa* del niño especificada por Freud.²

Freud nos lleva así a reconocer que no hay perversiones sino sólo *perversiones sexuales*. Ello no nos conduce a concluir que todos somos necesariamente perversos, sino más bien a comprender cómo estos componentes "normales" de la perversión van a encontrar, en algunos sujetos, factores determinantes favorables que darán lugar a una fijación irreversible. Es otra manera de mencionar lo que Lacan, después de Freud, designa como *punto de anclaje de las perversiones*.³

¿Cuáles son entonces los *resortes metapsicológicos* movilizadas por el proceso perverso? ¿Cuáles son sus *modos de interacciones específicos* que contribuyen a determinar un espacio de configuración particular que se denomina *estructura perversa*?⁴ Estos son los interrogantes preliminares que deben abordarse si se quiere captar cuál es la modalidad de goce de los perversos.

La estructura perversa se caracteriza por una organización psicosexual específica en el sentido de que las vías de

realización del deseo que induce recuerdan siempre el mismo orden: la relación ambigua de la que el perverso no consigue nunca desprenderse frente al enigma infantil planteado por la diferencia de los sexos. Oscuramente atormentado por *la ausencia del pene en la madre* —y, más allá, en las mujeres—, el perverso se vuelve decididamente el artífice de su propio tormento haciendo una cruzada contra el horror de la castración.⁵ Se trata de una búsqueda incesante para la cual no parece existir más que una sola salida: movilizar el deseo en estrategias de goce complejas en relación con diversos objetos sexuales.

Remitámonos sin demora a un caso clínico que ilustra muy directamente este componente arcaico en funcionamiento en las perversiones.

Se trata de un joven *voyeur* de veintidós años particularmente torturado por la ausencia de pene en las mujeres. Su compulsión voyerista incesante lo conducía a poner en juego estas aptitudes en las escaleras mecánicas de las grandes tiendas y de los aeropuertos. Su ritual perverso se había iniciado de una manera bastante artesanal. Había fijado un espejito en el extremo de un hilo de alambre que disimulaba en la manga de su saco. Armado de este instrumento óptico, perseguía entonces a las mujeres en las escaleras. Ubicado detrás de su víctima, dejaba deslizar el alambre a lo largo del brazo y observaba así, a sus anchas, durante el ascenso en la escalera mecánica.

El dispositivo no era muy discreto. Ello le valió una buena cantidad de dificultades con la policía de las grandes tiendas y de los aeropuertos, lo cual lo conducía por regla general ante la justicia. Sin duda lo importante era ver, pero también correr el riesgo de ser visto mirando. *Ser visto mirando* es uno de los objetivos perseguidos de continuo en las conductas voyeristas.⁶ Este componente esencial del goce del *voyeur* consiste en tratar de recibir la vergüenza y humillación imaginadas en el otro que es visto.

Durante sus observaciones, este joven *voyeur* se masturbaba gracias a la disposición particular de uno de los bolsillos de su pantalón. Con todo, sus observaciones no lo conducían al orgas-

mo, lo cual explica la repetición incansable del ritual, que lo mantenía ocupado varias horas por día. Para gozar, hacía falta que se reuniera un conjunto de condiciones. La observación de una mujer con portaliagas lo excitaba muchísimo, pero jamás lo suficiente como para conducirlo a la eyaculación. En cambio, la observación de una mujer sin ropa interior lo ponía fuera de sí. La seguía entonces con obstinación hasta eyacular. Según él, este caso se daba al parecer mucho más frecuentemente de lo que se puede imaginar. Así, también había comprobado que las rubias teñidas eran estadísticamente mucho más numerosas que las morenas teñidas.

Sin embargo, al haber sido objeto de demasiados arrestos policiales, este *voyeur* había mejorado su instrumento de observación. Gracias a los servicios de un amable zapatero, se había hecho confeccionar un "zapato óptico" (*sic*). Imaginen ustedes un espejito articulado y recubierto de cuero, que calzaba exactamente en la parte superior del extremo del zapato. Con un golpé en el talón, el espejo se daba vuelta y las imágenes maravillosas aparecían entonces con la mayor discreción. Estaba exultante de alegría con los servicios inestimables que le brindaba tal invención. Durante muchas sesiones, me relataba entonces, con lujo de detalles, el producto de sus múltiples observaciones.

Un día, me pareció sin embargo que estaba viendo demasiado; más exactamente, que describía mucho más de lo que veía. Por fin, decidí salir de mi propio enceguecimiento y me entregué a la siguiente experiencia crucial: dispuse un espejito a mis pies y advertí que, situado a la altura de un hombre, la estrechez del campo óptico no permitía ver casi nada, y sobre todo nada parecido a la riqueza de fantasmagorías visuales que este paciente me contaba. Huelga decir que yo no me encontraba en una escalera para llevar a cabo mi pequeña experiencia crucial. A la sesión siguiente, le confié, para su gran sorpresa, el resultado de mi observación. Se sintió tan perturbado que sus peregrinaciones visuales cesaron durante varios meses. Desgraciadamente, el resurgimiento de la pasión le resultó fatal, ya que lo condujo a la cárcel durante algún tiempo. Nunca más lo volví a ver luego de su encarcelamiento.

Este breve fragmento clínico nos indica muy claramente que el goce de este perverso no residía, hablando con propiedad, en la visión de la ropa interior o del sexo de las mujeres. Se sostenía esencialmente en representaciones imaginarias para las que el espejo era un mero pretexto. Se trataba, ante todo, de exorcizar la angustia de castración, movilizada por la diferencia sexual; vale decir, de tratar de ver lo que no puede ser visto: el famoso pene faltante en la mujer, otra manera de evocar el *falo* y, de un modo más general, la cuestión de la *atribución fálica* al Otro.

La atribución fálica tiene que ver con una *construcción fantasmática* originada en las teorías sexuales infantiles,⁷ que el niño desarrolla para responder a la pregunta por la diferencia de los sexos. La atribución del falo a la madre (y a la mujer) es una de las respuestas elaboradas por el niño. *Concibe* en la madre algo que habría debido estar: el pene faltante. Al no percibir inmediatamente la bipartición de los sexos en lo real de su diferencia, el niño la fantasmaliza de entrada en torno de la atribución de un objeto que por ende, supuestamente, le falta a la madre. Así, instituye la existencia de un *objeto imaginario* que debería estar. En este sentido, la *castración*, que es la simbolización de la diferencia de los sexos, está irreductiblemente ligada a la dimensión imaginaria del *falo* y no a la ausencia o a la presencia del órgano: *el pene*.⁸

Ello permite suponer toda la mediación de la función del padre en el transcurso de la dialéctica edípica, es decir, más precisamente, la dialéctica que debe jugarse entre el padre real, el padre imaginario y el *padre simbólico*,⁹ en relación con la madre, con el niño y con el cuarto elemento que es el falo. Todo lo que está puesto en juego en la trayectoria edípica contribuye así a conducir al niño a la simbolización de la prohibición del incesto que es, ante todo, la ley del padre simbólico, es decir la ley de aquel que supuestamente está en posesión del objeto fálico.

En esta dialéctica edípica, conviene insistir, en lo tocante a las perversiones, en la articulación delicada que puntúa uno de sus tiempos esenciales: *el pasaje del ser al tener*, es decir uno de los primeros grandes momentos estructurantes que interviene para el niño en el curso del complejo de Edipo. En torno de

este pasaje del ser al tener podemos poner en evidencia el *punto de anclaje de las perversiones* anteriormente mencionado. Dicho punto no puede ser aprehendido fuera de la *lógica fálica*, ya que atestigua precisamente cierto modo de adhesión a la dimensión del deseo y de la castración.

En la linde del complejo de Edipo, mientras la madre encarna para el niño el Otro omnipotente, no hay más salida que identificarse uno mismo con el objeto capaz de colmar su falta. En estas condiciones, la diferencia de los sexos resulta recusada, dado que la autosuficiencia materna parece ser la única dimensión que rige el orden del deseo. Esta creencia, contemporánea de las teorías sexuales infantiles, tiende a instaurar a una madre no castrada, al estar imaginariamente colmada por el niño. Consecuentemente, no se le hace ningún lugar a la existencia de un *deseo otro* (que el suyo) que podría interferir con el deseo de la madre.

La presencia encarnada por el padre en la realidad no cesará de cuestionar tal convicción imaginaria. Esta presencia real del padre, o su realidad significada al niño por el discurso de la madre, introducirá tarde o temprano una mediación perturbadora para esta certidumbre. Así, progresivamente, el niño entrevé el develamiento de un universo de goce nuevo y *extraño*, es decir prohibido. Toda vacilación del goce originario del niño se encuentra allí. Pero, en cambio, constituye para él el punto de origen de un saber desconocido sobre el deseo de la madre y, en consecuencia, sobre su propio deseo.

Por intermedio del padre, el niño se ve así conducido a presentir nuevas cuestiones en lo concerniente a la diferencia de los sexos. Es el momento mismo de la *rivalidad fálica*, tal como la observamos en el complejo de Edipo. En un terreno semejante, los significantes dirigidos al niño revisten una importancia decisiva, ya sean maternos o paternos. A través de estos significantes, el niño percibe las referencias que le permitirán vectorizar su deseo más allá de este cuestionamiento, especialmente hacia ese nuevo horizonte que constituye para él la *dialéctica del tener*.

Al renunciar a la identificación fálica —*ser o no ser el falo del Otro*— el niño se orienta hacia un componente nuevo de la diferencia de los sexos: *tener o no tener el falo* que la madre

castrada desea. En razón de este momento decisivo y de las apuestas que lo sancionan, los mensajes significantes pueden también comprometer al niño en una dirección que se obstruye para él, por no poder remitir más lejos la cuestión de la diferencia sexual. Al dejar en suspenso el cuestionamiento del niño sobre el objeto del deseo de la madre, el discurso materno le permite plantear este interrogante más allá del lugar donde la identificación fálica había situado un punto de detención. Sólo esta puesta en suspenso puede movilizar al niño hacia otra parte que lo distancia de la apuesta deseante inmediata que negocia con la madre en rivalidad con el padre.

Si este suspenso encuentra el menor soporte para inmovilizarse, si nada incita al niño a producir el esfuerzo psíquico necesario para interrogar, más allá, la cuestión planteada por el deseo de la madre, entonces el niño se instala y se fija en un *entre-dos*. Esta suspensión, inducida alrededor del cuestionamiento de su identificación fálica, predetermina un modo particular de economía deseante respecto de la Ley y de la castración que funda la organización de una *estructura perversa*.

El perverso se fija y se encierra en la representación de una *falta no simbolizable*, que lo conduce a mantener a pesar de todo la *denegación de la castración en la madre*. Lo hace tanto más cuanto que el padre no consigue estar completamente desasido de su investidura fálica. Sin embargo, esta denegación de la castración de la madre no puede sostenerse sino en ciertas y determinadas condiciones. Es menester que el niño, al menos, haya percibido la incidencia paterna como causa del deseo de la madre.

Por consiguiente, en los perversos, hay coexistencia de *dos contenidos psíquicos que se sostienen contradictoriamente*. Uno *toma nota de la falta* de la madre y de su dependencia deseante frente al padre. El otro *recusa esta falta* y contribuye a reforzar el fantasma de una madre no castrada. Para mantener este equilibrio psíquico antinómico, el perverso recurre a un expediente preciso. Si la madre desea al padre porque ella está castrada, y si, por lo demás, el padre es un intruso, un rival, porque posee el objeto que la madre desea, entonces es necesario y suficiente proveer a la madre de ese objeto faltante que es el falo para que la cuestión de la diferencia sexual quede

neutralizada. Todos los perversos permanecen así fijados a esta estasis psíquica, a este "entre-dos" que constituye el pasaje dialéctico del ser al tener.

En consecuencia, es asimismo en el espacio de este entre-dos donde gozan. La denegación del perverso recae esencialmente en la cuestión planteada por el deseo de la madre en relación con el padre, por lo tanto sobre el problema mismo de la diferencia de los sexos. En este sentido se predispone a tolerar las angustias del *horror a la castración*. Aunque sabe algo de la diferencia de los sexos percibida como causa significativa del deseo —tanto más cuanto que la madre está castrada—, aceptar algo de esta diferencia es, al mismo tiempo, reconocer la incidencia simbólica del padre y admitir la dependencia deseante de la madre respecto de éste. Esta es la implicación lógica que induce y mantiene en el perverso el horror a la castración.

La única fórmula que resume acertadamente el goce de los perversos es la siguiente: "Lo sé, pero aun así".¹⁰ Esta proposición ilustra el compromiso imposible al que suscribe el perverso entre el horror a la castración y la construcción fantasmática de una madre omnipotente. Aunque el compromiso sea insostenible, el perverso se aferra a él para neutralizar la angustia de castración. Esta predeterminación fija cierto tipo de administración del deseo que se manifestará bajo la forma de aspectos característicos en la relación con la Ley, y en elecciones de goce estereotipadas con las mujeres. Sin más trámite, podemos ilustrar este punto por medio de un fragmento clínico de exhibicionismo.

El *exhibicionismo* traduce siempre una reafirmación fálica frente a la angustia de castración. Un exhibicionista trata de conjurar esta angustia que le suscita imaginariamente la visión del sexo de la mujer y, principalmente, su ausencia de pene. En la medida en que su víctima encarna el objeto de su angustia, la exhibición va a desempeñar el papel de un gesto "exorcizante". El sujeto intenta así afirmar la vinculación de su identidad sexual con la función fálica.

El perverso a quien voy a referirme era un *exhibicionista masturbador*, especialista en cabinas telefónicas que elegía

siempre con mucho cuidado en virtud de su aislamiento. El ritual exhibicionista se desarrollaba entonces siempre idéntico a sí mismo. El sujeto esperaba que su víctima hablara por teléfono para presentarse frente a la puerta de entrada de la cabina con el miembro en erección. Se masturbaba entonces fijando la mirada en la mujer. La mayor parte del tiempo —explicaba— sus víctimas esperaban aterrorizadas, y sin tratar de salir, que él hubiera llegado al término del acto. Según él, las mujeres no podían evitar mirar su sexo. Por otro lado, esta fascinación es lo que producía en él el elemento esencial de su excitación. Cuando su víctima le parecía estar a punto, es decir en el apogeo del terror, entonces eyaculaba contra el vidrio de la cabina telefónica.

Un día, sin embargo, este libreto se malogró. Una joven, sin duda menos desamparada que las otras, se alzó la falda y se masturbó al mismo tiempo que él. Entonces, todo el proceso de goce quedó invertido. De ser triunfador, el goce masturbatorio pasó a ser inmediatamente vergonzoso. De pronto, la víctima devenía "fálica", tratando de gozar sin pene, lo cual era la prueba misma del horror a la castración.

Prosiguió, empero, su exhibición masturbatoria, no sin precisar sin embargo que la "masturbación salvaje" (*sic*) de esta mujer había arruinado toda su excitación. No obstante, terminó por eyacular como siempre, pero, para exorcizar ese goce "fallido" (*sic*), se puso a lamer el esperma que chorreaba en la puerta de vidrio de la cabina telefónica. Este último gesto estaba destinado, indudablemente, a neutralizar la humillación que había padecido por la inversión de la situación en detrimento suyo. Al haber pasado, muy a su pesar, de la posición de exhibicionista a la de *voyeur*, necesitaba, mediante un último acto perverso, reafirmar en el *desafío* la situación de dominio de la que había sido destituido. Ello no escapó sin duda a la mujer, quien inmediatamente puso término a sus impulsos, ante la conclusión inesperada de su compañero.

Volvamos ahora más directamente al *punto de anclaje de las perversiones*, que es tributario de algunos equívocos significativos procedentes del padre y de la madre. Sin extenderme demasiado en este punto,¹¹ he de recordar, sobre todo, la

intervención de dos series de factores favorecedores: por un lado, la *complicidad libidinal de la madre*; por el otro, la *complacencia silenciosa del padre*.

La complicidad libidinal de la madre se desarrolla, ante todo, en el terreno de la *seducción*. Se trata de una verdadera seducción erótica mantenida en la realidad, es decir, de un llamado libidinal de la madre que moviliza al niño para hacerla gozar eróticamente. Por lo tanto, el niño no tiene más salida que acoger las asiduidades de la madre como *testimonios de reconocimiento y de aliento* a las actividades eróticas que mantiene con ella. Esto se desarrolla también en el terreno del *dar a ver, a oír, a tocar o a sentir*. La duplicidad inconsciente de estas madres consiste en permanecer ambiguas, incluso mudas acerca del sentido de la intrusión paterna. No invalidan nada, pero tampoco le confirman al niño el compromiso de su propio deseo respecto del padre. Así, el lugar del padre sigue siendo cada vez más perturbador y enigmático. Esta suspensión significativa de la cuestión del deseo de la madre no hace más que reavivar la actividad libidinal del niño respecto de ella. De modo tal que se ve llamado a buscar siempre más lejos el objeto de su goce, aunque sea con la esperanza de disipar las dudas que tiene sobre el sentido de la instancia paterna, que la incitación cómplice de la madre invita, por otra parte, a tomar a broma.

En el campo de este dispositivo, se origina uno de los rasgos más característicos de la estructura perversa: el *desafío*. La denominación es bastante afortunada puesto que el niño queda cautivo de la seducción de la madre y de la prohibición inconsciente que ésta le significa por lo general en el *aparentar*. No hace falta mucho más para que el niño entienda un verdadero llamado a la *transgresión*. Empero, esta ambigüedad materna sólo tiene incidencia determinante porque recibe, como un eco, el refuerzo de la *complacencia tácita de un padre* que se deja desposeer de sus prerrogativas simbólicas; sobre todo delegando su propia palabra en la de la madre, con todo el equívoco implicado por este mandato. Ello no quiere decir que hace caso omiso de la palabra del padre. La madre de los perversos no le hace la ley al padre. En este sentido, no es una madre "*fuera de la ley*" (Lacan). El niño sigue confrontado con la dimensión de un deseo referido a la ley del padre, pero la significación que reci-

be no está esencialmente vehiculizada por la palabra del padre.

La complacencia silenciosa del padre refuerza así el equívoco de una madre que se vuelve embajadora de la prohibición. Por un lado, la salida psicotizante queda desbaratada, pero, por el otro, la delegación paterna de la significación de la prohibición librada a los buenos cuidados maternos captura al niño en una alternativa intratable: alternativa entre una *madre amenazante y prohibidora*, en virtud de su condición de alcahueta de la palabra simbólica del padre, y una *madre seductora* que alienta al niño a hacerla *gozar* fuera de los límites, tomando a broma la significación estructurante de la ley del padre.

Esta alienación del niño, atrapado en la intriga de la seducción materna y en la incuria simbólica del padre, está preñada de consecuencias. Contribuye a crear, en el perverso, un doble modo de goce en sus relaciones con las mujeres, el cual es directamente tributario de los vestigios inconscientes de su sujeción a la madre. Toda representación de la mujer reactualizará, por eso mismo, una doble serie de componentes fantasmáticos. Por una parte, la *madre fúlica*, la *madre omnipotente*, porque *no está incompleta*, que volveremos a encontrar en la *idealización de la mujer* omnipotente y virgen de todo deseo, objeto puro y perfecto, fuera del alcance y tan interdicta como imposible. Mujer de la que sólo se puede esperar, en el mejor de los casos, benevolencia y protección, aunque más no sea al precio de soportar la sanción por haberse concedido el lujo de querer desearla. Allí viene a alojarse el goce del masoquista, en los malos tratos, en los latigazos, en los azotes en las nalgas y en el tormento torturante que el perverso va a buscar junto a su *partenaire* falicizada.

Por otra parte, la mujer también puede metaforizar a la *madre rechazante y abyecta*, es decir a la *puta*, más repugnante porque se manifiesta como *deseante y deseable*, es decir como castrada, objeto inmundo que se ha comprometido con el deseo del otro —el padre— y sometida a la castración. Esta encarnación femenina remite *ipso facto* al horror a la castración y a esa repulsión habitualmente expresada por la abyección del sexo femenino fantasma tizado como una herida abierta y repugnante. Por dicha razón, la criatura femenina debe expiar su falta imperdonable.

Me parece que una última referencia clínica podrá esclarecer mejor esta problemática.

Se trata de un caso de *comportamiento sádico* asociado a una *práctica ondinista*. El acto perverso sádico reviste siempre, fundamentalmente, la misma significación. En nombre de los vestigios edípicos inconscientes, se trata de sacrificar a la madre/mujer, y extraer el máximo provecho de tal sacrificio gozando. En realidad, el sádico trata de negar, de destruir a la madre, identificándose con un padre violento y excesivo. El acto sádico apunta a reproducir un coito heterosexual, pero invirtiendo uno de los componentes principales. Allí donde, normalmente, el hombre goza del goce que despierta en su pareja, el sádico, en cambio, goza del sufrimiento y de la humillación que le inflige. Como es lógico, la crueldad sádica se produce muy frecuentemente en un espacio reducido: el de la intimidad sexual, aunque sea al precio de un libreto a veces exterior respecto de ese punto culminante.

El fragmento clínico en el que me voy a detener concierne a un hombre que se había vuelto autor de un libreto complejo en la medida misma en que su goce perverso resultaba de un montaje "en etapas". Su objetivo último era conseguir gozar de su propia esposa con los malos tratos.

Muy tempranamente atraído por prácticas de ondinismo, el paciente había establecido su libreto perverso de la siguiente manera: cuando lo atacaba la "crisis" —así designaba él a su montaje perverso— iba a prostíbulos o a lo de compañeras fortuitas y complacientes, con las cuales se entregaba siempre al mismo rito sexual. Con ayuda de un espéculo, orinaba en su vagina o en su recto. Esta práctica ondinica lo ponía en un estado de excitación tal que podía entonces diferir su goce durante varias horas, a condición, empero, de que la víctima capaz de conducirlo a ello fuera su mujer. Entonces se desarrollaba un libreto cuyos más mínimos detalles estaban perfectamente calculados.

Le imponía a su esposa que bebiera de una vez entre dos y tres litros de agua. Su goce se iniciaba con la idea de hacerla esperar lo máximo posible, antes de autorizarla a orinar. Deambulaba luego con ella, durante varias horas, en auto o en

las calles, para que ella no pudiera orinar. Estas sesudas peregrinaciones los conducían por lo general a su casa, donde la esposa agotada le suplicaba que se detuviera. El la hacía esperar, mientras abreviaba los circuitos. Y procedía así hasta el momento inevitable en que la esposa, no pudiendo contenerse, empezaba a orinarse en la ropa interior. Entonces daba comienzo la tercera fase del libreto.

Volvían a la casa. Insultaba a su mujer cubriéndola de las peores injurias obscenas. Le prohibía orinar hasta tanto ella no hubiera lamido primero el fondo de su ropa interior, que luego debía lavar. Por último, al final de todo, le daba permiso para que orinara delante de él. Pero apenas comenzado el acto de la micción, la interrumpía de inmediato sodomizándola brutalmente. Sólo después de esta penetración salvaje, la esposa, por fin liberada de sus sevicias torturantes, podía orinar en su sexo en erección, provocando así la eyaculación.

Este caso reclama un comentario justificado ya que se ajusta a la configuración fantasmática que acosa a todos los perversos. El perverso sadizará tanto mejor a su criatura como un objeto infame cuanto que siempre le será posible gozar de su carácter repugnante.

No podríamos concluir sin meditar en las palabras de Piera Aulagnier:

[...] de la cuestión perversa jamás podremos decir que no nos concierne, seguros como estamos de que la misma, de cualquier manera, *nos* concierne.¹² *

Notas

1. A propósito de esta diferencia entre "acto" y "fantasma" perverso, véase J. Clavreul, "Le couple pervers", en *Le désir et la perversion* (1967), París, Seuil, col. "Points", N° 124, 1981, pp. 108-109.

* El verbo utilizado en el original francés es *nous regarde* (nos concierne), cuya traducción literal resulta imposible. No obstante, es importante destacar que *regarder* no sólo significa "concernir" sino también, y primariamente, "mirar", de lo cual resulta un interesante juego de palabras que alude a la dimensión escópica de la problemática perversa expresamente trabajada por Joël Dor en el presente capítulo. [T.]

2. Véase al respecto Freud, S., parte II, "La sexualidad infantil", cap. 4: "Las exteriorizaciones sexuales masturbatorias", en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit.*, t. VII, p. 168.

3. Véase Dor, Joël, cap. 10: "Punto de anclaje de las perversiones y manifestación del proceso perverso", en *Estructura y perversiones*, *op. cit.*, pp. 95-100.

4. Véase Dor, Joël, "Perversion", en *L'apport freudien*, bajo la dirección de P. Kaufmann, Paris, Bordas, 1993, pp. 314-321.

5. Véase Dor, Joël, cap. 11: "El horror de la castración y la relación con las mujeres. El desafío y la transgresión" y cap. 12: "La ambigüedad parental inductora del proceso perverso y el horror de la castración. *Fragmento clínico*", en *Estructura y perversiones*, *op. cit.*, pp. 107-114.

6. Véase Bonnet, G., *Voir-être vu*, t. 1 y 2, Paris, PUF, 1981.

7. Véase Freud, S., "Sobre las teorías sexuales infantiles", en *op. cit.*, t. DÍ, p. 183.

8. Véase Dor, Joël, cap. 10: "Punto de anclaje de las perversiones y manifestación del proceso perverso", en *Estructura y perversiones*, *op. cit.*, pp. 95-100.

9. Véase Dor, Joël, cap. IV: "Le père réel, le père imaginaire et le père symbolique: la fonction du père dans la dialectique oedipienne", en *Le père et sa fonction en psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 51-65.

10. Véase al respecto el notable artículo de O. Mannoni "Je sais bien, mais quand même..." (comunicación a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, noviembre de 1963), en *Clefs pour l'imaginaire ou l'Autre scène*, Paris, Seuil, col. "Le champ freudien", 1969, pp. 9-33.

11. Véase *supra*, en este mismo capítulo, nota 8.

12. P. Aulagnier-Spairani, "Remarques sur la féminité et ses avatars", (8 de febrero de 1966), en *Le désir et la perversion*, *op. cit.*, p. 79, (el subrayado es de la autora).

9

La servidumbre estética de los travestis *

La "servidumbre" de los travestís no representa en sí misma nada más pero tampoco nada menos que la de todos los perversos.

Sin embargo, los clínicos suelen dejar de lado el aspecto "estético" del problema. Pocos trabajos se le han dedicado al travestismo y, en cuanto a los que existen, el acento recae, las más de las veces, en la erótica singular de estos perversos y lo que supone en términos de ambigüedad en el nivel metapsicológico. En este sentido, por ejemplo, son escasas las observaciones dedicadas al "develamiento" de la aptitud para el travestismo en el adolescente. Y cuando existen,¹ subsisten aún muchas confusiones semiológicas y clínicas entre el "verdadero" travestismo y el transexualismo masculino.

Algunas observaciones, de las que me gustaría dar cuenta, me han permitido elucidar ciertas particularidades psíquicas en relación directa con las coerciones estéticas del travestismo, especialmente en el plano del sojuzgamiento especular y corporal.

Previamente, me parece oportuno disipar una confusión que reina aún demasiado a menudo entre travestismo y transexualismo. Un travestí no es un transexual. Y, de la misma manera como hay que distinguir el transexualismo masculino

* Este capítulo, redactado a partir de una conferencia pronunciada el 8 de marzo de 1990 en el gran anfiteatro de Sainte-Anne, en el marco del Centre de Recherches et d'Études Freudiennes dirigido por R. Dorey, ha sido publicado en forma de artículo en *Adolescence*, 1990, tomo 8, Nº 2, pp. 217-232.

del transexualismo femenino, debemos hacer la misma reserva en cuanto al travestismo masculino y femenino. Así como los "verdaderos" transexuales son transexuales masculinos (hombre "transformado" en mujer), los "verdaderos" travestís son hombres. Por otra parte, es en virtud de esta identidad sexual masculina como tienen que ver, en el sentido pleno del término, con una estructura perversa.

Los transexuales son sujetos víctimas de una *disforia sexual*, es decir de un estado psicológico que manifiesta un desacuerdo completo entre el sexo de su cuerpo y el papel social asumido por las personas de su sexo. Por ende, sufren al no tener el cuerpo que corresponde a su identidad sexual psíquica.

Los *sex-shops*, por ejemplo, explotan generosamente esta confusión con la sola finalidad de excitar la imaginación de todos aquellos cuyo erotismo está "a la espera de". Allí encontramos un cargamento documental de sujetos hormonados con grandes senos y el pene en erección, etiquetados bajo la rúbrica "trans". La población nocturna que trabaja en el Bois de Boulogne también recibe la misma apelación confusa. No obstante, en los auténticos medios transexuales, la exuberancia audaz —hasta atlética— de esta erótica está totalmente minimizada, por no decir recusada.

Por su parte, el travestí no sufre en modo alguno de disforia sexual; y éste es un punto de radical diferencia que lo separa del transexual.

Todo ocurre, en efecto, como si la bisexualidad fuera rechazada por el transexual, al menos en el sentido en que no encontraría integración en los umbrales de la adolescencia, lo cual lo conduciría a recusar su propio sexo. Por el contrario, en el travestismo, esta bisexualidad está precozmente integrada en la adolescencia, pero lo está según una modalidad marginal que permite sostener la renegación de la castración, a la manera de todos los perversos.

Por añadidura, en el adolescente futuro travestí, la supresión de las pruebas de la masculinidad queda inscripta, de entrada, en la ilusión; es decir, como lo veremos más adelante, en el terreno de una parodia de la femineidad.

Hecha esta aclaración, no deja de ser cierto que los travestís

constituyen una población heteróclita y compleja frente a la cual conviene saber posicionarse.

He de retomar aquí, decididamente, una distinción aportada por Rosolato², quien tiende a dividir esta población de travestís en tres grandes grupos:

1) *Los travestís heterosexuales*, en quienes el ejercicio de esta perversión se limita esencialmente al campo de la relación sexual propiamente dicha. En este sentido, esta conducta presenta cierta cantidad de puntos de encuentro con el fetichismo.

2) *Los travestís exhibicionistas*, que desarrollan más sus investiduras perversas en el registro del espectáculo y de la escenificación. De allí la importancia esencial de la función del *develamiento*, ya que lo que va a gobernar el goce es, sobre todo, la identificación con la madre fálica.

3) Por último, los *travestís homosexuales* que, las más de las veces, están asociados a la prostitución masculina. En esta última categoría debemos ubicar a los "falsos transexuales", es decir a los travestís transformados genitalmente en mujeres por obra de la cirugía para facilitar el comercio de la prostitución. En esta vertiente, la seducción predomina sobre todo en el campo de la parodia de la seducción femenina. Con todo, existe una particularidad que he confirmado en la mayoría de los travestís prostituidos con quienes he podido conversar: en lo más vivo de sus arrebatos emocionales, no pierden jamás la ocasión de recordar a sus "clientes" el estado de su anatomía sexual anterior. Ese momento constituye el apogeo de su goce, es decir el instante de la revelación, en que el travestí devela lo que tiene de más caro y con lo cual consigue sobornar a su compañero.

De una manera más general, todos los autores convienen en distinguir al travestismo de la homosexualidad.

Por mi parte, en cuanto a las cuestiones que voy a desarrollar a continuación, me referiré simultáneamente a estas tres categorías de travestís que he encontrado.

En todos los casos, el perverso es un jugador cuyo juego principal consiste en subvertir la realidad. Como lo recomj



Jean Clavreul, el perverso parece decirnos que "la realidad, por sí misma, no es bastante excitante como para interesarse en ella".³ Y de hecho, no cesa de desafiarla en beneficio de su propio goce. Como sabemos, esta subversión de la realidad se inaugura, en el perverso, con la *renegación de la ausencia de pene en la madre*. En nombre de esta recusación, se siente invitado a cumplir esa insaciable carrera lúdica a través de la cual se exterioriza el fantasma según el cual "la realidad no vale sino por la manera como se la aborda".⁴

Por no haber reparado en que la ausencia de pene en la madre era una *falta de falo*, el perverso suscribe a esta lógica singular que consiste en creer —y en hacer creer— que "la falta de falo en la madre puede permanecer no vista".⁵ Y, de hecho, la ilusión se sostiene en la medida en que "una falta no se ve: se deduce".⁶ Así se inicia y prosigue la inextricable confusión falo-órgano en el perverso.

Presentimos esta confusión ya en la *histeria*. Luego, halla su plato fuerte en el campo de las *perversiones*, para culminar, por último, de una manera hipostasiada, en los *transexuales*?

Por ejemplo, la recusación fálica de la mujer homosexual nos indica a las claras que ha quedado fijada un poco más acá de la castración que la histérica. Al no tener falo, la homosexual va a esforzarse por demostrar a los hombres su superioridad frente a las mujeres. Ya que lo que importa es tener el falo, conviene subyugar a un hombre mostrándole que se puede cumplir lo que él no puede hacer, es decir dar el falo a una mujer. Al estar castrado, un hombre nunca puede darle a una mujer lo que no tiene. La superioridad amorosa de la mujer homosexual se debe pues a la ilusión siguiente: identificarse en primer lugar con los signos masculinos de la atribución fálica; encerrarse luego en esta posición en la que ella misma representa el falo para una mujer.

En esta situación imaginaria podrá entonces, como un hombre, hacer gozar a una mujer y gozar de ella; incluso más y mejor que un hombre, ya que no necesita pene para conseguirlo. Desde este punto de vista, la homosexualidad nos impone la conclusión de que la distinción falo-órgano es un poco más oscura de lo que parece en la *histeria*.

El *fetichista*, por su lado, va a dar un paso más en la

renegación de la castración y, por consiguiente, en la recusación fálica. Si el fetichista reniega ciertamente la atribución fálica del padre, lo consigue manteniendo subjetivamente esta atribución a la madre (y a la mujer), por medio de la investidura del *objeto fetiche* que le permite escapar a la homosexualidad.⁸

El *travestí* va a llevar aun más lejos la recusación de esta atribución fálica. Va a constituirse él mismo en una representación fantasmática de lo que la madre (y la mujer) *debe tener*. Contrariamente a lo que podríamos pensar en un primer momento, el travestí *no está identificado con la madre o con la mujer*. Pone en escena el velo detrás del cual tiende a hacerse representar a sí mismo, no como una mujer sino como el falo que ésta debería tener. Por otra parte, toda la cuestión de su goce se juega para él en este develamiento. Es el elemento mismo de su excitación sexual, que él asume con el órgano anatómico que es el suyo. En ningún caso podría desistir de la presencia de este órgano, ya que su goce está combinado con esta puesta en escena en la realidad.⁹

Por tanto, en muchos sentidos la identidad sexual del travestí no se sostiene sino a través de la mirada del otro, convocado como garante tercero de la atribución fálica. Esta estrategia es válida en la medida en que la atribución fálica queda así recusada en sus últimas consecuencias, es decir al precio de la mascarada y de la superchería sobre la identidad sexual femenina. Es así como la dimensión estética está inevitablemente referida al centro de la escena en el travestí, al punto que éste termina por inmolarsse en un sometimiento implacable.

Querría abordar este punto desde una perspectiva que concierne directamente a la noción misma de la femineidad.

Si usualmente se estila convenir en que el hombre es quien hace a la femineidad,¹⁰ idénticamente podríamos convenir en que es la mujer la que instituye la *virilidad*.¹¹

En su obra *De la seducción*,¹² Jean Baudrillard defiende la tesis de la femineidad como *principio de incertidumbre*. Según él, la femineidad haría "vacilar los polos sexuales".¹³ No sería el polo opuesto al masculino, sino, por el contrario, el que aboliría la oposición distintiva misma. Además, allí donde la femineidad es más incierta, la duda es mayor. Ahora bien, es precisamente

en. el juego mismo de la femineidad, es decir en los travestís, donde resulta ser más incierta.

Para Baudrillard, lo que animaría al travestí es sobre todo el juego de la indistinción de los sexos:

El encanto que ejercen sobre sí mismos proviene de la vacilación sexual y no, como es habitual, de la atracción de un sexo sobre el otro.¹⁴

Y Baudrillard prosigue del modo siguiente:

Para que haya sexo, es menester que los signos dupliquen el ser biológico. Aquí, los signos se separan y, por lo tanto, ya no hay sexo hablando con propiedad. Y aquello de lo que se enamoran los travestís es el juego de los signos, y lo que los apasiona es seducir a los signos mismos. Todo en ellos es maquillaje, teatro, seducción. Parecen obsesionados por el juego del sexo, pero lo están por el juego, en primer lugar, y si su vida parece más investida sexualmente que la nuestra, es porque hacen del sexo un juego total, gestual, sensual, ritual: una invocación exaltada, pero irónica.¹⁶

Que el travestí goce *seduciendo a los signos de la femineidad* es un componente esencial de esta perversión. De hecho, la dimensión de la *seducción* es una característica fundamental del travestismo a la que debemos remitir la fascinación que ejerce en el otro. Como lo destaca igualmente Baudrillard:

Una mujer/no mujer moviéndose en los signos está más en condiciones de ir hasta el final de la seducción que una verdadera mujer ya justificada por su sexo. Ella sola puede ejercer una fascinación sin mezclas porque es más seductora que sexual.¹⁶

En efecto, siempre que aparece el sexo real estamos confrontados con el punto culminante de esta fascinación ordenada al goce. La seducción parece así más sublime que el sexo como tal. En el travestí, la seducción se acrecienta por obra de una implacable parodia de lo femenino. No se trata solamente de una anexión efectuada por el hombre de la panoplia de seducción de la mujer. Es una parodia de la femineidad *tal como los hombres la imaginan* y la ponen en escena. El travestí no cesa de poner el acento en el hecho de que la femineidad se reduce

solamente a los signos con los que los hombres la disfrazan.

En nombre de esta parodia el travestí se condena a sí mismo a ser el esclavo de la *estética femenina*. Por otra parte, semejante servidumbre puede, en ocasiones, limitar con la dimensión de la Estética misma, en el sentido filosófico del término.

Como prueba válida propongo recordar los tormentos estéticos de un creador como Pierre Molinier. Célebre artista bórdeles descubierto por André Bretón, Pierre Molinier, más que a la pintura, va a consagrarse al procedimiento fotográfico como medio más apropiado para expresar su perversión, es decir, esencialmente, el travestismo.

Gozaba tanto fotografiándose a sí mismo como travestí como observándose luego en las fotografías. En otros términos, gozaba de la propia fascinación que ejercía sobre él mismo. De hecho, este goce se orquestaba en dos momentos: el tiempo de la fotografía misma, en el que se travestía en mujer adoptando poses eróticas, y el tiempo del "develamiento" de los clisés fotográficos que retocaba para transformarlos en obras de arte.

Su goce perverso era una curiosa mezcla en la que, no sin cierta genialidad, a la erótica más provocativa se aliaban las emociones estéticas y metafísicas, como atestigua el breve extracto que sigue:¹⁷

En esta fotografía, un poco a la izquierda del hombro izquierdo, mi cara de "vieja zapatilla" se refleja en un espejo, espejo en el que admiro la perspectiva del agujero de mi culo violado, traspasado, de mis piernas enfundadas y de mis pies calzados con tacos altos, espectáculo que me calienta soberbiamente.

Mi verga está envuelta con medias de mujer muy finas. Agitándome en un movimiento de vaivén, el consolador me cosquillea voluptuosamente el agujero del culo; mi polla tan sutilmente enfundada siente un placer extremo agitándose sobre almohadones que son "muslos". Me resulta difícil resistir demasiado tiempo: así, el orgasmo me sorprende en una extraordinaria avalancha de felicidad, hasta perder la sensación de existir, placer de ser sodomizado y de sodomizar a mi vez, placer extraordinario que nos hace alcanzar la única verdad de nuestra razón de existir, que nos permite resolver el problema de la androginia inicial; fenómeno que nos hace perder la noción del espacio y del tiempo, que nos precipita, nos sumerge en

"un tiempo de la muerte" que se pierde en lo inexplicable del infinito, un tiempo sin límites, sin fin ni medida."

A su manera, Pierre Molinier nos ha dejado una verdadera obra estética de los efectos de su propia seducción óptica a la que él se sacrificaba sin contar.

Intentemos recentrar esta problemática de la parodia femenina en la lógica psíquica del travestí.

La función del travestismo es ante todo una función de defensa ante la angustia de castración movilizadora por la percepción de la diferencia de los sexos, es decir, aquí, la ausencia de pene en la mujer. Así, la indumentaria metaforizará la *renegación de esta ausencia*. El travestí, por lo tanto, no deja de sostener la contradicción entre un cuerpo provisto de un pene y una mascarada femenina que alcanza su cuerpo de hombre.¹⁹ Así actualiza la escisión psíquica de la que nos habla Freud en su célebre estudio sobre el "Fetichismo".²⁰

Exhibir el pene bajo una ornamentación femenina traduce, en el travestí, la ilusión imaginaria a la que no puede renunciar. En este sentido, existen algunos puntos de cruce entre el travestismo y el fetichismo.²¹ Amén de la problemática fálica que regula de ordinario el curso de las perversiones sobre el modo de la *renegación*, el travestí y el fetichista comparten esa relación imaginariamente alienante con el padre idealizado de cuyas insignias de atribución fálica intentan apropiarse, por no poder reconocérselas.

El *fetichista* lo consigue con la ilusión de una elección de objeto fálico con el que dota a la mujer. El *travestí* se dedica a una adhesión invertida, es decir una elección indumentaria que lo devela, tanto a sus propios ojos como a los de los demás, tal como la madre-mujer *debería ser*. Tanto en un caso como en el otro, si la mujer se pone a distancia como objeto amenazante porque está "castrada", no deja de ser un objeto abordable por intermedio de artificios imaginarios. De hecho, he podido constatar que una buena cantidad de travestís mantienen relaciones sexuales con mujeres de la misma manera como un hombre busca en ellas su goce fálico.

En este sentido, la distinción previamente mencionada entre "travestís heterosexuales" y "travestís homosexuales" es

ambigua. En la efervescencia libidinal que sigue a la "revolución de la pubertad",²² el adolescente travestí primero va a "buscar su camino" acumulando, de una manera lábil, una serie de experiencias a la vez homosexuales y heterosexuales. Así, sólo ulteriormente esta distinción entre travestís "homosexuales-heterosexuales" cobrará algún sentido en términos de elección de objeto. Por otra parte, una buena cantidad de travestís llamados "homosexuales" suele estar determinada en esta práctica por razones externas, ligadas principalmente a coerciones materiales y sociales que conducen a la prostitución. Otros travestís —no prostituidos— mantienen relaciones llamadas "heterosexuales" bajo una modalidad masculina, aunque con una "apariencia de mujer".

He conocido a varios que mantenían relaciones estables con mujeres. Su goce fálico no les impedía por ello sodomizar a los hombres o a las mujeres, o incluso hacerse sodomizar a sí mismos, pero sólo en la medida en que dichas prácticas existen en los intercambios heterosexuales entre mujeres y hombres, fuera de toda estructura perversa circunstanciada.

En el *fetichista*, la escisión entre sexo y vestimenta desemboca en una solución de "clausura" *via el objeto fetiche*. Por ejemplo, la elección de la ropa interior fetiche clausura la hiancia provocada por la diferencia de los sexos. El objeto vestimentario es tanto más apreciado en tanto vela y provee a la mujer de lo que se supone que le falta. En este sentido, sólo puede pertenecer a una única mujer, elegida, ya que instituye por sí mismo su atribución fálica. El fetichista entonces puede ofrecerse el lujo de un goce orgiástico contemplándolo, tocándolo. Sólo la marca femenina interiorizada en el objeto (el olor, la forma, la talla, etc.) basta para gobernar su goce fálico.

Una vez más, este goce puede encontrar perfectamente puntos de asunción sublimatoria en la dimensión de la Estética. Recordemos por ejemplo al pintor John Kacere quien, desde hace veinticinco años, sublima su fetichismo en la reproducción de la ropa interior femenina. En realidad, a través de la mujer y de las prendas interiores, no deja de dar impulso a un verdadero encanto destinado a taponar la falta.

Si todo su éxito parece apoyarse en el erotismo que se le atribuye a sus obras, en realidad su trabajo expresa muy

directamente el tipo mismo del goce del fetichista. Baste como prueba ese esfuerzo de hiperrealismo que constituye lo esencial de su talento: expresar mediante la pintura el satinado de los tejidos, la textura de la piel, la caída de las telas, la sutileza de las transparencias en la anatomía de las erotizadas caderas femeninas.

No podríamos expresar mejor que él mismo cómo el fetichismo taponaba sin tregua la escisión entre la apariencia y la realidad:

Aunque la moda, año tras año, imponga a la mujer nuevas obligaciones y coerciones, siempre me encanta la lencería que la hace sexy. Por otra parte, tengo una cómoda cuyos cajones desbordan de bragas de todo tipo, de portaliqas de toda variedad, de medias multicolores. Poseo una colección innumerable de ropa interior, desde la pequeña braga de satén liso hasta el kimono ricamente ornamentado. Pero jamás estoy satisfecho, nunca poseo lo suficiente.²³

Y Kacere prosigue:

No pienso que mi pintura sea erótica ni sexual. La sexualidad, el erotismo, se expresan en la acción. No hay ninguna acción en mis pinturas. Sólo contemplación. La de un deseo persistente, un deseo sin fin, que me esfuerzo por traducir. Así, mi prosecución de este deseo no tiene término.²⁴

El *travestí* va a sostener su propia escisión poniendo el acento esencialmente en la apariencia. No se trata, como para el fetichista, de enmascarar la ausencia de pene de la madre (mujer) sacralizando lo que puede ocultar su sexo o lo que se encuentra metonímicamente ligado a él. A él le conviene mantener lo más que pueda la ilusión en la realidad: disimular el pene real detrás de la apariencia de la mascarada corporal y vestimentaria femenina.

En su totalidad, la estética femenina funciona como un velo respecto de la cuestión enigmática del sexo de la mujer. De alguna manera, la mascarada femenina está destinada a neutralizar lo femenino sexuado como tal. Por esta razón, la voluptuosidad del *parecer femenino* se paga con el precio de coerciones tiránicas. Nada tendría que ser sacrificado para que

el travestí le rinda así homenaje, dentro de su cuerpo y sobre su cuerpo, a las insignias de lo femenino.

Desde este punto de vista, resulta interesante distinguir dos series de fenómenos subjetivos según que el "parecer femenino" se proponga a la mirada de los otros o, por el contrario, se ofrezca a la mirada misma del interesado. He de distinguir decididamente dos registros de coerciones. Por un lado, las *coerciones especulares*; por el otro, las coerciones estéticas locales, es decir esencialmente *corporales*.

En lo concerniente a las *coerciones especulares*, se trata más bien de subrayar la "servidumbre" del travestí ligada a su propia representación confrontada con su mirada, es decir ese momento de imaginización subjetiva en el que, alternativamente, se seduce y se fascina a sí mismo en calidad de mujer. Como veremos, esas "coerciones especulares" ordenan, de alguna manera, las "coerciones locales" que son, en lo esencial, somáticas e indumentarias, con el objetivo de asegurar el sustrato del "parecer femenino".

En el travestí, la función del espejo representa un momento de elaboración subjetiva capital. Es el momento mágico en el que se realiza la materialización especular de la imagen del hombre en imagen de mujer. Tal transformación supone, naturalmente, un elemento previo: *la inscripción de una representación psíquica de un prototipo femenino*. Vale decir que la proyección de este prototipo progresivamente va a adherirse, a superponerse a la imagen masculina percibida en el espejo. Así, la mutación se efectúa a la vez en el terreno imaginario y en el de la realidad. De alguna manera, la operación encuentra su salida cuando *la realidad aparece conforme a lo imaginario*. Ese es el momento delicioso de voluptuosidad en el que se construye la apariencia femenina. Es también un momento infernal en el que el cuerpo recuerda despiadadamente el orden de lo masculino, aunque sea al menos por los vestigios somáticos recalci-trantes que conviene enmascarar en forma permanente.

La mayoría de los travestís que he consultado al respecto siempre me han confiado más o menos lo mismo: el maquillaje es una operación que debe ejecutarse en el aislamiento más completo; en última instancia entre ellos solamente. Parecería

enconces como si el sostén del fantasma especular de la feminización no pudiera soportar la intrusión de la mirada de un tercero.

Aquí, algo parece jugarse en torno de la cuestión del "estadio del espejo".²⁵ En esta identificación primordial del niño en la que, por el contrario, la mirada del Otro viene a apuntalar el proceso identificatorio, el sostén de la mirada de la madre es lo que alienta principalmente este proceso de reconocimiento, es decir la asunción jubilosa de su verdadera identidad en función de la imagen especular que reconoce como suya.

¿Es casual que la asunción imaginaria de la identidad de otro sexo no pueda efectuarse sino en la ausencia de toda mirada tercera? La cuestión permanece abierta pero merece toda nuestra atención.

Otra observación que he podido efectuar concierne asimismo a la confrontación de los travestís con su propia imagen en el espejo. Sin duda no deja de haber alguna relación con la anterior. Algunos de ellos me han confirmado que rechazaban todo intercambio sexual con un *partenaire* masculino frente a un espejo, aun cuando este mediador erótico cumpliera plenamente su función excitante con mujeres. Excepto algunos travestís prostituidos que consienten en ello, como suele ser de buen tono en todos los laboratorios habituales de la prostitución, esta "escisión" sexual parece bastante constante en todos los otros.

¿Qué es lo que parece impedirle al travestí poder sostener su propia mascarada sexual con un hombre frente al espejo?

Parecería como si la mirada de un *partenaire* masculino en el espejo hiciera caer instantáneamente esa farsa femenina que está montada precisamente con gran refuerzo de lo imaginario, por el travestí, frente a ese mismo espejo. Sin duda, esta mascarada de la seudodiferencia sexual se desmorona por una sencilla razón: un *partenaire* masculino no puede dejar de recordar el orden de la diferencia real de los sexos. Volvemos a encontrar, en este proceso, algo del orden de la ambivalencia de los travestís para los homosexuales masculinos, la cual por otra parte puede virar bastante fácilmente hacia el odio.

Más allá de estas coerciones especulares subjetivas, volvamos ahora a las *coerciones estéticas locales* que les son solidarias.

El "parecer femenino" del travestí no se aloja jamás a la misma medida de las aspiraciones estéticas femeninas. Se trata, tal como le he mencionado anteriormente, de subvertir los signos de la femineidad más que de apropiarse de ellos. Además, el travestí se empeña para ello mucho más según la modalidad del cúmulo paródico que según la modalidad del estilo, de la inspiración o de la elección. Más que nunca, aquí, la necesidad de dar ilusión cobra la fuerza de la ley. Ante todo, conviene neutralizar los signos somáticos que *traicionan la virilidad*.

La empresa nunca es de corto aliento, ya que exige coerciones tan múltiples que los vestigios masculinos resultan recalci-trantes. Por otra parte, siguen siendo tanto más pregnantes cuanto que están sujetos a la holgura material de los travestís: ¡las diferencias sociales también existen en esta población marginal!

Detengámonos a examinar el problema del *cabello*. Siempre es una coerción difícil de circunscribir. De hecho, muchos hombres resultan rápidamente "desguarnecidos" o destinados a serlo. Amén de que los tratamientos hormonales provocan asiduamente efectos secundarios de alopecia, hasta caídas del cabello más o menos importantes. Uno de ellos me decía que sufría de calvicie a partir del momento de su transformación, de donde surgía la necesidad de recurrir a un tratamiento a base de poleína y de minoxidil para frenar el proceso. Como no hay milagros en la materia, había tenido que resignarse a llevar una peluca, siempre la misma, con la finalidad de presentar su "verdadera" cabeza, la que quería mostrar a los demás en forma permanente. De allí su conclusión resignada: "¡Necesito una bella peluca y sobre todo un buen peluquero!"

Otros travestís recurren también a los "implantes". Es una técnica incierta y, por otro lado, muy costosa.

Las coerciones ligadas a la *depilación* son, en muchos sentidos, aun más espinosas. Es una operación que se efectúa a dos velocidades. Una primera ofensiva tiene por objetivo eliminarla totalidad de los pelos superfluos: los del pecho, de los brazos, antebrazos, manos y piernas, así como la barba. La técnica más seria sigue siendo aún la depilación eléctrica por electrocoagulation. Por cierto, el método es excesivamente

prolongado ya que requiere reiteradas sesiones, principalmente por la barba. El tratamiento completo puede durar entre dieciocho meses y dos años antes de haber conseguido un "terreno realmente despejado".²⁶

Me parece que da cuenta de la amplitud del problema esta fórmula pintoresca mencionada por uno de los travestís: "Los pelos son como soldados organizados. Cuando una línea ha caído en el frente, otra línea se apresta para ponerse en la retaguardia".

En todos los casos, los pelos vuelven a crecer menos tupidos, menos fuertes, pero de cualquier modo vuelven a crecer. Por ende no es posible evitar la rutina de lo que se da en llamar el "mantenimiento" ordinario depilatorio de todas las mujeres: cremas y lociones depilatorias; depilación con cera caliente y fría.

En lo atinente al *tratamiento hormonal*, es normalmente prescripto y seguido por un médico endocrinólogo. La base de la prescripción es el *estradiol*. Esta hormona actúa muy ligeramente en la pilosidad, pero no tiene efecto alguno en la barba ni en la voz. A la larga, termina por provocar la atrofia de los testículos y la esterilidad. Pero su acción más manifiesta se produce en el nivel de los senos, que empiezan a desarrollarse después de algunos meses de tratamiento. Tras un tiempo que varía con cada sujeto, los senos terminan por adquirir cierto volumen y una forma redondeada significativa bajo el efecto prolongado del estradiol. Algunos travestís, impacientes, prefieren recurrir a intervenciones quirúrgicas estéticas destinadas a obtener rápidamente y "a medida" un busto de mujer con prótesis mamarias de siliconas.

El estradiol influye igualmente en la distribución de las grasas locales que se vuelven más "femeninas",²⁷ especialmente en el rostro, cuyos rasgos se afilan, y en la piel, que se afina. En el último caso, se trata de un gel estrógeno utilizado en forma de fricciones sobre el cutis, los brazos, el vientre y los muslos.

El problema de la *voz* de los travestís sigue siendo también una coerción crucial. Les parece inaceptable ser "mujer" y expresarse con una voz demasiado grave. Para ello hay dos soluciones. *Una intervención quirúrgica* para modificar el esta-

do de tensión de las cuerdas vocales, a fin de que las vibraciones sean más agudas. Es una solución a la vez delicada y costosa que, de todos modos, requiere una *reeducción vocal*. Pero esta reeducación es la segunda solución a la cual ningún travestí parece poder escapar. Aunque más trabajosa que la primera, conduce sin embargo a resultados satisfactorios. Exige ejercicios vocales regulares que llevan progresivamente a los travestís a hablar con "voz de falsete". Muchos de ellos confían este aprendizaje a la buena atención de los ortofonistas. Los más favorecidos se pueden procurar también algunas "clases particulares" con profesores de canto que les hacen trabajar las vocalizaciones.

Muchas veces, lo que resulta de todo ello es esa voz específica, insegura, que a su vez revela la mascarada. Por lo demás, las voces más sostenidas siempre terminan por traicionarse. Al comienzo de un diálogo, la voz de los travestís consigue mantenerse en el registro agudo conforme a lo que desean. Empero, si la conversación se prolonga, las cuerdas vocales se van agotando insensiblemente. También resulta curioso comprobar que los sonidos terminan por volver al nivel vocal masculino original al cabo de un rato, sin que el sujeto se dé cuenta, por lo cual experimenta una gran decepción cuando por fin se percata.

Queda por abordar un último punto, no menos coercitivo que los anteriores: el *maquillaje* y el *aparato vestimentario*.

Respecto del *maquillaje*, se puede registrar un dato constante en todos los travestís o en casi todos: el miedo a ser tomados por prostitutas. Tanto más cuanto que la opinión pública tiende a asimilar, lógicamente, los travestís a la prostitución.

Una "verdadera" mujer debe *seguir siendo natural*. Todos los travestís querrían poder utilizar poco o nada de maquillaje. En cambio, los travestís prostituidos se identifican de buena gana con sus homólogos femeninos, y de una manera perfectamente exagerada, para parecer más mujer que una mujer. Sin embargo, prostitutas o no, los travestís experimentan dificultades obsesionantes con el cutis, esencialmente en lo relativo a los vestigios refractarios de la barba y de las cejas.

En este sentido, el "maquillaje natural" sigue siendo un

piadoso anhelo. Si la naturalidad puede más, es sobre todo la de la mascarada, poco compatible con la preocupación de la discreción.

De una manera bastante parecida, observamos un desfase idéntico entre la *preocupación imaginaria de la discreción indumentaria* y su actualización en la realidad. De hecho, en el plano vestimentario, las coerciones también son pesadas. Como me decía uno de los travestís que conocí: "¡No es fácil encontrar zapatos de tacos altos número 42 o 44!"

A su manera, otro no dejaba de conñarme: "Cuando uno da comienzo a su transformación al llegar a los cincuenta, como fue mi caso, se hace muy difícil encontrar, para un buen '48' como yo, lencería que no esté destinada a la tercera edad".

Amén de la naturaleza de estas coerciones materiales, a los travestís les interesa sobre todo crear la ilusión más perfecta. No retroceden ante nada para poseer ese aparato vestimentario, pero no como el de las mujeres, sino como ellos se imaginan que los hombres *imaginan* a las mujeres. Por lo tanto, nada puede faltar a esa artillería indumentaria. Más allá de los imperativos cambiantes de la moda, la exigencia paródica no deja de ser fundamental. Por ello el travestí sitúa su estilo indumentario en los límites de la provocación erótica, tanto más cuanto que la morfología masculina suele ofender el perfil y el corte de algunas ropas y prendas interiores femeninas. Al respecto, uno de ellos me decía: "Comprarse una tanga o un corpino bien escotado es la consagración de nuestra femineidad".

Y, de hecho, suele ser en el terreno de la ropa interior donde la parodia conoce su máxima amplitud. Si los problemas relacionados con las pruebas de lencería se revelan delicados para los travestís, felizmente para ellos, la venta por correspondencia a través de catálogos ha resuelto la cuestión.

No obstante, bastante curiosamente, los travestís siguen siendo refractarios a algunas disposiciones femeninas, especialmente en lo concerniente a la variedad de gustos y al uso cambiante de ropa interior que son propios de las mujeres en esta materia. En su mayoría, siguen siendo tributarios de un capital de lencería frente al cual se revelan sólidamente cautivos, sean cuales fueren las circunstancias y las incomodidades eventuales de esos objetos.

Esta particularidad no deja de evocar cierta proximidad con el *fetichismo*. Para no dar más que un ejemplo, recordemos aquí el uso incondicional de los travestís de esa pieza de lencería denominada "portaligas".

En su obra *Histoire imprévue des dessous féminins*,²⁸ Cécil Saint Laurent menciona que la invención del *collant* femenino jamás ha conseguido destronar el uso del portaligas y de las medias con ligas. No obstante, observa, este uso se ha modificado por completo desde hace unos treinta años. En la actualidad, parecería que se ha vuelto manifiestamente deliberado en las mujeres. Además, añade, esta actitud sólo es adoptada en la medida en que está investida de una significación tanto para ellas mismas como para los otros:

Su uso no está tan extendido como en los tiempos en que servía únicamente para sostener las medias; pero una mujer que lo compra hoy lo hace con una intención erótica. Algunas sólo recurren al portaligas para una noche de la que esperan emociones. Incluso sucede que se lo pongan sólo para meterse en la cama.²⁹

En cuanto a este objeto de lencería, hay que convenir en que los travestís son totalmente refractarios a la flexibilidad de utilización. Todo ocurre, por el contrario, como si esa pieza indumentaria encarnara mágicamente uno de los emblemas de la femineidad a la que deben someterse a cualquier precio.

Sin insistir más allá de este muestrario de coerciones, resulta evidente que ninguna de ellas puede disuadir al travestí en su empresa paródica de adhesión a la femineidad. La captación subjetiva operada por la imagen de la mujer es indiscutible. La prueba es este último testimonio con el cual he de concluir: "Hay una suerte de complicidad y hasta de fascinación que se instaura con el espejo en el que uno se mira. Como si se tratara de una suerte de espejo mágico capaz, por sí mismo, de devolvernos esa imagen que hemos deseado tanto. Me ha sucedido mirarme a mí misma y tener necesidad de tocarme los senos y la ropa interior para estar segura de que era realmente yo misma".

1. Las múltiples observaciones de R. J. Stoller, para no citarlo más que a él, mantienen a menudo estas confusiones. Véase por ejemplo una de sus últimas obras, *Masculin, féminin?*, París, PUF, 1990.

2. Véase Rosolato, G., 1-) "Perversion", en *Encyclopédie médico-chirurgicale*; 2r) "Étude des perversions sexuelles à partir du fétichisme", en *Le désir et la perversion*, op. cit., pp. 7-40; 3-) *Essais sur le symbolique* (1969), París, Gallimard, col. "Tel", N° 37, 1985 (y especialmente el cap. "Généalogie des perversions", pp. 264-286).

3. Clavreul, J., "Remarques sur la question de la réalité dans les perversions" (conferencia pronunciada en la Société française de psychanalyse, el 7 de mayo de 1963). Primera publicación en *La psychanalyse*, N° 8, *Fantasme-Rêve-Réalité*, PUF, 1964, pp. 193-218, en *Le désir et la loi. Approches psychanalytiques*, París, Denoël, col. "L'espace analytique", 1987, p. 196.

4. *Ibid.*, p. 195.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. Véase mi artículo "L'identité sexuelle et le transsexualisme", en *Esquisses psychanalytiques*, N° 6, otoño de 1986, pp. 69-79.

8. Véase Freud, S., "Fetichismo" (1927), op. cit., t. XXI, p. 141.

9. Véase Dor, Joël, cap. 16: "Sexuación, identidad sexual y avatares de la atribución fálica", en *Estructura y perversiones*, op. cit., p. 143.

10. Véase P. Aulagnier-Spairani, "Remarques sur la féminité et ses avatars", op. cit., en *Le désir et la perversion*, pp. 54-79.

11. Véase Lacan, J., *Le savoir du psychanalyste* (1971-1972), seminario inédito del I de junio de 1972: "Sólo de una mujer, después de todo, puede decirse que sea viril. Si alguna vez ustedes han oído hablar al menos en la actualidad de un tipo que lo sea, háganmelo saber. ¿Cómo me interesaría! Por el contrario, si el hombre es todo lo que ustedes quieren, en el género virtuoso, vira a babor, hace alardes virando, vira lo que tú quieres, lo viril está en el campo de la mujer; ella es la única que cree en ello".

12. Baudrillard, J., *De la séduction*, París, Folio-Denoël, 1988.

13. *Ibid.*, p. 25.

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*, p. 26.

16. *Ibid.*

17. Se trata de un texto titulado "L'explication", que Molinier le había dirigido al presidente Georges Pompidou, acompañado de una fotografía, para un año nuevo.

18. Citado por G. Roux y J.-D. Vincent, "Les clichés de Pierre Molinier: au doigt et à l'oeil", en *Psychologie médicale*, 17, 9, 1985, p. 1338.

19. Véase Bonnet, G., "Le travestisme", en *Encyclopédie médico-chirurgicale*, 1985, 37390 A 10, p. 21.

20. Véase Freud, S., "Fetichismo", op. cit., t. XXI, p. 141.

21. Véase Bonnet, G., "Le travestisme", en *Encyclopédie médico-chirurgicale*, *op. cit.*, p. 21.

22. Véase Gutton, P. y Birraux, A., " 'Es virent qu'ils étaient nus'. Différence et complémentarité des sexes à l'adolescence", en *Psychanalyse à l'université*, t. VII, № 28, 1982, p. 672.

23. "Entretien avec Paul Brach", en *John Kacere*, Paris, Lavignes Bastille, Filipachi, 1989, p. 92.

24. /oid., p. 110.

25. Véase Lacan, J., "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" (comunicación realizada en el XVI Congreso internacional de psicoanálisis en Zurich, el 17 de julio de 1949), en *Escritos*, *op. cit.*, pp. 11-21. Véase también Dor, Joël, cap. 12: "El estadio del espejo y el Edipo", en *Introducción a la lectura de Lacan*, I, *op. cit.*, pp. 90-101.

26. Véase Douce, J., *La question transsexuelle*, Paris, Lumière et Justice, 1986. Véanse pp. 34 y 78. Hacen falta más o menos unas doscientas horas de tratamiento para llegar a depilar definitivamente un rostro. Pero todas esas sesiones son dolorosas y no pueden prolongarse mucho más allá de los veinte minutos.

27. Véase *ibid.*, p. 36.

28. Véase Saint Laurent, C., *Histoire imprévue des dessous féminins*, París, Herscher, 1987.

29. *Ibid.*, pp. 245-246.

10

Condensación y desplazamiento en la estructuración de los lenguajes delirantes *

Los mecanismos de "condensación" y "desplazamiento" señalados por Freud como agentes privilegiados del proceso primario en el modo de producción de las formaciones del inconsciente, al puntuar con apariciones decisivas el material mencionado por el sujeto en el espacio de la cura, constituyen, en el marco de la clínica de las neurosis, el testimonio primordial que se conoce respecto de la "otra escena".

Dichos mecanismos, en ocasiones particularmente fecundos en la articulación de la expresión, también pueden considerarse como los promotores esenciales que se activan en la *estructuración* de algunos discursos delirantes. Y esto no sólo ocurre en producciones tan puntuales como los neologismos sino también a través de elaboraciones mucho más organizadas del tipo de neolenguajes o glosolalias psicopatológicas.

En todos los casos, el acto de situar e identificar esos procesos que significan algo del deseo inconsciente, no sólo funda la posibilidad de una mejor inteligibilidad de algunos discursos delirantes, sino que también da lugar, por lo mismo, a la eventualidad de una intervención pertinente.

En la bibliografía psiquiátrica, que contiene una gran cantidad de observaciones sobre la psicopatología del lenguaje,¹ los notables trabajos de J. Bobon³ han agrupado de una manera muy atinada una serie impresionante de materiales clínicos

* Este texto ha sido publicado inicialmente en *Psychanalyse á l'université*, tomo VII, Nº 24, marzo de 1982, pp. 281-298.

re lacionados con los procesos de neoformación lingüística en los lenguajes delirantes.

Algunas observaciones muy finas ponen así en evidencia, con mucha certidumbre, la intervención de mecanismos de "condensación" y de "desplazamiento" que se ponen en juego en la estructuración de los discursos delirantes. Se trata de "muestrarios" que ilustran de manera espectacular la movilización de las determinaciones inconscientes en la elaboración de las neoformaciones lingüísticas.

A título introductorio, mostraré algunas de estas observaciones más representativas. En primer lugar, el ejemplo de neologismos exclusivamente contruidos por procesos de condensación. En segundo lugar, modalidades de expresión neolingüísticas mucho más elaboradas, del tipo de la glosolalia, en las que intervienen conjuntamente la condensación y el desplazamiento en relación con cuestiones inconscientes más complejas. Por último, un caso de neolenguaje directamente articulado con la situación transferencial en el transcurso de una cura.

El hombre-casita-en marcha y el pescachuellavacamacoruga

Desde la *Traumdeutung*, estamos familiarizados con la razón de ser de los procesos de neoformación lingüística que vienen a puntuar los contenidos manifiestos de los sueños. De *Propileno a Norekdal*,³ es posible situar el mecanismo de la condensación que opera continuamente en el trabajo de desfiguración onírica. En efecto, en el sueño de la "inyección de Irma", Freud ilustra muy bien la organización de la condensación que conduce a la elaboración del neologismo:

PROPI	^	(LO)
(AMI)	^	LEÑO

Este proceso tan habitual del sueño se encuentra asimismo en los lenguajes delirantes, donde parece asumir una función del mismo orden en articulación con los deseos inconscientes. Un ejemplo completamente privilegiado nos lo propor-

ciona la observación referida por Jaroslav Stuchlik y Jean Bobon.⁴ En él se pueden situar procesos de condensación particularmente interesantes en el sentido de que tienen que ver directamente con los dos procesos descritos por Freud a propósito del sueño:

- la condensación de las palabras (del tipo *propileno y norekdal*);
- la condensación de las imágenes (del tipo de las *personas colectivas*).

Esta observación presenta la ventaja de aportar materiales de condensación bajo la doble y solidaria forma de *neologismos* *Ineografismos* resultantes de una correspondencia estrecha entre lenguaje escrito y lenguaje dibujado.

El paciente observado por Stuchlik y Bobon produjo una primera serie de dibujos.⁵ Su carácter bastante inhabitual se debe sobre todo al hecho de que esas composiciones gráficas llevan a cabo algunos montajes mixtos de seres y objetos⁶ cuya organización heteróclita constituye entidades imaginarias, un poco a la manera de las construcciones de Max Ernst. Por otro lado, algunas de estas composiciones están sostenidas por participios presentes bastante inesperados,⁷ dado que estos neografismos se duplican con neologismos *ad hoc*, es decir: el *blekun*, el *vulrybrak*, el *slondal*, la *zelvul*, el *clochodom*.

Esta serie de neologismos-neografismos utiliza exactamente el mecanismo de condensación del tipo *propileno y norekdal*. Cuando restituimos la traducción de los términos checos, obtenemos los materiales siguientes:

"BLEKUN", es decir "el caballo balbuceante"

Blekotatl
(balbucear)

Kun
(caballo)

"VULRYBRAK", es decir "el buey-pescado-cangrejo"

Vul
(buey)

Ryba
(pescado)

Rak
(cangrejo)

"SLONDAL", es decir "el elefante pedaleante"

Sion
(elefante)

Pedal
(pedales)

"ZELVUL", es decir "la tortuga-buey"

Zelva
(tortuga)

Vul
(buey)

"CLOCHODOM", es decir "el hombre-casita-en-marcha"

Clovek
(hombre)

Choditi
(caminar)

Domek
(casita)

Resulta tentador imaginar que se trata de un puro producto de la actividad lúdica, de un juego verbal resultante de neoformaciones construidas al azar. Coincidiríamos por otra parte con una idea acertadamente expuesta por Kraepelin,⁸ quien explica cómo tales neoformaciones resultan de contami-

naciones verbales que deben atribuirse al encuentro fortuito de "representaciones flotantes", no dirigidas. Esta teoría (bastante parecida a la concepción del sueño en Bergson) podría explicar, en cierta medida, el carácter pueril de dichos neologismos-neografismos. La teoría analítica sigue siendo, no obstante, mucho más apropiada para dar cuenta de estas neoformaciones.

Parece más pertinente sustituir los encuentros fortuitos de "representaciones flotantes" por el término "asociación", así como la idea de "formación azarosa" debe ceder el lugar a la de "formaciones de compromiso".

Si la actividad lúdica está indiscutiblemente presente (y Freud no deja de dar el ejemplo con la interpretación psicoanalítica del chiste), cabe pensar que esta actividad lúdica se manifiesta aquí más como una escapatoria, como una forma particularmente sofisticada de travestismo de las mociones libidinales, que como un propósito lúdico en sí mismo.

Por lo demás, estas neoformaciones no parecen tener que estar disociadas de la dinámica de los deseos inconscientes, dinámica particularmente apremiante, como lo demuestra la segunda serie de dibujos.⁹

Esta segunda serie de neologismos/neografismos se realiza a partir de seis "constituyentes gráficos" de base, es decir:

- un "pescado" (*poisson*)*;
- una "doncella" (*pucelle*) (dibujo de una joven desnuda);
- un "chupete" (*suçon*) (dibujo de un chupete/tetina de bebé);
- una "oruga" (*chenille*);
- una "vaca" (*vache*);
- una "máquina" (*machine*) (dibujo de una locomotora).

* Las palabras en bastardilla son las utilizadas por el autor en el original. [T.]

pescado (<i>poisson</i>)	doncella (<i>pucelle</i>)	chupete (<i>suco»</i>)	oruga (<i>.chenille</i>)	vaca (<i>vache</i>)	máquina (<i>machine</i>)
<i>poi ce lie</i> pes quella	<i>sucelle</i> chupella	<i>sucenille</i> churuga	<i>vachenille</i> vacoruga	<i>mache</i> maca	
<i>poisucelle</i> pescachupella	<i>sucelille</i> chupelluga	<i>suvachenüile</i> chuvacoruga	<i>machenille</i>		
<i>poisucelille</i> pescachupelluga	<i>sucevaíthelille</i> chuvai:oruga		<i>sumachenille</i> chumacoruga		
<i>poisucevachelille</i> pescachuellavacoruga			<i>sucemachenille</i> chuellamacoruga		
<i>poisucevamachenille</i> pescachuellavacamacoruga					

Los mecanismos de condensación se operan aquí bajo la forma de una fusión de formas y de estructuras lingüísticas simples, para culminar, según un proceso de complejización jerárquica, en "neologismos-neografismos" particularmente elaborados, que dan lugar a la construcción de un compuesto final bastante insólito.

Estas diferentes operaciones no aparecen tanto por obra de un efecto del azar sino que resultan de la incidencia de los deseos inconscientes que trabajan sobre el sujeto sin que él lo sepa. Por lo demás, la actitud del sujeto respecto de sus propias producciones es particularmente significativa.

Cuando se interroga a sí mismo sobre el origen de estos materiales, explica que surgen en su mente bruscamente; además, siempre queda perplejo ante sus propias obras de composición.

Las glosolalias, la condensación y el desplazamiento

Junto a las construcciones neológicas elementales del tipo anterior, algunas observaciones clínicas restituyen elaboraciones neolingüísticas aparentemente incoherentes y discordantes

por ser más ricas en materiales y en la medida en que permiten suponer una organización sintáctica, aunque sea rudimentaria.

Estas neoformaciones lingüísticas constituyen verdaderos neolenguajes y, de ordinario, se los designa, desde Flournoy, con el término *glosolalias*, vocablo tomado de la psicología religiosa e introducido en la terminología psiquiátrica desde su célebre estudio: *Des Indes á la planete Mars*.¹⁰

El estudio de las glosolalias es interesante, al menos por dos razones. En primer lugar, demuestra hasta qué punto los procesos de condensación y de desplazamiento están presentes en la formación de los lenguajes delirantes, indicando por eso mismo la importancia de los mecanismos inconscientes que intervienen en el trabajo del significante en el curso de los delirios. En segundo término, las glosolalias ponen el acento en la preponderancia de las determinaciones inconscientes infantiles capaces de promover los delirios.

a) Maeder y el "salisjeur"

Un ejemplo de glosolalia nos es referido por Maeder en el transcurso de una observación. F. R. es un demente paranoide internado desde hace dieciséis años:

Vive aislado como un trapense en medio de un centenar de enfermos igualmente crónicos. Nunca dirige espontáneamente la palabra a nadie, ni siquiera al médico que lo atiende con especial dedicación desde hace más de un año. Pronuncia largos monólogos, conversa en voz alta con enemigos imaginarios; escribe y llena cuadernos enteros pero no comprende nada de su propia lengua, ni de la escrita ni de la hablada. He aquí un ejemplo:

"In Merkwürdigenforbeihalt: laut Unser Kleinen Interesse der Biographie in Lebzeit! bleit für den Beihaltacodant Ein langer, Reigen Der Ofidend Zeit! im Heimat Statt; u Bilder-buch Eigener Schulbildung in Reien, Seeliger! bildung. Durch Unsere Lehrer u Pgfärer u Lehrfach! Meister und Unseriger Fach Asterfleiss. Der Ipsilong Y. gräcker Literatur! fom Klassischen Leitfaden, für und mit. Beihaltbeibehalt"."

Maeder se esforzará por descifrar este sistema de lenguaje delirante utilizando dos técnicas bien conocidas: la de las asociaciones libres y la proyectiva.

Y, de hecho, estos dos métodos le van a permitir hacer asomar, en ese lenguaje aparentemente incoherente, un vocabulario bastante rico y notablemente establecido.

El lenguaje de su paciente es la "Lengua de las Excelencias" [*die Excellenzsprache*] o "salisjeur" (*salischur*). Su lengua materna, el alemán, no es sino un dialecto utilizado por gente común. El "Salisjeur", en cambio, es un lenguaje superior, de suerte que su vocabulario está constituido enteramente por un conjunto de *denominaciones mejores* de las cosas existentes, manifiestamente en relación con sus preocupaciones inconscientes.

Así, aparece toda una terminología bastante rica que hace intervenir términos de origen alemán (su lengua materna) y francés. Dichos términos son objeto de modificaciones semánticas por obra del juego conjunto de mecanismos de condensación y de desplazamiento, del cual brindamos a continuación algunos ejemplos:

"horizontal"	—> derecha vertical
"paralelo"	—> línea horizontal
"agradable"	—> partes masivas, groseras de los objetos
"óptico"	—> partes delicadas de los objetos

En estos ejemplos, los términos están utilizados de una manera neológica en el sentido en que las modificaciones semánticas se fundan en una sustitución pura y simple de los significados en relación con los significantes.

Consideremos ahora los ejemplos siguientes:

"corporación"	—> lo que está en relación con el cuerpo humano
"proteriat"	—» proletariado
"agradación"	—> agitación
"topotiva"	—> movimiento de un pistón en el cilindro; pulsación; presión; puñetazo.

Aquí, las modificaciones semánticas se apoyan más en procesos de desplazamiento y de condensación, un poco a la manera de la metonimia y de la metáfora.

Otro término, *brojon*, resulta particularmente interesante, en el sentido de que su elaboración neológica no deja de evocar uno de los procesos de travestismo semántico que opera decididamente en el trabajo del sueño. Si *brojon* significa un gran libro rebosante de recetas médicas, el paciente asocia por lo regular a esa palabra el adjetivo "limpio", "sin mancha", es decir, precisamente, lo contrario de "borrador". Si se considera la pronunciación, y el hecho de que el paciente jamás ha tenido ocasión de aprender realmente el francés, se ve que existe una conexión semántica entre "brojon" y "borrador" [*brouillon*], pero ello de un modo alambicado, un poco a la manera del sueño, donde un elemento manifiesto como "ropa" remite al elemento latente "desnudez".

Estos pocos ejemplos¹² muestran bastante bien la influencia preponderante que han ejercido los procesos inconscientes en el transcurso de la elaboración del "Salisjeur". Por otra parte, Maeder observa que, desde el punto de vista sintáctico, los verbos y las conjunciones son infrecuentes y los pronombres prácticamente inexistentes, lo cual no puede dejar de evocar el carácter nítidamente regresivo, incluso infantil, de este lenguaje. Por lo demás, todo permite pensar en la dimensión de la regresión infantil. Volvemos a encontrar en el "Salisjeur" un predominio de la afectividad en razón del valor emocional de una gran cantidad de términos. Por otra parte, no es posible dejar de tener en cuenta la relación lúdica que el sujeto mantiene con su neolengua, que presenta algunos de los atributos esenciales de los lenguajes secretos infantiles, con lo que éstos vehiculizan en cuanto a preocupaciones inconscientes. Al respecto, la biografía personal del enfermo corrobora bastante bien la naturaleza de la problemática inconsciente que despunta en el "Salisjeur".¹³ La "lengua de las Excelencias", instrumento privilegiado de elaboración de un mundo imaginario, nunca es un mero instrumento compensatorio que, más allá de una existencia real decepcionante y penosa, viene a suscitar la ilusión de un acto más glorioso, traicionando así el deseo de liberarse de una modesta condición por obra de la magia

ilusoria del verbo. Y todo el interés de este estudio de Maeder consiste en haber hecho posible el abordaje de esta dinámica inconsciente descubriendo la clave de ese lenguaje delirante. Exploración posible gracias a la técnica de las asociaciones libres obtenidas a partir de cada uno de los materiales neolingüísticos inconscientemente forjados por procesos de condensación y de desplazamiento.

b) Flournoy y el "lenguaje marciano"

En el campo de las glosolalias, el caso Héléne Smith sigue siendo único tanto por su riqueza clínica como por la calidad del estudio que de él ha efectuado T. Flournoy.¹⁴ Restituyamos el contexto de la observación. Durante seis años (a partir de 1894), Flournoy asistirá regularmente a las sesiones de espiritismo de una joven médium glosolálica: Héléne Smith.

Héléne Smith era hija de un padre húngaro políglota y de una madre suiza que presentaba, según parece, numerosos fenómenos de automatismo mental. Durante su infancia y adolescencia, Héléne Smith desarrolla la sensación de que está cada vez menos hecha para vivir la cotidianidad terrestre, y de que, por su naturaleza, pertenece a otro mundo. Hiperemotiva e hiperimaginativa, presenta bastante tempranamente numerosas manifestaciones de automatismo teleológico del tipo de presentimientos y alucinaciones diversas. Todos estos fenómenos terminan por estabilizarse cuando Héléne cumple veinte años.

Diez años más tarde, el azar de una invitación va a desencadenar en ella un desborde de ficciones, ilusiones, alucinaciones hipnagógicas e hipnopómpicas que se cristalizan alrededor de la invención de lenguas enteramente nuevas de una infrecuente fecundidad. Invitada a una sesión espiritista, Héléne Smith presenta inmediatamente manifestaciones de escritura automática. Vivamente alentada por esa sesión, se vuelve médium, y a los automatismos limitados del comienzo suceden estados sonámbulos espontáneos o sugeridos que muy pronto superarán el marco de las sesiones de espiritismo. En efecto, fuera de las sesiones, Héléne Smith es muy pronto objeto de sugerencias permanentes exteriores, de irrupciones en la con-

ciencia de ensoñaciones subliminales con carácter alucinatorio y de automatismos teleológicos varios.

Estos fenómenos se expresarán bajo la forma de tres epopeyas sonámbulas sucesivas: el *ciclo astronómico*, el *ciclo oriental* y el *ciclo real** Cada uno de estos episodios casi alucinatorios se verá acompañado de la invención de lenguajes originales, a la vez escritos y hablados: el lenguaje *marciano*, el *ultramarciano*, el lenguaje *uraniano*, el lenguaje *hindú* y el lenguaje *real**

El 2 de febrero de 1896, en estado de sonambulismo completo, Hélène ha abordado el planeta Marte y repite palabras que oye proferir a una marciana:

"mitchma mitchmou minimi tchouanimen mimatchineg masichinof mezavi patelki, abresinad navette naven navette mitchichenid naken chinoutoufiche."¹⁵

Al despertar, aunque no recuerda esta encarnación del lenguaje marciano, bruscamente se pone a responder en una lengua completamente incomprensible y sin parecer percatarse de ello. Flournoy conseguirá entonces que ella le indique la significación de cuatro términos marcianos:

"metiche":	Señor
"médache":	Señora
"métaganische":	Señorita
"kin't'ch":	cuatro

Las visiones marcianas se multiplican, acompañadas de palabras siempre ininteligibles en un primer acercamiento, cuya significación, empero, Flournoy consigue captar con la colaboración de Hélène. Así, ella traduce para él la declaración siguiente:

**"Dodé né ci haudan té meche metiche astané, dé, ké, mé, véche."
"Esta es la casa del gran señor Astané que tú has visto."**¹⁶

* Tanto en la expresión "ciclo real" como en "lenguaje real", el adjetivo "real" [royal] tiene el valor de realeza, no de realidad. [T.]

En agosto de 1897, *Hélène* escribe varias frases marcianas. Las letras de la escritura marciana se le ocurren durante una alucinación visual.¹⁷

La riqueza de este *lenguaje escrito* pronto hace posible la transcripción del alfabeto marciano.¹⁸ Este alfabeto está **constituido** por signos distintos que corresponden en su mayoría a letras conocidas, aunque las letras "j", "w", "x", "z" no figuran en él. Por el contrario, signos igualmente distintos se utilizarán para expresar la "s" inicial y la V doble. Otros signos particulares parecen también haber sido creados para expresar el plural, el punto (puntuación) y la "ch".

Al cabo de cierto tiempo, Flournoy, quien ha estudiado pacientemente esta lengua marciana, hace observar a Hélène que, en definitiva, esta lengua no presenta mayor interés, dado que no deja de ser un remedo del francés. Algún tiempo más tarde, un nuevo personaje marciano hace su aparición: "Ramié". *Ramié* sugiere entonces a Hélène un nuevo mundo en el que se habla una lengua marciana diferente: el ultramarciano. Inmediatamente Hélène restituye algunos pequeñísimos fragmentos de esta nueva lengua: "Bak, sanak, top anok sik".

Como es lógico, estas palabras ultramarcianas exigen una doble traducción: del ultramarciano al marciano y del marciano al francés. Entonces tenemos la significación siguiente:¹⁹

BAK	SANAK	TOP	ANOK	SIK
sirima	nébé	viniá-ti-mis metiche	ivré	toué
rameau (ramo)	vert (verde)	nom de un homme (nombre de un hombre)	sacré (sagrado)	dans (en)

Poco tiempo después, también hace su aparición *la escritura ultramarciana*. Es una escritura ideográfica²⁰ que Hélène compone en el transcurso de visiones sucesivas bajo la influencia de los marcianos que le dirigen la mano o que escriben para ella caracteres que la joven se esfuerza por reproducir. Muy

pronto, Héléne presiente que hablará una tercera lengua extraterrestre: la *lengua uraniana*. De hecho, el mismo día, durante un estado sonámbulo profundo, Héléne pronuncia las palabras siguientes:

"pa, laiato, lito, nalito, bo... té zototi zolota malito yoto... mé linoti to toda pé fá má... nana tatazó ma oto do."²¹

En lo concerniente a la estructura de este nuevo lenguaje, he encontrado ciertas analogías entre su transcripción francesa y algunos tipos de "lenguajes secretos" de los niños que he podido observar. He aquí un ejemplo:²²

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
ao	bo	co	do	eo	fò	go	ho	io	jo	ko	lo	mo
a	ba	ca	da	ea	fà	ga	ha	ia	ja	ka	la	ma
N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
no	o	po	qo	ro	so	to	uo	vo	wo	xo	yo	zo
na	oa	pa	qa	ra	sa	ta	ua	va	wa	xa	ya	za

Algunos días más tarde, Héléne enriquece considerablemente su lenguaje uraniano, que transcribe por escrito, lo cual permite constituir un alfabeto que, pese a todo, sigue siendo provisorio²³ en virtud de la relativa pobreza del material lingüístico uraniano, es decir un conjunto de signos que corresponden a las letras A, B, D, E, F, I, L, M, O, P, T, Z.²⁴

Paralelamente al ciclo marciano, se desarrolla en Héléne un ciclo oriental cuyas peripecias, esta vez, tienen por escenario a la Tierra, pero en el siglo xiv. Durante esos estados sonámbulos, Héléne vuelve a encontrar el uso del lenguaje que hablaba en la corte de Sivrouka y del cual presentamos aquí algunos de sus extractos más notables:

"Gaya gaya naia ia miya **gaya**, briti... gaya vayayáni pritiya briya gayáni i gaya mamata gaya mama nara mama patii si gaya gandary ó **gaya** ityámi vasanta... gaya gayayámi gaya priti gaya priya gaya patisi."²⁵

Esta última producción es una melopea cantada por Héléne.

Debemos a Ferdinand de Saussure, invitado a esa célebre sesión, no sólo el haber colegido las palabras sino también el haber efectuado la transcripción musical. En ese canto, Héléne se dirige a los participantes y los invita a cantar:

"Canta, pájaro, cantemos, Gaya, Adel, Sivrouka, cantemos la primavera. Día y noche soy feliz. Cantemos. Primavera, pájaro felicidad, ityiámi mamananara priti, cantemos, amemos a mi rey, Mioussa, Adel."²⁶

En cuanto al ciclo real, no se caracteriza por la invención de una nueva lengua. Héléne Smith, completamente identificada con María Antonieta, asegura solamente, por su propia compostura, su modo de hablar, su escritura y sus recuerdos, que es la reencarnación de la reina.

Algunos elementos biográficos sirven para justificar, al menos en parte, el origen de estos diversos materiales lingüísticos. Por un lado, el padre de Héléne era de origen húngaro, lo cual permite suponer que ella ha debido de conservar algunos recuerdos de términos magiares. Por el otro, su padre era políglota; por lo tanto, ella ha tenido la oportunidad de oír hablar inglés e italiano en varias ocasiones. Además, ha aprendido personalmente el alemán entre los doce y los quince años. Por último, ha debido de tener en sus manos una "Gramática práctica de la lengua sánscrita" que se hallaba en el departamento de uno de los miembros de la Sociedad de estudios psíquicos donde llevó a cabo algunas de sus sesiones.

A partir de esta ubicación biográfica, la sagacidad de Flournoy ha permitido poner en evidencia una primera serie de análisis sobre ciertos procesos que han podido precipitar la elaboración de las neolenguas en Héléne Smith.²⁷ Pero es sobre todo el estudio minucioso de Víctor Henry el que ha puesto al día los resortes ocultos de los mecanismos de condensación y de desplazamiento que han gobernado inconscientemente la producción de estos diversos episodios glosolálicos.²⁸

Flournoy establece, en primer lugar, que la fonética marciana nunca es más que una reproducción del sistema fonético francés. Por otra parte, cada signo marciano (excepto para el plural) remite a un signo francés, de suerte que se puede

decir que el sistema de escritura marciano está también en correspondencia directa con el sistema de escritura del francés. En cuanto a la gramática marciana, es la reproducción pura y simple de la gramática francesa.²⁹

Los análisis etimológicos de Víctor Henry harán aparecer no sólo el origen de la casi totalidad de las palabras del corpus marciano, sino también pondrán el acento en el origen inconsciente de algunos mecanismos lingüísticos. Por último, describen claramente la seguidilla de procesos de condensación y de desplazamiento que intervienen en la elaboración del lenguaje marciano.

Para V. Henry, "Las palabras marcianas se dejan identificar con palabras terrestres verdaderas" y su estudio culmina con las conclusiones generales siguientes: sobre los trescientos términos marcianos diferentes ha sido posible buscar la etimología de 248, habida cuenta de que los otros se reparten en pronombres, preposiciones, artículos y nombres propios.

De suerte que 190 términos resultan reductibles: a) al francés (110), b) al magiar (55), c) al alemán (25), d) a idiomas orientales (8), e) al inglés (3). 45 términos resultan de contaminaciones o de derivaciones de palabras precedentes, es decir, respectivamente, 29 términos y 16 términos. Quedan 5 términos que parecen constituir un residuo irreductible.³⁰

Examinemos algunos de los análisis de Víctor Henry, a modo de ejemplo:

1) "Aimé" —> semejante

"Metátesis posible del francés '*demi*' [mitad], ya que nada se parece más que las dos mitades de un mismo objeto."³¹

2) "Uri" -> noche

"La idea de 'noche' implica 'osc-uri-dad', palabra demasiado extensa en relación con la que debía traducir para no sufrir un acortamiento violento."³²

3) "Midée" -> fea

"Contaminación probable de las dos palabras 'miseria' [*misère*] y 'horrendo' [*hideux*]."³³

4) "Manir" —> escritura

"Magiar: iromany - escritura. En forma de metátesis, la articulación

'ny' se lia contraído con la i inicial; sólo falta la o intermedia, cuya acentuación es muy débil."³⁴

5) "Nazére"-* (yo) engaño

"El verbo '*tromper*' [engañar] evoca el sustantivo '*trompe*', que sugiere la idea de la 'nariz' [*nez*], en alemán 'naze'. Queda la final 'er' que proporciona la sílaba 'ere'."³⁵

Estos pocos ejemplos, extraídos del análisis de 290 palabras efectuado por V. Henry, conducen a la conclusión de que los neologismos marcianos parecen no ser sino el producto de asociaciones peregrinas efectuadas a partir de palabras reales tomadas del corpus de varias lenguas y trabajadas por mecanismos inconscientes de "desvío del sentido", los cuales proceden según el modo de la condensación y el desplazamiento.

Naturalmente, esto no puede dejar de recordar los procesos de *desfigurabilidad* del trabajo del sueño. En el mismo orden de cosas, tampoco podemos dejar de hacer una aproximación entre la actitud de Hélène Smith —quien habla el lenguaje marciano sin darse cuenta, y que comprende perfectamente las preguntas que se le hacen en francés, asombrándose de que no se la comprenda a la inversa— y la actitud de Anna O..., quien respondía en inglés a las preguntas que sus interlocutores le hacían en alemán.

Todas las observaciones anteriores encuentran igualmente su confirmación en el análisis de la lengua ultramaricana y uraniana.

En lo concerniente a la lengua hindú, los orientalistas consultados³⁶ por pedido de Flournoy acuerdan en reconocer que se constituye por medio de materiales de origen heterogéneo. Hay que admitir que ese lenguaje de hindú sólo tiene el nombre y, si es capaz de engañar a primera vista, en realidad no es más que un puro producto imaginario directamente sujeto a un conjunto de materiales y de mecanismos de origen esencialmente inconsciente. Acerca de la cuestión de estas determinaciones inconscientes, Flournoy refiere una observación muy fina formulada por V. Henry³⁷ luego de un estudio crítico de F. de Saussure³⁸ sobre el lenguaje del ciclo oriental:

Todos recordamos el hecho curioso señalado por F. de Saussure, a saber, que el hindú de Héléne, del que tenemos unas cuarenta palabras, está desprovisto de la "f como el verdadero sánscrito. V. Henry ha demostrado que, *mutatis mutandis*, esta letra no abunda más en marciano, dado que no se la encuentra sino siete veces cada trescientas palabras, y él ha dado la opinión de que, en realidad, esta ausencia o escasez de la "f provendría del hecho de que, siendo la inicial de la palabra "francés", ha sido, por así decir, desterrada del conjunto de los sonidos utilizables por el subconsciente de Héléne, preocupada ante todo por no dejar percibir el francés en su hindú o en su marciano. En sí misma, esta explicación no sería sino muy plausible psicológicamente, pues las iniciales revisten decididamente un papel prominente y representativo respecto de toda la palabra y de la idea expresada.³⁹

Esta hipótesis es muy interesante, no sólo porque se inscribe directamente en la estrategia inconsciente a la cual nos acostumbra el psicoanálisis respecto del sujeto y de su discurso, sino también porque evoca irresistiblemente fenómenos de elisión bastante próximos que ya han sido identificados en algunos casos de glosolalia: por ejemplo, un caso de glosolalia por supresión literal.⁴⁰

Sin duda, el método de la asociación libre habría podido aportar una multitud de informaciones, aun de confirmaciones, no sólo sobre la intrusión de los materiales inconscientes, sino también sobre los procesos de condensación y de desplazamiento que han intervenido en el transcurso de la invención de esas neoformaciones lingüísticas. No obstante, el caso de Héléne Smith constituye una experiencia crucial en cuanto a la confirmación de la tesis sobre la inconciencia de algunos procesos lingüísticos. Y Víctor Henry es el primero en recoger la justificación tan esperada de dicha tesis que tan brillantemente había desarrollado a partir de 1896 en las *Antinomies linguistiques*:⁴¹

Quedará establecido por vía experimental lo que me había esforzado por demostrar con gran cantidad de argumentos y de análisis lógicos (en las *Antinomies linguistiques*): que el lenguaje es la obra espontánea de un sujeto absolutamente inconsciente de los procedimientos que utiliza para tal finalidad. [...] Si el hombre no inventa nada, si sólo recuerda, el lenguaje de la señorita Smith debe ser un compuesto analizable de sus diversos recuerdos auditivos o librescos, cada uno de los cuales se relaciona con el sentido que ella les

atribuye por el hilo más o menos sostenido, más o menos embrollado, maso menos perceptible, de una asociación de ideas ora directa, ora indirecta y bizarra, tal como es posible observar en todos los hombres y en uno mismo en la ensoñación y en el sueño.⁴²

Los neolenguajes de Hélène no constituyen nunca, en último análisis, sino la expresión directa de una profunda regresión a un estadio infantil. Son tanto más pueriles en el fondo cuanto que se originan en un dinamismo esencialmente inconsciente, lo cual aporta un argumento completamente significativo —si es que hace falta aún alguna prueba— sobre el tipo de conexiones significantes que pueden existir entre el inconsciente y la elaboración de los delirios y, en consecuencia, sobre el aporte que el método psicoanalítico representa en el abordaje de su comprensión.

Como última confirmación, hemos de presentar la apabullante demostración referida por Schjelderup en 1930 cuando descifró, mediante la técnica de la asociación libre, un discurso delirante del tipo glosolalia sobrevenido en ocasión de una cura analítica y circunscripto por una magistral interpretación.

El método freudiano y los neolenguajes delirantes

En 1930, el psicoanalista noruego Schjelderup se encuentra confrontado, durante una cura, con un fenómeno cuando menos infrecuente, sobrevenido en un momento particularmente agudo de la transferencia. Bruscamente, su paciente comienza a "hablar en lenguas".⁴³ Profiere secuencias de palabras totalmente ininteligibles bajo el dominio de un automatismo verbal que ella misma no se explica. Y sin embargo, presente que este "seudolenguaje automático", pese a su aspecto incomprendible, está cargado de significaciones.

Schjelderup la invita entonces a asociar libremente a partir de cada uno de los neologismos. Esta tarea larga y penosa, tanto para la paciente como para el analista, se ve coronada por el éxito. Paulatinamente, más allá de los materiales ininteligibles de esta glosolalia, las asociaciones van haciendo emerger, por los entresijos de un laberinto muy complejo de condensaciones y de desplazamientos inconscientes, un discurso infantil cuando menos rico en sentidos y cargado de afectos.

Juzguemos pues examinando algunos de los fragmentos extraídos del análisis de Schjelderup:

**"Bosche, bosche,
maino dutta-kaaaada
vista mysse
funa-Elisse."**

Las asociaciones libres aportarán las indicaciones siguientes:

"1) 'Bosche'

B remite a la paciente misma, quien, cuando era pequeña, era llamada 'pequeña brizna' (en noruego: *bitteba*) en razón de su talla menuda.

'Borte' significa: lejos

'Sche' remite a silencio (en noruego: *Hysche* = *chut*). Así, **'Bosche'** significa 'el retorno a la infancia lejana, su aislamiento en el silencio'.

2) 'Maino'

M —>yo (en noruego = *my*).

Ai -* recuerdo de infancia en el que unos actores repetían 'ai', 'ai', durante una representación teatral para significar su aflicción.

No —> remite a una idea de consuelo.

Maino —> remite entonces a la tristeza de la paciente cuando era niña al ser separada de su madre y quedaba a la espera de un consuelo.

3) 'Dutta kaaaada'

Du ta = tú tomas.

Kaaaada —> condensación a partir de 'dada', que significa 'niñita' en el lenguaje de los niños noruegos.

Por otra parte:

Koldt = frío.

Aaaa: indica que se golpea la suela de los zapatos a causa del frío. Ello significa que Dios o algún otro (¿el analista?) debe recoger al niño helado y entibiárlolo.

4) 'Vista Mysse'

Condensación de dos palabras contradictorias:

Vista: deseo de ser mala con alguien.

Mysse: deseo de ser acariciada, de hacerse besar.

Vista: Vi (viejo) + s <slem: malo) + ta (toma).

Mysse: 'mig kysse' (yo-besar).

5) 'Fuña tlisse'

'Fuña': asocia 'fu' (onomatopeya para indicar acción de soplar) y también, para la paciente, evoca la idea de 'hacer algo con alguien' y 'na': de nat = de noche.

'Tlisse' significa 'orinar delante de alguien' (en noruego tisse = orinar). Aquí, la fórmula es totalmente explícita."⁴⁵

Todos estos productos de la asociación remiten sin ambigüedad a un período muy lejano de la vida infantil de la paciente. Una vez más, observamos que la glosolalia traduce una regresión indiscutible a un estadio arcaico de la infancia. En efecto, tanto por su contenido latente como por su estructura rudimentaria, la glosolalia, a través del juego de sus múltiples condensaciones y desplazamientos, restituye bastante fielmente el cariz a la vez vacilante y afectivo de las lalias infantiles.

Más generalmente, parece que la construcción de los neologismos, así como la composición de algunos lenguajes delirantes, se sostienen en *materiales olvidados*, pero siempre activamente presentes en el inconsciente.

Su emergencia, a la manera del retorno de lo reprimido, constituye penetraciones significantes que se articulan un poco a la manera del contenido manifiesto del sueño, es decir bajo la forma inmediatamente ininteligible, consecuencia de un colosal trabajo de travestismo en el que no se ahorran los mecanismos de condensación y de desplazamiento, al operar sobre materiales elementales.

Notas

1. Véase Dor, Joël, "Documentation bibliographique sur les néologismes, les glossolalies et la psychopathologie du langage", en *Bulletin du Centre de formation et de recherches psychanalytiques (Esquisses psychanalytiques)*, Nº- 3, primavera de 1985, pp. 129-138.

2. Bobon, J., *Introduction historique à l'étude des néologismes et des glossolalies en psychopathologie*, Paris, Masson, 1952. Véase también mi artículo sobre el conjunto de la obra de Bobon: "Jean Bobon et la psychopathologie du langage", en *Information psychiatrique*, 1980, tomo LVI, Nº 6, pp. 739-745.

3. Véase Freud, S., *La interpretación de los sueños*, op. cit., t. IV, cap. VI, A, p. 303, "Es un estilo verdaderamente 'norekda!'", sueña Freud a propósito de un ensayo. Prosigue: "Por fin el engendro se me separó en los dos nombres de *Nora* y *Ehdal*, tomados de dos conocidos dramas de Ibsen" (subrayado por el autor).

4. Stuchlik, J. y Bobon, J., "Les druses écrites et dessinées (*Kontaminationen: blengings*): pathogénie de certains néomorphismes", en *Acta neurologica psychiatrica belgica*, Nº 60, 1960, p. 529.

5. Véase *ibid.*, fig. 1 y 2, p. 531.

6. A saber: pescado, hombre, elefante, casita, cangrejo, caballo, buey.

7. Por ejemplo balbuceante, pedaleante, caminante.

8. Kraepelin, E., "Über Sprachstörungen im Traume", en *Psycholog. Arbeiten*, W 5, 1910.

9. Véase Stuchlik, J. y Bobon, J., op. cit., p. 532.

10. Véase Flournoy, T., *Des Indes à la planète Mars - Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalies*, París, Alean, 1900; reeditado por Seuil.

11. Véase Maeder, A., "La langue d'un aliéné. Analyse d'un cas de glossolalie", en *Archives de psychologie*, Nº 9, 1910, pp. 208 y ss.

12. El estudio de Maeder comprende muchos otros.

13. Véase *ibid.*, pp. 209-210.

14. Véase Flournoy, T., 1º) *Des Indes à la planète Mars - Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalies*, op. cit.; 2º) "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, Nº 9, 1910, pp. 101 y ss.

15. *Ibid.*, p. 149.

16. *Ibid.*, p. 155.

17. *Ibid.*, fig. 21 y 23, p. 200.

18. *Ibid.*, fig. 24, p. 201.

19. *Ibid.*, p. 218.

20. Véase *ibid.*, pp. 219-222.

21. *Ibid.*, "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, Nº 9, op. cit., p. 155.

22. Material procedente de una observación personal.

23. *Ibid.*, fig. 16, p. 185.

24. *Ibid.*, fig. 17.

25. *Ibid.*, p. 302.

26. Seippel, M. (Adel), Flournoy (Sivrouka), Saussure, M. de (Mioussa), reencarnaciones de los personajes que poblaban sus visiones.

27. Flournoy, T., *Des Indes à la planète Mars - Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalies*, op. cit., pp. 223-244. Véase también "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, Nº 9, op. cit., pp. 143-151.

28. Véase Henry, V., *Le langage martien*, París, Maisonneuve, 1901.

29. Para más detalles, consúltese *ibid.*, pp. 27-55.

30. *Ibid.*, p. 149.

31. *Ibid.*, pp. 79.
32. *Ibid.*, pp. 91-92.
33. *Ibid.*, p. 83.
34. *Ibid.*, pp. 106-107.
35. *Ibid.*, p. 123.
36. Flournoy, T., "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, N- 9, *op. cit.*, pp. 203 y ss.
37. Henry, V., *Le langage martien*, *op. cit.*, pp. 21 y ss.
38. Texto de Saussure referido por Flournoy, en *Des Indes à la planète Mars*, *op. cit.*, pp. 315-316.
39. Flournoy, T., "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, N° 9, *op. cit.*, p. 214.
40. Véase Teulié, G., "Une forme de glossolalie par suppression littéraire", en *Annales médico-psychologiques*, N° 96, 1938, pp. 31 y ss.
41. Henry, V., *Antinomies linguistiques*, tomo II, Paris, Bibliothèque de la Faculté des Lettres, Alcan, 1896.
42. Henry, V., *Le langage martien*, *op. cit.*, pp. 5-6.
43. Schjelderup, H. K., "Psychologische Analyse eines Falles von Zungenreden", en *Zeitschrift für Psychol.*, N° 122, 1931, pp. 1 y ss.
44. *Ibid.*, p. 5.
45. *Ibid.*

Bibliografía

- AULAGNIER-SPAIRANI, P., "Remarques sur la féminité et ses avatars" (8 de febrero de 1966), en *Le désir et la perversion*, 1967, Paris, Seuil, col. "Points", Nº 124, 1981, pp. 55-79.
- BAUDRILLARD, J., *De la séduction*, Paris, Folio-Denoël, 1988. [*De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1981.]
- BOBON, J., *Introduction historique à l'étude des néologismes et des glossolalies en psychopathologie*, Paris, Masson, 1952.
- BONNET, G., *Voir-être vu*, tomos 1 y 2, Paris, PUF, 1981.
- "Le travestisme", en *Encyclopédie médico-chirurgicale*, 1985, 37390 A 10.
- CLAVREUL, J., "Remarques sur la question de la réalité dans les perversions" (conferencia pronunciada en la Société Française de Psychanalyse, el 7 de mayo de 1963. Primera publicación, en *La psychanalyse*, Nº 8, *Fantasmés-Rêve-Réalité*, PUF, 1964, pp. 193-218), reproducido en *Le désir et la loi. Approches psychanalytiques*, Paris, Denoël, col. "L'espace analytique", 1987, pp. 169-196.
- "Le couple pervers", en *Le désir et la perversion* (1967), Paris, Seuil, col. "Points", Nº 124, 1981, pp. 91-117.
- DOR, J., "Jean Bobon et la psychopathologie du langage", en *Information psychiatrique*, 1980, tomo LVI, Nº 6, pp. 739-745.
- "Epistemologia matematica della pratica analitica comme arte" (1982), en *Nominazione*, Nº 4, Milán, Vel edizioni, 1983, pp. 82-88.
- Bibliographie des travaux de Jacques Lacan*, Paris, InterEditions, 1983.
- "Documentation bibliographique sur les néologismes, les glossolalies et la psychopathologie du langage", en *Bulletin du Centre de formation et de recherches psychanalytiques (Esquisses psychanalytiques)*, Nº 3, primavera de 1985, pp. 129-138.
- Introduction à la lecture de Lacan. Tome 1. L'inconscient structuré comme un langage*, Paris, Denoël, col. "L'espace analytique", 1985. [*Introducción a la lectura de Lacan*, I, Barcelona, Gedisa, 1994.]

- "L'identité sexuelle et letranssexualisme", en*Esquissespsychanalytiques*, Nº 6, otoño de 1986, pp. 69-79.
- Structure et perversions*, Paris, Denoël, col. "L'espace analytique", 3987. [*Estructura y persiones*, Barcelona, Gedisa, 1994.]
- "Mise à jour 1988 de la *Bibliographie des travaux de Jacques Lacan*", en *Esquisses psychanalytiques*, Nº 9, primavera de 1988, pp. 147-197.
- L'a-scientificité de la psychanalyse. Tome 1. L'aliénation de la psychanalyse. Tome 2. La paradoxalité instauratrice*, Paris, Éditions universitaires, col. "Émergences", 1988.
- Le père et sa fonction en psychanalyse*, Paris, Point Hors Ligne, 1989.
- "Interprétationpsychanalytique, herméneutique et métalangage", en *Apertura*, Nº 4, 1990, pp. 37-43.
- Introduction à la lecture de Lacan. Tome 2. La structure du sujet*, Paris, Denoël, col. "L'espace analytique", 1992. [*Introducción a la lectura de Lacan, II*, Barcelona, Gedisa, 1994.]
- "Le séminaire de Lacan: enseignement charismatique ou enseignement analytique?", en *Papers of the Freudian School of Melbourne Australian Psychoanalytic Writings*, 1992, *Hommage to Lacan*, pp. 135-144.
- "Perversion", en *L'apport freudien*, bajo la dirección de P. Kaufmann, Paris, Bordas, 1993, pp. 314-321.
- Nouvelle bibliographie des travaux de Jacques Lacan*, Thésaurus Lacan. Volumen II, París, E.P.E.L., 1994.
- DOREY, R., "Problématique obsessionnelle et problématique perverse. Parenté et divergences", en *La névrose obsessionnelle. Monographie de la Revue française de psychanalyse*, bajo la dirección de B. Brusset y C. Couvreur, Paris, PUF, 1993, pp. 87-105.
- DOUCE, J., *La question transsexuelle*, Paris, Lumière et Justice, 1986.
- FÉDIDA, P., *Crise et contre-transfert*, Paris, PUF, 1992. "
- "Un organe psychique hypocondriaque. Traitement psychique autocratique", en *La névrose obsessionnelle. Monographies de la Revue française de psychanalyse*, bajo la dirección de B. Brusset y C. Couvreur, Paris, PUF, 1993, pp. 107-126.
- "Retour à Lacan", en *Passages*, Nº 57, *Faut-il haïr Lacan?*, septiembre de 1993, pp. 38-39.
- FLOURNROY, T., *Des Indes à la planète Mars - Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalies*, Paris, Alean, 1900; reeditado por Seuil.
- "Nouvelles observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalies", en *Archives de psychologie*, Nº 9, 1910, pp. 101-374.
- FREUD, S. y BREUER, J., *Estudios sobre la histeria* (1895), en Freud, S. *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976, t. II

- FREUD, S., *Proyectode psicología* (1895), *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976, 1.1, p. 323.
- *La interpretación de los sueños* (1901), *op. cit.*, t. rVy V.
- *Psicopatología de la vida cotidiana* (1904), *op. cit.*, t. VI, p. 1.
- *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905), *op. cit.*, t. VIII, p. 1.
- *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), *op. cit.*, t. VII, p. 109.
- "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908), *op. cit.*, t. LX, p. 183.
- "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (1909), *op. cit.*, t. X, p. 1.
- "Sobre la dinámica de la transferencia" (1912), *op. cit.*, t. XII, p. 93.
- "Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)" (1913), *op. cit.*, t. XII, p. 121.
- "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), *op. cit.*, t. XIV, p. 105.
- "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)" (1915), *op. cit.*, t. XII, p. 159.
- "¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?" (1919), *op. cit.*, t. XVII, p. 165.
- "Kelle-E Az Egyetemen a Psychoanalyst Tani-tani?", publicación original en húngaro. Texto alemán inexistente. La transcripción, probablemente hecha por S. Ferenczi, apareció en el periódico médico *Gyogyaszat*, el 30 de marzo de 1919, vol. LIX, № 13. [Véase la versión española del artículo en *Obras completas*, *op. cit.*, t. XVII, p. 165.]
- "Fetichismo" (1927), *op. cit.*, t. XXI, p. 141.
- "Construcciones en el análisis" (1937), *op. cit.*, t. XXIII, p. 255.
- "Análisis terminable e interminable" (1937), *op. cit.*, t. XXIII, p. 211.
- GÁRATE-MARTÍNEZ, IGNACIO, "Demain les psychanalystes: lacaniens?", en *Esquisses psychanalytiques*, № 17, *La psychanalyse dans la médecine*, primavera de 1992, pp. 111-112.
- GUTTON, P. y BIRRAUX, A., "Ils virent qu'ils étaient nus'. Différence et complémentarité des sexes à l'adolescence", en *Psychanalyse à l'université*, t. VII, № 28, 1982, pp. 671-677.
- HENRION, J.-L., *La cause du désir*, Paris, Point Hors Ligne, 1993.
- HENRY, V., *Le langage martien*, Paris, Maisonneuve, 1901.
- *Antinomies linguistiques*, t. II, Paris, Bibliothèque de la Faculté des Lettres, Alean, 1896.
- KRAEPELIN, E., "Über Sprachstörungen im Traume", en *Psycholog. Arbeiten*, № 5, 1910.
- LACAN, J., "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" (comunicación presentada en el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis en Zurich, 17 de julio de 1949), en *Escritos*, México, Siglo XXI, 1971, 1.1, p. 11.

- "Le mythe individuel du névrosé" (Collège philosophique, 1953), en *Ornicar?*, № 17-18, primavera de 1979, pp. 289-307.
- Les écrits techniques de Freud*, libro I<1953-1954), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1975. [*Escritos*, México, Siglo XXI, 1975.]
- "La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis" (ampliación de una conferencia pronunciada en la Clínica neuropsiquiátrica de Viena, el 7 de noviembre de 1955), en *Escritos, op. cit., t. 1*, p. 145.
- Les psychoses*, libro III (1955-1956), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1981.
- "El seminario sobre 'La carta robada'" (Guitrancourt, San Casciano, mediados de mayo mediados de agosto de 1956), en *Escritos, op. cit., t. 2*, p. 11.
- La relation d'objet*, libro IV (1956-1957), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1994.
- "El psicoanálisis y su enseñanza" (comunicación presentada en la Société Française de Philosophie, en la sesión del 23 de febrero de 1957), en *Escritos, op. cit., t. 2*, p. 160.
- "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano" (Congreso de Royaumont, 19-23 de septiembre de 1960), en *Escritos, op. cit., t. 1*, p. 305.
- Le transfert*, libro VIII (1960-1961), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1991.
- Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, libro XI (1964), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1973.
- "La ciencia y la verdad" (1^o de diciembre de 1965), en *Escritos, op. cit., t. 1*, p. 340.
- "Proposition du 9 octobre 1967. Première version", en *Analytica*, suplemento de *Ornicar?*, № 8, 1978.
- "Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'Ecole", en *Scilicet*, № 1, París, Seuil, 1968, pp. 14-30.
- D'un Autre à un autre*, seminario inédito (1968-1969).
- L'envers de la psychanalyse*, libro XVII (1969-1970), París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1991.
- Le savoir du psychanalyste* (1971-1972), seminario inédito.
- "L'étourdit" (14 de julio de 1972), en *Scilicet*, № 4, París, Seuil, 1973, pp. 5-52.
- "Ouverture de la section clinique" (5 de enero de 1977), en *Ornicar?*, № 9, abril de 1977, pp. 7-14.
- "Lacan pour Vincennes!" (22 de enero de 1978), en *Ornicar?*, № 17-18, primavera de 1979, pp. 278-279.
- LAPLANCHE, J., "Psychanalyse à l'université", en *Psychanalyse à l'université*, 1.1, № 1, diciembre de 1975, pp. 5-10.

- "Laréférence à l'inconscient", en *Psychanalyse à l'université*, t. III, N° 11, 1978, pp. 383-436.
- "La situation psychanalytique: le descriptif et le prescriptif", en *Psychanalyse à l'université*, t. VI, N° 24, septembre de 1981, pp. 557-634.
- LEBOVICI, S. y SOLNIT, A.-J., *La formation du psychanalyste*, Simposio de Broadway (Gran Bretaña, febrero de 1980), París, PUF, 1982.
- LECLAIRE, S., "La cité enchantée ou le doute: une question d'amour" (1955), en *Rompre les charmes. Recueil pour des enchantés de la psychanalyse*, París, InterÉditions, 1981, pp. 110-127.
- "La mort dans la vie de l'obsédé" (comunicación presentada a la Société Française de Psychanalyse, el 28 de mayo de 1956), en *La psychanalyse*, N° 2, *Mélanges cliniques*, PUF, 1956, pp. 111-140; reproducido con el título: "Jérôme ou la mort dans la vie de l'obsédé", en *Démasquerle réel. Un essai sur l'objet en psychanalyse*, París, Seuil, col. "Points", N° 148, 1971, pp. 121-146.
- "Philon ou l'obsessionnel et son désir" (conferencia pronunciada ante el Groupe de l'Évolution Psychanalytique, el 25 de noviembre de 1958), en *Démasquer le réel. Un essai sur l'objet en psychanalyse*, París, Seuil, col. "Points", N° 148, 1971, pp. 147-167.
- MAEDER, A., "La langue d'un aliéné. Analyse d'un cas de glossolalie", en *Archives de psychologie*, N° 9, 1910.
- MANNONI, O., *Freud*, París, Seuil, col. "Écrivains de toujours", 1968.
- "Je sais bien mais quand même..." (comunicación a la Société Française de Psychanalyse, noviembre de 1963), en *Clefs pour l'imaginaire ou l'Autre scène*, París, Seuil, col. "Le champ freudien", 1969, pp. 9-33.
- "Le divan de Procuste" (conferencia pronunciada en el Centre de Formation et de Recherches Psychanalytiques, 1987), en *Un si vif étonnement. La honte, le rire, la mort*, París, Seuil, 1988, pp. 103-118.
- OURY, J., *Il, donc*, París, UGE, col. "10 x 18", 1978.
- POMMIER, G., *Le dénouement d'une analyse*, París, Point Hors Ligne, 1987.
- ROSOLATO, G., "Perversion", en *Encyclopédie médico-chirurgicale*.
- "Étude des perversions sexuelles à partir du fétichisme", en *Le désir et la perversion* (1967), París, Seuil, col. "Points", N° 124, 1981, pp. 7-40.
- Essais sur le symbolique* (1969), París, Gallimard, col. "Tel", N° 37, 1985.
- ROUX, G. y VINCENT, J.-D., "Les clichés de Pierre Molinier: au doigt et à l'oeil", en *Psychologie médicale*, 17, 9, 1985, pp. 1337-1341.
- SAFOUAN, M., *Le transfert et le désir de l'analyste*, París, Seuil, 1988.
- SAINT LAURENT, C., *Histoire imprévue des dessous féminins*, París, Herscher, 1987.

- SCHJELDERUP, H. K., "Psychologische Analyse eines Falles von Zungenreden", *Zeitschrift für Psychol.*, W 122, 1931.
- SILVESTRE, M., "Le transfert", en *Demain la psychanalyse*, Paris, Navarin Éditeur, pp. 48-83.
- STOLLER, R. «L, Masculin, féminin?, Paris, P.U.F., 1990.
- STUHLIK, J. y BOBON, J., "Les 'druses' écrites et dessinées (*Kontaminationen, blengings*): pathogéniede certains néomorphismes", en *Acta neurologica psychiatrica belgica*, N° 60, 1960, pp. 529-550.
- TAUSK, V., "De la genèse de l' 'appareil à influencer' au cours de la schizofrenie", en *Oeuvres psychanalytiques*, Paris, Payot, 1975, pp. 177-217.
- TEULIE, G., "Une forme de glossolalie par suppression littérale", en *Annales médico-psychologiques*, N° 96, 1938.
- VIDERMAN, S., "Préambule à un projet du cursus", en *La formation du psychanalyste*, Simposio de Broadway (Gran Bretaña, febrero de 1980), Paris, PUF, 1982, pp. 288-289.

Otros

La scission de 1953 - La communauté psychanalytique en France I, documentos editados por J.-A. Miller, suplemento del N° 7 de *Ornicar?*, Paris, "Bibliothèque à'Ornicar?", 1976.

Psychanalystes, *Bulletin du collège de psychanalystes*, N° 1, noviembre de 1981; N° 2, marzo de 1982; N° 3-4, junio de 1982.

L'âne, N° 5, mayo-junio de 1982.

"Entretien avec Paul Brach", en *John Kacere*, Paris, Lavignes Bastille, Filipachi, 1989.

Esquisses psychanalytiques, N° 18, *Socrate analyste?*, otoño de 1992.

Véanse especialmente los artículos de:

ALAS, L. (Clarín), "Le coq de Socrate", trad. I. Gárate-Martínez, pp. 95-100.

BAAS, B., "*Païdeïa* (transfert et ontologie)", pp. 15-40.

BATTISTINI, O., "Le *Banquet* de Platon: modèle atypique ou réhabilitation politique", pp. 5-13.

DAVID-MÉNARD, M., "L'amour, l'amour de transfert et la philosophie", pp. 65-73.

DUMÉZIL, O., "Socrate non dupe?", pp. 51-56.

FENNETAUX, M., "Copernic contre Descartes?", pp. 75-79.

GHERCHANOC, L., "Penthésilée et Psyché: le transfert au féminin", pp. 85-93.

GUYOMARD, P., "La disparité du transfert", pp. 81-84.

JULIEN, P., "Le refus d'une femme crucifiée", pp. 57-64.

RABANT, C., "Socrate l'obscur... Réponse à Bernard Baas à propos du Socrate de Lacan", pp. 41-50.

Esquisses psychanalytiques, N°20, La névrose obsessionnelle et sa clinique, marzo de 1994.

Véanse especialmente los artículos de:

ABELHAUSER, A., "Le vrai et le faux", pp. 59-62.

AVRANE, P., "La boule de l'Autre", pp. 63-72.

BÉTOURNÉ, F., "L'objet *a* maternel: la consistance mortifère obsessionnelle", pp. 83-103.

GRANOFF, W., "Considérations cliniques sur le jeu du temps dans la névrose obsessionnelle", pp. 25-29.

LACHAUD, D., "L'enfer du devoir", pp. 31-57.

ROUBLEF, L., "Le désir de l'obsessionnel dans la perspective de Jacques Lacan", pp. 5-24.

TOSTAIN, R., "L'objet du petit tas", pp. 73-82.

índice temático

- AFECTO** 88, 89
AGALMA 53
AISLAMIENTO 88
ALIENACIÓN 19, 20
 alienación del sujeto 19
ALUCINACIÓN 152
 alucinación hipnagógica 152
 alucinación hipnopéptica 152
 alucinación visual 154
ALUSIÓN 63, 65
AMBIVALENCIA 71, 87
AMOR 90
 objeto de amor 90, 91, 92
ANÁLISIS 14, 15, 16, 17, 18, 28,
 31-34, 41-42, 51, 53, 60, 63
 análisis de formación 32, 33
 análisis didáctico 33, 34
 análisis personal 27
 autoanálisis 18
 fin del análisis 51, 55
 resistencia al análisis 51
ANALISTA 15, 16, 30-33, 50, 51,
 53, 54, 55, 61, 64, 65, 88, 89
 analista didáctico 33, 34
 deseo del analista 51, 61
 destitución del analista 55
ANALÍTICO
 acto analítico 30, 31, 32
 dialéctica analítica 35
 espacio analítico 30
 experiencia analítica 17, 18, 34
 impacto analítico 17, 18, 19
 intervención analítica 59, 60,
 63, 64, 65
 proceso analítico 31, 32
 referente analítico 38-39
 relación analítica 17
 situación analítica 30, 31, 32
 técnica analítica 67
 verdad analítica 17
ANALIZADO 30-32
ANALIZANTE 29, 31-32, 34, 35,
 53, 64, 65
ANGUSTIA 105, 108
 angustia de castración *(véase*
 Castración)
 crisis de angustia 99
ANILLO DE JORDÁN 65
ANULACIÓN RETROACTIVA
 89, 90
APARIENCIA 54, 64, 72-73, 117
 discurso de la 82
A POSTERIORI 29, 33
ARTE 31
ASOCIACIONES LIBRES 49, 59,
 88, 147, 149, 159, 160, 161, 162
ATENCIÓN FLOTANTE 88
AUSENCIA DE PENE *(véase* Pene)
AUTOMATISMO MENTAL 152
AUTOMATISMO TELEOLÓGICO
 152, 153
AUTOMATISMO VERBAL 160

BANDA DE MOEBIUS 28, €5, 66
BIS EXUALIDAD 124

CABELLOS 135

CASTRACIÓN 51,5 5,82,112,113,
114, 115, 118, 126,130
angu stia de castración 112,115,
130
castración de la madre 114
horror a la castración 110,115,
116, 118
renegación de la castración 108,
124, 126-127, 130

CENSURA 61

CESIÓN 27

CESSIO 27

CHE VOUI52

CITA 64, 65

CLÍNICA 13, 20, 26, 27, 98, 143

dogmatismo clínico 41, 43

encuentro clínico 44

experiencia clínica 40

ilustración clínica 27

inculcación clínica 27

presentación clínica 37, 38, 39,
44

testimonio clínico 27

CLÍNICO 13, 20, 26, 34, 39, 40, 45

aprendiz de clínico 38, 40

CÓDIGO 52

COERCIONES CORPORALES
133

COERCIONES ESPECULARES
133

COITO 119

COMPLEJO DE EDIPO (*véase*
Edipo)

COMPRESIÓN 42, 43, 44

CONCEPTO 17

CONCIENCIA

dirección de conciencia 26

CONDENSACIÓN 143, 144, 145,
148, 150, 151, 152, 156, 157,
159,160, 162

condensación de las imágenes
145

CONSTRUCCIÓN 60, 61

**CONTAMINACIONES VERBA-
LES** 146, 147

**CONTENIDO LATENTE DEL
SUEÑO** (*véase* Sueño)

**CONTENIDO MANIFIESTO DEL
SUEÑO** (*véase* Sueño)

CONTROL 15, 27

CORTE 66

corte interpretativo 65, 66

CUATRO DISCURSOS 67

CULPABILIDAD 87

CURA (ANALÍTICA) 15, 17, 29,
31, 32, 50, 65, 74, 85, 88, 89,
143, 160

conducción de la cura 32, 47, 99

dinámica de la cura 59, 64

ejercicio de la cura 30, 67

práctica de la cura 30

CURSUS 33, 35

DECIR 26, 35, 64, 65, 88

decir a medias 52, 67

DEFENSA (*véase* Mecanismo de
defensa)

DEFENSA CONTRAFOBICA (*véase*
Fobia)

DELIRIO 149, 160

DEMANDA 51, 54, 91, 93

DEMENCIA PARANOIDE 149

DEMENCIA PRECOZ 41

DEPILACIÓN 135, 136

DEPRESIÓN 82, 99

DESAFIO 116,117, 126

DESCENTRAMIENTO 63

**DESCOMPENSACIÓN DEPRE-
SIVA** 82

DESCONOCIMIENTO 63, 64

DESECHO 51

DESEO 19, 51, 52, 53, 54, 55, 63,
72, 77, 78, 90, 91, 93, 94, 109,
110, 113,132

- causa de deseo** 63, 65-66
deseo de la madre 74, 76, 98, 113, 114, 115, 117
deseo del analista (*véase Analista*)
deseo del otro (*véase Otro*)
deseo del paciente 54, 55
deseo del padre 72, 76, 77, 78
deseo disfrazado 74
deseo histérico 74
deseo inconsciente 59-60, 74, 88, 143, 144, 147, 148
deseo insatisfecho 72, 74
deseo obsesivo 87, 90, 91
dinámica del deseo 72, 77, 91
economía del deseo 97
envés del deseo 73
estructura del deseo 52, 54
grafo del deseo 52
muerte del deseo 93-94
objeto de deseo del otro (*véase Otro*)
verdad del deseo 54, 60, 61, 62, 63, 64
DESINVESTIDURA 90
DESPLAZAMIENTO 50, 143, 144, 148, 149, 150, 151, 152, 156, 157, 158, 159, 160, 162
DESVALORIZACION 75
DEVELAMIENTO 123, 125, 127, 129, 130
DIAGNOSTICO 41
 diagnóstico diferencial 41
 evaluación diagnóstica 98
DIALÉCTICA DEL SER Y DEL TENER (*véanse Ser y Tener*)
DIDÁCTICO 33, 34
DIFERENCIA ENTRE LOS SEXOS (*véase Sexo*)
DISCURSO 20, 23, 27, 52, 55, 61, 64, 67
DISCURSO DE LA APARIENCIA (*véase Apariencia*)
DISCURSO DE LA HISTÉRICA 36
DISCURSO DEL AMO 27, 36
DISCURSO DELIRANTE 143, 144, 160
DISCURSO PSICOANALITICO 16, 27
DISCURSO PSIQUIÁTRICO 40
DISCURSO UNIVERSITARIO 13, 14, 16, 17, 27
DISFORIA SEXUAL (*véase Sexo*)
DIVISIÓN (DEL SUJETO) (*véase Sujeto*)
DIVISIÓN DEL SUJETO (*véase Sujeto*)
DOCTRINA 19
DRUSES 163

ECLIPSE DEL SUJETO (*véase Sujeto*)
EDIPICO
 componentes edípicos 71
 dialéctica edípica 112
 problemática edípica 72
 trayectoria edípica 112
 triangulación edípica 97
EDIPO 68
 complejo de Edipo 18, 97, 112, 113
ELABORACIÓN SECUNDARIA 61
EMPATIA 26, 43
ENFERMEDAD MENTAL 39
 comprensión de las enfermedades mentales 42
ENGAÑO 53
ENIGMA 64, 67, 68
ENSEÑANZA 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 23, 24, 26, 27, 28, 29, 32, 33, 34, 37
 enseñanza clínica 26
 enseñanza del psicoanálisis 14, 15, 16, 18, 19, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 34, 35
 enseñanza didáctica 28
 enseñanza teórica 26
 enseñanza universitaria 15, 16

- ENSOÑACIÓN SUBLIMINAL**
L52-153
- ENTRE-DOS** 114, 115
- ENUNCIACIÓN** 55, 67
- ENUNCIADO** 55, 61, 64, 67
- EQUIVOCO** 63, 65, 77, 78
equivoco gramatical 65
equivoco histérico 73
equivoco lógico 65
equivoco por homofonía 65
- ERÓTICA** 129
- EROTISMO** 92, 93, 131, 132
- EROTIZACION** 92, 93
- ESCANSIÓN** 64
- ESCISIÓN PSÍQUICA** 130, 131, 132
- ESCISIÓN SEXUAL** (*véase Sexo*)
- ESCRITURA AUTOMÁTICA** 152
- ESCRITURA IDEOGRÁFICA** 154
- ESTADIO DEL ESPEJO** 134
- ESTASIS PSÍQUICA** 115
- ESTERILIDAD** 136
- ESTILO** 28, 29
- ESTRUCTURA** 98, 99, 108, 109
Estructura de borde 28
estructura de las perversiones (*véase Perversión*)
estructura del deseo (*véase Deseo*)
estructura del lenguaje (*véase Lenguaje*)
estructura del sujeto (*véase Sujeto*)
- EXHIBICIÓN/EXHIBICIONISTA** 27, 115, 116
- EXPERIENCIA (PSICOANALÍTICA)** (*véase Analítico*)
- EYACULACION** 111, 116, 120
- FALO/FALICO** 97, 112, 113, 114, 126, 127
atribución fálica 97, 112, 126, 127, 130, 131
ausencia de falo 105
destitución fálica 80
falta de falo 126
función fálica 115
goce fálico 130, 131
identiñcación con la madre fálica 125
identificación fálica 114
incidencia fálica 97
investidura fálica 114
lógica fálica 113
madre fálica 118
objeto fálico 97, 112, 130
protesta fálica 83
reafirmación fálica 115
recusación fálica 126, 127
rivalidad fálica 71, 113
significante fálico 98
- FALTA** 55, 91, 94, 113, 114, 126, 131
falta en el otro (*véase Otro*)
falta no simbolizable 114
- FANTASMA** 59-60, 63, 64, 73, 77, 78, 79, 87, 100, 108, 112, 114, 126, 134
construcción del fantasma 63
destrucción del fantasma 63
- FASCINACIÓN** 128, 133, 139
- FEMINEIDAD** 124, 127, 128, 139
apariencia femenina 134-135
parodia de la femineidad 124, 130, 132, 133, 135, 138, 139
signos de la femineidad 128, 133
- FEMINIZACIÓN** (fantasma de feminización) 133-134
- FETICHISMO** 130, 139
- FETICHISTA** 126-127, 130, 131, 132
- FILIACIÓN** 98
- FOBIA** 82, 97, 99, 101, 103, 104, 105
contrafóbico 101
significante contrafóbico 104-105

- FORCLUSION DEL SUJETO** (*véase Sujeto*)
- FORMACIÓN** 14, 20, 29, 32, 33, 34, 35
 formación del psicoanalista 14, 33, 34, 35
- FORMACION DE COMPROMISO** 49, 147
- FORMACIÓN DEL INCONSCIENTE** (*véase Inconsciente*)
- FRIGIDEZ** 83, 98, 99, 100
- FUNCIÓN PATERNA** (*véase Padre*)
- GLOSOLALIAS** 143, 144, 148, 149, 150, 152, 156, 159, 160, 161, 162
- GOCE** 37, 38, 39, 44, 45, 51, 77, 79, 81, 84, 87, 90, 93, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 125, 126, 127, 129, 131
 goce fálico (*véase Fallo*)
 goce materno 81
 goce orgiástico 131
 goce prohibido 113
 voluntad de goce 109
- GRAFO DEL DESEO** (*véase Deseo*)
- HERMENÉUTICA** 53
 círculo hermenéutico 62-63
 intervención hermenéutica 62
 lenguaje hermenéutico 63
 método hermenéutico 62
- HISTERIA** 126, 127
 histeria masculina 104
- HISTÉRICA** 71, 72, 78, 79, 94, 95
 deseo histérico 74
 equívoco histérico 73
 identificación histérica (*véase Identificación*)
 posición histérica 72, 79
 problemática histérica 78
 servilismo histérico 94
 síntoma histérico 41, 74
 somatización histérica 82
- HOMOFONÍA** 65
- HOMOSEXUALIDAD** 74, 81, 84, 125, 126, 130-131
 homosexualidad femenina 126, 127
 homosexualidad inconsciente 81-82
 homosexualidad masculina 134
- HOMOSEXUAL**
 pasaje al acto homosexual 81
 relación homosexual 81
- HORMONAS** 135, 136
- HUMILLACIÓN** 110, 116, 119
- HUMOR** 89
- IDEAL**
 hombre ideal 78
 ideal de perfección 78
- IDEALIZACIÓN (DE LA MUJER)** 118
- IDENTIDAD SEXUAL** (*véase Sexo*)
- IDENTIFICACIÓN** 72, 78, 80, 83, 84, 94
 ciclo identificatorio 81
 dialéctica identificatoria 71
 identificación fálica (*véase Fallo*)
 identificación histérica 83
 identificación inconsciente 84
 identificación masculina 80
 identificación primordial 134
 proceso identificatorio 134
- ILUSTRACIÓN (CLÍNICA)** (*véase Clínica*)
- IMAGEN**
 imagen de la mujer 133, 139
 imagen especular 134
 imagen masculina 133
- IMPACTO (ANALÍTICO)** (*véase Analítico*)
- IMPOTENCIA** 77, 80, 83
- INCESTO** 78, 79, 80, 82

- prohibición del incesto 112,117,
lié
- INCONSCIENTE** 15,16,23-24,25,
31,32,37,49,55,162
acceso al inconsciente 38, 50
apertura del inconsciente 53
cierre del inconsciente 53
deseo inconsciente (*véase* De-
seo)
fantasma inconsciente 77
formación del inconsciente 60,
143
material inconsciente 59
referencia al inconsciente 38,
39
saber inconsciente 29, 34, 54
teoría del inconsciente 17
- INJURIAS** 120
- INSATISFACCIÓN** 72, 75
- INSTITUCIÓN** 13
institución analítica 14, 15
institución universitaria 14,15
- INTERPRETACIÓN** 50,53,54,59,
60,61,62,63,64,65,66
autointerpretación 61
interpretación de los sueños
(*véase* Sueño)
interpretación proyectiva 73
ignificación de la interpreta-
ción 62
- INTERPRETATIVO**
corte interpretativo (*véase* Cor-
te)
imperialismo interpretativo 40
- INTERSUBJETIVA (RELACIÓN)**
18
- INTERVENCIÓN (ANALÍTICA)**
(*véase* Analítico)
- INTROSPECCIÓN** 18
- INVESTIDURA** 90
- INVESTIGACIONES** 15
- LALIAS (INFANTILES)** 162
- LENCERÍA** 131, 138, 139
- LENGUAJE** 52
estructura del lenguaje 52
lenguaje delirante 143,144,149,
152, 162
lenguaje secreto de los niños
151,155
neolenguaje 142,149,151,156,
160
psicopatología del lenguaje 143
- LEY** 72, 87, 97-98, 114, 115
"fuera de la ley" 117
ley del deseo del otro 93
ley del padre 87, 117
- LINGÜÍSTICA**
neoformación lingüística 143,
144, 146, 147, 149, 159
- MADRE**
deseo de la madre (*véase* Deseo)
madre amenazante 118
madre castrada 114
madre fálica (*véase* Fallo)
madre no castrada 113, 118
madre omnipotente 115, 118
madre prohibidora 118
madre rechazante 118
madre seductora 117, 118
- MANIACO (COMPORTAMIE-
TO)** 99
- MAQUILLAJE** 133, 137, 138
- MAQUINA DE INFLUENCIAR**
38
- MASCARADA** 127, 137-138
mascarada femenina 130, 132,
134
mascarada sexual 134
- MASOQUISMO/MASOQUISTA**
118
- MASTURBACIÓN** 100-102, 103,
110,115, 116
- MECANISMO DE DEFENSA** 43,
88, 89, 90
- MEDICINA (PSIQUIÁTRICA)** 39
- MENSAJE** 52

- METÁFORA** 151
- METALENGUAJE** 63
- METAPSICOLOGIA** 39
- METONIMIA** 151
- MIEDO** 103, 104, 105
- MITO** 17-18
- MUERTE** 91, 92, 93-94
 lugar del muerto 91
 muerte del deseo 93, 94
 objeto muerto 92
- NARCISISMO**
 destitución narcisista 82
- NEOFORMACIÓN LINGÜÍSTICA** (*véase* Lingüística)
- NEOGRAFISMO** 145, 147, 148
- NEOLENGUAJE** (*véase* Lenguaje)
- NEOLOGISMO** 143,144,145,147, 148,150, 151,158,160,162
- NEOMORFISMO** 144, 146-147
- NEURASTENIA** 82, 99
- NEUROSIS** 41, 143
 neurosis obsesiva (*véase* Obsesivo)
- NEURÓTICO** 17-18
- NO SABIDO** 66
- NOMBRE DEL PADRE** 98
- NOSOGRAFÍA** 37, 38
- OBJETO** 23, 92, 94
 elección de objeto 77
 objeto *a* 51, 56
 objeto de amor 90, 91, 92
 objeto en falta 114
 objeto fetiche 127, 131
 objeto imaginario 112
 objeto muerto 92
 objeto sexual 110
 objeto viviente 92
- OBSESIVO** 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93,94, 95
 deseo obsesivo (*véase* Deseo)
 lógica obsesiva 91
 neutralización obsesiva 89
 neurosis obsesiva 87
 razonamiento obsesivo 89
- ODIO** 90
- ONANISMO** (*véase* Masturbación)
- ONDINISMO** 119
- ÓRGANO** 126, 127
- ORGASMO** 111,129, 131
- OTRO** 52, 53, 54, 55, 113
 deseo del deseo del otro 91
 deseo del otro 72, 93, 118
 falta en el Otro 55
 goce del otro 90
 mirada del Otro 134
 objeto de deseo del otro 94
 Otro del deseo 54
 saber del Otro 53, 54, 55
- PACIENTE** 29, 30, 31, 44, 49, 54, 60, 63, 64, 65, 89, 90
 deseo del paciente (*véase* Deseo)
- PADRE** 97-98
 deseo del padre (*véase* Deseo)
 función paterna 97, 98, 103, 104,112
 instancia paterna 117
 padre idealizado 130
 padre imaginario 97, 112
 padre real 97, 98, 112, 113
 padre seductor 80
 padre simbólico 97,98,112,115
 palabra del padre 117-118
- PALABRA** 17-18,19,23,24,26,52
- PARANOIA (DIRIGIDA)** 37
- PATERNIDAD** 98, 104
- PELOS** 135,136
- PENE** 112, 116, 126, 130, 132
 ausencia de pene 110,112,115, 126,127,130, 132
- PERDIDA** 91, 94
- PERSONAS COLECTIVAS** 145
- PERVERSIDAD** 107
- PERVERSIÓN** 79, 101, 107, 108,

- 109, 110, 113, 126, 128, 129, 130
estructura de las perversiones 108, 109, 114, 117, 124,131
perversión polimorfa 109
perversión sexual 109
punto de anclaje de las perversiones 109, 113, 116
- PERVERSO** 77, 87, 107-110, 112, 114, 115, 117, 118, 120, 123, 124, 126
acto perverso 108, 116, 119
comportamiento perverso 99, 100
denegación del perverso 115
fantasma perverso 108
libreto perverso 108,119, 120
manipulación perversa 77, 83, 84
mediación perversa 82
núcleo perverso 109
proceso perverso 107, 108, 109
ritual perverso 110
secreto perverso 44, 84
sugestión perversa 83
transgresión perversa 84, 107, 117
- PILOSIDAD** 136
- PLACER** 44, 79, 81
- PRACTICA**
práctica delirante 37-38
práctica del psicoanálisis/del psicoanalista 19, 26, 31
- PRECONSCIENTE** 49-50
- PREVISIÓN** 44
- PRISIÓN (AMOROSA)** 91
- PROCESO PRIMARIO** 143
- PROCESOS MENTALES (DINÁMICA DE LOS)** 40
- PROGENITOR** 98, 103,104
- PROHIBICIÓN DEL INCESTO** (véase Incesto)
- PRONOSTICO** 44
- PROSTITUCIÓN** 125,131, 137
- PRÓTESIS MAMARIA** 136
- PSICOANÁLISIS** 13,14-15,16,23, 24, 25,26,30, 37-38, 41,42,43, 159
- PSICOANALISTA** (véase Analista)
- PSICOANALIZZO** (véase Analizado)
- PSICOANALIZANTE** (véase Analizante)
- PSICOPATOLOGIA** 37, 41, 43
psicopatología del lenguaje (véase Lenguaje)
- PSICOPATOLOGICO**
campo psicopatológico 39
manifestación psicopatológica 42, 44
nomenclatura psicopatológica 40
proceso psicopatológico 38, 40
semiología psicopatológica 39
- PSICOSIS** 42, 118
- PSICOTERAPEUTA** 82, 84
- PSICOTERAPEUTICA** 26, 84
- PSICOTERAPIA** 62, 84
- PSIQUIATRA** 41
- PSIQUIATRÍA** 39, 43
- PULSIÓN (DESTINO DE LA)** 87
- QUEJA ABANDONICA** 75
- REGLA FUNDAMENTAL** 88
- REGRESIÓN** 99,151, 160
- REMEMORACIÓN** 50
- RENEGACION DE LA CASTRACIÓN** (véase Castración)
- REPARACIÓN** 74, 81
- REPETICIÓN** 50
repetición significativa 50, 53
- REPRESENTACIÓN** 49-50, 63
representación fantasmática 127

- representación flotante 147
representación imaginaria 63
representación inconsciente 49-50
representación reprimida 49
- REPRESIÓN** 73
levantamiento de la 60
- REPRIMIDO (RETORNO DE LO)**
50, 60,162
- RESISTENCIA** 24-26, 28, 29, 34,
40, 50, 51, 53, 55
- RITUAL** 88, 101, 102, 104, 110,
111,119
- RIVALIDAD FALICA** (*véase Faló*)
- ROPA INTERIOR** 120, 132, 138,
139
- SABER** 23-24, 25, 26, 27, 28, 31,
33, 35, 41, 42, 43, 44, 53-56,
65, 66
saber del Otro (*véase Otro*)
saber inconsciente (*véase In-*
consciente)
saber teórico 24, 25, 26, 27, 28,
35
- SADISMO/SÁDICO** 119
- SAVOIR-FAIRE** 31, 32, 35
- SECRETO (PERVERSO)** (*véase*
Perverso)
- SEDUCCIÓN** 80, 117, 128, 129,
133
seducción femenina 125
seducción materna 117, 118
seducción sexual 128
- SEMIOLOGÍA** 37, 38, 39
- SENO** 136,139
- SENTIDO** 42, 61, 62, 64, 65
sentido del sentido 61, 62
sentido del sueño (*véase Sueño*)
- SER** 112,113
- SESIÓN** 18, 19
- SESIÓN** 27
- SESSIO** 27
- SEXO/SEXUAL** 128, 129
diferencia entre los sexos 109,
110, 112, 113, 114, 115, 130,
131,134
disforia sexual 124
escisión sexual 134
identidad sexual 115,124,126,
127, 134
mascarada sexual 134
- SEXUACION** 127,140
- SEXUALIDAD** 132
sexualidad normal 109
- SIGNIFICACIÓN** 59, 60, 61, 62,
63, 64
significación de la interpreta-
ción (*véase Interpretación*)
verdad de la significación 61
- SIGNIFICADOS** 150
- SIGNIFICANTE** 52, 54, 55, 150
captura significante 72
orden significante 52
secuencia significante 65
significante fálico (*véase Faló*)
significante fóbico (*véase Fobia*)
significante último 55
sistema significante 52
tesoro del significante 52
trabajo del significante 149
- SIGNO** 128
signo de la femineidad 128
- SIMBÓLICO** 50
función de lo simbólico 52
orden simbólico 52
registro simbólico 50
- SÍNTOMA** 32, 41, 62, 65, 78, 83,
98, 99, 101-102, 104
disolución del síntoma 62
síntoma histérico 41
síntoma obsesivo 41
- SODOMIZACION** 120, 129, 131
- SONAMBULISMO** 149, 152, 153,
155
- SUBCONSCIENTE** 159

SUBJETIVIDAD 20

SUEÑO 59, 61, 73, 151

análisis de los sueños 59

contenido latente del sueño 151,
L62

contenido manifiesto del sueño
144,151,162

desfiguración del sueño 144

sentido del sueño 61,151

trabajo del sueño 61

SUGESTIÓN 62

**SUJECIÓN 19, 23, 25, 27, 28, 34,
35, 54, 63**

**SUJETO 23, 26, 32,49, 52, 54, 55,
63, 64, 88,143, 148,159**

alienación del sujeto (*véase* *Alie-*
nación)

división del sujeto 23, 64, 66

eclipse del sujeto 65

estructura del sujeto 52

forclusión del sujeto 23

historia del sujeto 32

sujeto hablante 23, 25

sujeto supuesto saber 35,53-56,
64, 65

SUSTITUCIÓN 150

TECNICA (PSICOANALITICA)
(*véase* *Analítico*)

TECNICA PROYECTIVA 149

TENER 112,113

dialéctica del tener 113

**TEORÍA (PSICOANALITICA) 18,
24, 25, 26, 27, 28**

acceso a la teoría 26, 28, 35

TEORÍA SEXUAL INFANTIL
(*véase* *Sexo*)

TEÓRICOS 26, 34

TERAPÉUTICA

acción terapéutica 59, 82

alcances terapéuticos 44

eficacia terapéutica 17, 60

estrategia terapéutica 39-40,44

intervención terapéutica 39,83,
84

TRADUCCIÓN 62

TRANSEXUAL 123,124, 125,126

TRANSEXUALISMO 123, 124

transexualismo femenino 123-
124

transexualismo masculino 123-
124

**TRANSFERENCIA 18, 24, 25, 26,
27,28,29,31,32,35,49,50,51,**

**52, 53, 54, 55, 64, 89, 103, 144,
160**

amor de transferencia 50, 51,
54

análisis de la transferencia 27,
28, 53, 54, 55

dinámica de la transferencia 51

liquidación de la transferencia
55

neutralización de la transferen-
cia 89

resistencia de la transferencia
50

teoría de la transferencia 49,51

transferencia de trabajo 18,19,
20

transferencia negativa 51

transferencia simbólica 24

TRANSFERENCIAL ' 1

proceso transferencial 49

resistencias contratransferen-
ciales 34

resistencias transferenciales 34

situación transferencial 25

**TRANSGRESIÓN 87,88,107,108,
117**

transgresión perversa 84

TRANSMISIBILIDAD 27

TRANSMISIÓN 13, 17, 26, 27, 35

transmisión didáctica 23

transmisión del psicoanálisis
14, 15,16, 35

TRASTORNO HACIA LO CONTRARIO 87
TRATAMIENTO 41
TRATAMIENTO HORMONAL
(véase Hormonas)
TRAVESTIS 123, 124, 125, 127-129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139
travestís exhibicionistas 125
travestís heterosexuales 125, 131
travestís homosexuales 125, 131
travestís prostituidos 125, 134, 137
TRAVESTISMO 123, 124, 125, 128, 129, 130
TRAVESTISMO SEMÁNTICO 151
UNIVERSIDAD 14, 15, 20
VEL 63
VELO 127, 131, 132
VERDAD 17, 18, 23-24, 25, 28, 29, 42-43, 52, 60, 61, 62, 65, 67
verdad analítica *(véase Analítico)*
verdad de la significación *(véase Significación)*
verdad del deseo *(véase Deseo)*
VERGÜENZA 110
VIRGEN 118
VIRILIDAD 127, 135, 140
VOYEUR/VOYERISMO/VOYERISTA 110, 111, 116
ver/ser visto 110
VOZ 136, 137

Indice de los autores citados

A

Abelhauser, Alain 95
Alas, L. (Clarín) 56
Aulagnier-Spairini, Piera 120,121,
140

Avrane, Patrick 95

B

Baas, Bernard 56
Baudrillard, Jean 127,128, 140
Battistini, Olivier 56
Bergson, Henri 147
Bétourné, Françoise 95
Birraux, Annie 141
Bobon, Jean 143, 145, 162, 163
Bonnet, Gérard 121,140, 141
Brach, Paul 141
Breton, André 129
Breuer, Joseph 66

C

Clavreul, Jean 120

D

David-Ménard, Monique 56
Dor, Joël 20, 35, 36, 56, 66, 68, 95,
104,121, 140, 141
Dorey, Roger 95, 122
Doucé, Joseph 141
Dumézil, Claude 56

E

Ernst, Max 145

F

Fédida, Pierre 16, 21, 36, 88, 89, 95
Fennetaux, Michel 56
Ferenczi, Sándor 20
Flournoy, Théodore 149, 152, 153,
154, 156, 158, 163, 164
Freud, Sigmund 14, 15, 16, 20, 24,
25, 29, 35, 38, 41, 42, 45, 49, 50,
51, 52, 53, 54, 56, 59, 60, 61, 62,
66, 95, 104, 105, 109, 121, 130,
140, 143, 144, 147, 163

G

Gárate-Martínez, Ignacio 21, 56
Gherchanoc, Liliane 56
Granoff, Wladimir 95
Gutton, Philippe 141
Guyomard, Patrick 56

H

Henrion, Jean-Louis 56
Henry, Victor 156, 157, 158, 159,
163, 164

J

Jordan 65
Julien, Philippe 56

X

Xacere, John 131, 132, 141

Kant, Emmanuel 31

Kaufmann, Pierre 121

Kxaepelin, Emile 146,163

L

Lacan, Jacques 16, 17, 18, 21, 23,
24,25,27,28,29,31,32,33,35,
36,37,38,42,45,50,51, 52,53,
54,55,56,57,61,63,64,65,67,
68,97, 104, 105, 109, 117,140,
141

Lachaud, Denise 95

Laplanche, Jean 16, 21, 43, 45

Lebovici, Serge 36

Leclaire, Serge 95

M

Mannoni, Octave 24, 35, 66,121

Maeder, A. 149,150,151,152,163

Miller, Jacques-Alain 36

Moebius, August Ferdinand 28,65,
66,68

Molinier, Pierre 129, 140

O

Oury, Jean 43

P

Platón 56

Pommier, Gérard 63,64,66,67,68

Pompidou, Georges 140

Popper, Karl 27

R

Rabant, Claude 56

Rondepierre, Jean-Paul 7

Rosolato, Guy 140

Roux, G. 140

Roublef, Irène 95

S

Safouan, Moustapha 53, 56

Saint Laurent, Cécil 139, 141

Saussure, Ferdinand de 156

Schjelderup, H. K. 160, 161, 164

Silvestre, Michel 50, 54, 56, 57

Sôcrates 53

Solnit, A.-J. 36

Stoller, Robert J. 140

Stuchlik, Jaroslav 145,163

T

Tausk, Victor 38, 45

Teulié, Guilhem 164

Tostain, René 95

V

Viderman, Serge 33, 34, 36

Vincent, J.-D. 140

Clínica psicoanalítica

La enseñanza del psicoanálisis se está introduciendo más y más en las universidades y en cursos de postgrado, y la promesa de títulos oficiales parece tranquilizar tanto a los estudiantes como a las autoridades sobre la legitimidad de esta práctica terapéutica. Sin embargo, sus verdaderos límites y garantías no los puede establecer la administración pública. El autor señala que los determina la enseñanza y la teoría mismas del psicoanálisis y discute esta cuestión comparando los criterios de Sigmund Freud y Jacques Lacan.

La obra define los principios de la escucha psicoanalítica, de la transferencia, del corte del relato del paciente y de la interpretación, así como las concepciones de Freud y Lacan sobre el saber inconsciente y la verdad, puntos en que ambos no coinciden. Joël Dor presenta en casos clínicos modélicos

las tres estructuras clínicas: histeria, obsesión y perversión, a los que se añade un capítulo especial sobre el lenguaje psicótico y la formación de neologismos. La prodigiosa capacidad didáctica de Joël Dor convierte este libro en una panorámica introductoria de gran ayuda para estudiantes de psicología, de psiquiatría y psicoanalistas en formación.

Joël Dor es psicoanalista, miembro del Centro de Formación y de Investigación Psicoanalíticas y director de la revista «Esquisses psychanalytiques». Titulado en filosofía y doctor en psicoanálisis, es profesor y director de investigación de la Universidad Paris-VII, donde enseña psicopatología y clínica psicoanalítica. Otros títulos de Joël Dor traducidos al castellano por Gedisa: Introducción a la lectura de Lacan (2 vols) y Estructura y perversiones.

gedisa
editorial

Código 1.131

ISBN 84-7432-593-5



9 788474 325935